SI NO FUÉRAMOS SOLO AMIGOS



ALLENA ROOW

SI NO FUÉRAMOS SOLO AMIGOS

Título del libro: Si no fuéramos solo amigos

© 2026 Allena Roow

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, eventos o lugares reales es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Primera edición: 2026

© Diseño de cubierta: Clara de Luna (@ clara_de_lunaa)

© Corrección y maquetación: Lío Fernández (@BlueMoonEdiciones)

Obra registrada en Safe Creative con el código: 2603114862182
www.safecreative.org

Publicado a través de Amazon Kindle Direct Publishing.

© Algunos elementos gráficos gratuitos usados en esta obra fueron obtenidos de Canva (www.canva.com).

Prólogo

Sombr — Back to friends

25 de diciembre de 2024

ADRIEN

—Te debo una disculpa, lo sé.

—¿¡Solo una disculpa, Adrien Moreau!?

La sangre se me bajó a los pies como si intentara escapar antes que yo de la voz enfadada de mi madre.

Afuera, Londres era un caos de lluvia y luces navideñas; dentro de mi apartamento, la calefacción mantenía una calidez estable que contrastaba con las dieciséis horas que acababa de pasar en la cocina.

Había dedicado el día entero a retocar un menú de degustación que se negaba a rozar la perfección. El lanzamiento estaba demasiado cerca y la presión de cuatro estrellas Michelin pesaba sobre mis hombros como si alguien hubiera decidido colgarme el orgullo del mundo entero del cuello. Mis manos todavía olían a trufa y sudor; los nudillos estaban rígidos bajo ese cansancio que se te mete en los huesos y te obliga a preguntarte si convertir el fuego en tu forma de vida fue realmente una decisión sensata.

—Debes bajarle al trabajo. Tendrías que haber venido a casa. ¿Quién en su sano juicio trabaja en Navidad?

Suponía que la mayoría de la gente no lo hacía. Yo, evidentemente, sí.

—Iré a Francia en dos semanas, lo prometo —respondí, dejándome caer en el sofá mientras me quitaba la chaqueta de chef y la lanzaba sobre el cuero—. Los amo. Solo tenía demasiadas cosas encima. No me pasa nada; dile a papá que no necesita escribirme cada media hora.

—Lo sé, cielo. Solo estábamos preocupados. Queremos verte. La pequeña Lily también.

Sonreí. *Pequeña* era una palabra generosa para una mujer de veinte años que podía intimidar a cualquiera con una sola mirada, pero para mi madre siempre sería la niña de la casa. Lily era una revoltosa adorable.

—Estaré ahí antes de lo que piensan. Solo necesito dejar todo listo para el nuevo menú. Además, viajaré con Milena por dos semanas; no puedo dejar asuntos pendientes.

Hubo un silencio breve al otro lado. Mi madre conocía perfectamente el peso que tenía ese nombre.

—Lo sé —suspiró al fin—. Te amamos. Te estaremos esperando en casa, ¿bien? Cuídate. Bebe agua y no te acuestes tarde.

—Ya no tengo cinco años, mamá.

—Oh, lo sé. No sabes cuánto odio eso.

Nos reímos y colgué poco después. Me serví el whisky prometido —lo poco que hacía mis días más llevaderos— y caminé hacia el baño, todavía con la tensión del día adherida a la piel. Mientras el agua corría, mi mente dejó de repasar salsas y tiempos de cocción para instalarse en algo mucho más peligroso: en pocas semanas vería a Milena.

Tres meses no parecían tanto hasta que los contabas en noches sin su risa. La última vez que estuvo en Londres apenas compartimos unas horas; terminó el concierto de Taylor y voló directo a Rusia. Siempre era así: nuestras agendas eran un rompecabezas mal sincronizado y, cuando por fin coincidíamos, sentía la urgencia absurda de recuperar cada día que había pasado sin ella.

Salí del baño y, mientras me secaba el cabello, mis ojos se detuvieron en los retratos sobre la mesa de noche. *Orlando, 2022. Disney World*. Ella llevaba un vestido y las orejas de Mickey; sonreía frente al castillo como si el mundo entero le perteneciera. Yo la abrazaba desde atrás, convencido de que no necesitaba nada más que ese momento.

¿Alguna vez tendría el valor de decirle cuánto me gustaba?

¿Hasta qué punto me fascinaba la mujer en la que se había convertido?

¿Lo que provocaba en mi cuerpo una sola de sus sonrisas?

Suspiré, consciente de lo ridículo que podía parecer un hombre adulto incapaz de confesar lo obvio. Me dejé caer sobre la cama con el portátil sobre las piernas y la libreta de piel italiana abierta a un lado. El brillo de la pantalla iluminaba la habitación junto con la luz tenue que se filtraba por el ventanal.

Italia.

En años anteriores habíamos estado en Venecia, así que esta vez dudaba entre la Toscana o Florencia. Anoté ideas: cena privada al atardecer junto al mar, masaje a cuatro manos... Quería que cada experiencia fuera memorable, que cada detalle le arrancara esa sonrisa por la que me desvivía.

Revisé la diferencia horaria para calcular cuándo podría llamarla y, mientras esperaba, marqué a Nathanael.

Tardó varios tonos en contestar. Cuando su cara apareció en la pantalla, tenía esa sonrisa burlona que solo él sabía usar tan bien y los ojos clavados en algo fuera de plano, seguramente su PlayStation.

—¿Sigues vivo, chef?

—A medias. Al menos faltan pocas semanas para las vacaciones. Las necesito con urgencia.

—¿Vacaciones? —alzó una ceja—. ¿No será que lo que te hace falta es una modelo rusa?

Rodé los ojos.

—No empieces.

—Oh, vamos. Yo también estaría colado de mi mejor amiga si se viera como ella.

—¿Alguna vez vas a olvidar el tema?

Negó con la cabeza, divertido.

—Te escuché suspirar todas las noches en nuestra habitación del internado, ¿recuerdas?

—A veces odio lo mucho que sabes. Voy a colgar.

—¡Aguafiestas!

Me reí.

—¿Cómo va todo?

—De maravilla. Ya sabes, soy un puto rey.

No era egocentrismo: era la realidad. Era un rey. Yo también me sentiría así si me pasara la vida jugando y, encima, me pagaran por ello.

—¿Nos veremos en la inauguración del nuevo menú?

—Claro. Haré promoción en mi canal. Quizá así me gane una cena gratis todo el año… —alzó las cejas una y otra vez.

—Lo pensaré.

—¿¡Que te lo pensarás!? ¡Cómo te atreves! ¿Tú sabes lo que me pagan los patrocinadores solo por beber un refresco en específico en uno de mis directos?

—Ni lo sé, ni me importa —admití, desperezándome—. Soy tu amigo. Me he ganado esa promoción solo por tener que aguantarte.

—No sé quién tuvo que aguantar a quien…

Mientras él seguía con la vista fija en otro punto, yo me permití volver a la libreta. Pese a la distancia, él y Milena en muchas ocasiones eran mi única compañía. Incluso cuando eso se reducía a estar en una videollamada, en silencio, cada quien atendiendo sus asuntos.

Minimicé nuestra llamada y continué buscando, durante un buen rato, las actividades que completarían nuestro itinerario. Iba por la actividad número catorce cuando el cursor se detuvo sobre una noticia sugerida en el lateral de la página. Normalmente ignoraba ese

tipo de titulares sensacionalistas, pero algo en aquel llamó mi atención.

«¿ROMANCE EN LA PASARELA? LA TOP MODEL RUSA MILENA MIKHAILOVA VISTA SALIENDO DE SU RESIDENCIA CON LA NUEVA ESTRELLA, ALEXEI VOLKOV. ¿MÁS QUE COMPAÑEROS DE TRABAJO?»

El aire se me quedó atascado en el pecho.

La fotografía mostraba a Milena saliendo de su edificio en Moscú. Él la sujetaba por la cintura con una familiaridad que me revolvió el estómago. Ella sonreía, pero no era la sonrisa de Orlando; era otra, distinta, dirigida a alguien que no era yo.

Un vacío frío se abrió paso bajo mis costillas. Llevábamos diez años contándonos todo: cicatrices, miedos, secretos que jamás confiaríamos a nadie más. Y yo no sabía quién era ese hombre. No sabía que ocupaba espacio en su mundo privado.

—¡Hermano!

Parpadeé, aturdido. Nathanael había dejado la PlayStation y, extrañamente, me dedicaba toda su atención. Sus ojos preocupados estaban fijos en mí.

—¿Estás bien? Te has quedado blanco. ¿Has cen–

—Tengo que dejarte —interrumpí.

—¿Qué? ¡No! ¡Dime por lo menos qué es lo que—

Corté la llamada y volví a mirar la foto.

La idea de perderla —no porque se fuera, sino porque alguien más tomara el lugar que nunca me atreví a reclamar— me golpeó con más fuerza que un puñetazo.

Italia no podía ser solo un viaje de amigos.

No esta vez.

Arranqué la lista de actividades y el papel se arrugó bajo mi puño cerrado.

Lancé la hoja lejos y tomé una limpia. Tenía el pulso acelerado y la mandíbula tensa. El miedo al rechazo seguía ahí, pero el miedo a quedarme callado era peor.

Si iba a arriesgar diez años de amistad, lo haría diciendo la verdad con la verdad por delante.

El bolígrafo tembló apenas antes de escribir un nuevo encabezado. No era un itinerario. Era una confesión.

Y en ese momento lo decidí: no iríamos a Italia.

No iba a esconderme más.

Milena tenía que saber lo que sentía.

Y no eran, precisamente, sentimientos de un *amigo*.

14 cosas que haría contigo si no fuéramos solo amigos

1. **Te besaría contra una pared, sin pedir permiso**. Sin una excusa estúpida, sin juegos ni apuestas; solo porque querría hacerlo.

2. **Te miraría como siempre he querido, sin miedo a que lo notaras**. Estoy obsesionado con mirarte, Milena. ¿Has visto lo hermosa que eres? Me aseguraría de que, cada vez que me miraras, recordaras lo que podríamos ser.

3. **Te haría perder el control**. Haría que olvidaras por completo que somos «solo amigos».

4. **Te llevaría a una cita real**. No como esas veces que salimos y lo llamamos *«plan Adriena para divertirse»*. Sería una cita de verdad.

5. **Te abrazaría en medio de la noche**, sin la excusa de que «*tenías frío»*. Porque cuando estás conmigo siempre *tienes frío*, ¿verdad, Milena?

6. **Te susurraría al oído lo que de verdad quiero hacerte** y observaría cómo reaccionas a cada palabra.

7. **Te invitaría a bailar** aunque no hubiera música, solo

para verte sonreír. Soy otro hombre cuando sonríes, Milena.

8.

Te tocaría como nunca me atreví, con la intención que siempre oculté.

9.

Cocinaría para ti todos los días de mi vida. Porque tu expresión cuando pruebas mi comida, Milena, debería ser considerada un delito.

10.

Dormiría contigo. Pero no como lo hemos hecho en esos viajes o por culpa de la borrachera. Dormiría contigo sabiendo que, al despertar, todo habría cambiado.

11.

Te haría gritar mi nombre; no de enojo ni de risa... sino de placer. Haría que me dijeras *«más»* en lugar de *«para»*. Te tocaría en público solo para verte contener el aliento.

12.

Te demostraría que esto es más que deseo. Porque siempre ha sido más que eso.

13.

Te llevaría a un hotel sin otra intención que destruir cada límite que nos hemos impuesto. Te demostraría que la pasión y el amor pueden ir de la mano, Milena. Haría que me miraras distinto; que dejaras de verme como tu mejor amigo y empezaras a verme como el hombre que podría darte lo que nadie más ha sabido darte.

14.

Me arriesgaría a perderlo todo con tal de ganarlo todo contigo. Tú serías el mayor galardón de mi vida.

Capítulo 1

Trampoline, Shaed & Zayn

1 de febrero de 2025

MILENA

Decían que el sol de Tailandia era distinto, pero, en ese instante, lo único que percibía era cómo me abrasaba la piel al bajar del coche privado que me había recogido en el aeropuerto. Me quité las gafas de sol y alcé la vista.

Había visto villas en la Costa Azul, áticos en Manhattan y hoteles imposibles en Dubái. Aun así, la construcción frente a mí consiguió arrancarme una sonrisa. Tres pisos de ventanales inmensos, balcones que parecían fundirse con la selva y una piscina infinita derramándose hacia el horizonte. Exceso bien ejecutado.

Muy Adrien.

No podía decir que me sorprendiera. Cada vez que le tocaba elegir el destino de nuestras vacaciones de aniversario —de mejores amigos, no de casados— se inclinaba por lo más extravagante posible. Como si no fuéramos dos adultos que acabarían pasando la mitad del tiempo descalzos, entre planes improvisados y copas de más.

—Pensé que llegarías antes.

Su voz, grave y arrastrada, me hizo girar la cabeza.

Ahí estaba él, apoyado contra el marco de la puerta con esa actitud relajada que parecía acompañarlo desde los diecisiete. Chef de renombre internacional, estrella mediática y el único hombre capaz de sacarme de quicio en menos de diez segundos.

También el único que *siempre* estaba.

—Pensé que serías más caballeroso y vendrías a recibirme al aeropuerto —respondí, cruzándome de brazos.

—Pensé que habías dicho que podías llegar sola.

Alcé una ceja.

—Te estás volviendo muy bueno en eso de darme la razón.

—¿No era lo que querías cuando dijiste que debía soltar la rienda?

Negué con una risa.

—No seas idiota.

Una sombra de sonrisa curvó sus labios antes de incorporarse y caminar hacia mí.

Adrien había madurado bien. El cabello color chocolate, peinado en dos direcciones, caía a ambos lados de su rostro; la camisa de lino se ajustaba a sus brazos y los pantalones claros contrastaban con las zapatillas pensadas para la arena. Sus rasgos eran extrañamente simétricos, pero eran sus ojos miel los que siempre me obligaban a sostenerle la mirada un segundo más de lo prudente.

—¿Me extrañaste, *ma chérie*?

Su acento francés hizo el resto.

Recorrí la distancia que nos separaba y me lancé a sus brazos. Me envolvió con firmeza y aspiré el aroma familiar de su perfume. Siempre que regresaba a él, algo en mi pecho se acomodaba.

Adrien era *mi* lugar seguro.

Diez años atrás coincidimos en una clase de natación del internado y, desde entonces, nos volvimos inseparables. Hizo que la amistad entre un hombre y una mujer pareciera sencilla, natural, posible. Siempre estuvo ahí: no solo secando mis lágrimas, sino empujándome a confiar en mí misma.

Y ahí estábamos ahora. Él dominaba el mundo de la gastronomía con una agenda imposible; yo me movía entre pasarelas y campañas internacionales. Nuestras rutinas eran un caos, pero cada año encontrábamos la forma de cumplir con nuestro viaje. Era nuestra

manera de recordarnos que, pasara lo que pasara, seguiríamos eligiéndonos.

—Muchísimo —admití—. Vivir ha sido extremadamente traumático desde que desperté en la universidad el primer día y entendí que no te tendría al otro lado de la puerta, esperándome.

Adrien soltó una risa baja.

Aparté la cabeza para mirarlo. Retiró un mechón de mi cabello con cuidado y sostuvo mi rostro apenas un segundo más de lo habitual.

—Yo siempre estaré del otro lado de la puerta, Milena.

Y lo sabía.

Adrien no era de los hombres que mentían ni de los que prometían sin cumplir. La distancia jamás había sido un obstáculo para él ni para nuestra amistad. No le importaban los cambios de horario; su llamada diaria siempre llegaba. Nuestro chat de *Snapchat* seguía repleto de fotos, y nunca se iba a dormir sin desearme buenas noches.

Entramos en la casa. El interior era amplio, dominado por tonos blancos y madera clara. La sala se abría hacia ventanales que enmarcaban manglares verdes y una línea azul cerrando el horizonte. No era el lugar más extravagante en el que había estado, pero tenía algo distinto. Más íntimo.

—Este lugar es precioso —dije, recorriendo el espacio con la mirada—. Pero… ¿Por qué el cambio de planes? Pensé que iríamos a Italia.

Adrien dejó mi maleta en la sala y caminó hacia la cocina, donde un aroma dulce flotaba en el aire.

Aquel era el verdadero espacio sagrado para él; resultaba casi imposible mantenerlo alejado de una cocina durante demasiado tiempo. Y yo no me quejaba: era la primera fanática de todo lo que era capaz de crear.

—Tuvimos dos años esquiando. Luego México. Quería algo menos ruidoso, pero igual de divertido. Estuve aquí la semana pasada por trabajo y lo decidí.

Me señaló un taburete y comenzó a arremangarse la camisa hasta los codos, con esa concentración casi ritual que adoptaba cada vez que entraba en una cocina, aunque no fuera la suya. Observé el movimiento seguro de sus manos mientras ordenaba los ingredientes sobre la encimera; había algo hipnótico en la manera en que todo parecía adquirir sentido bajo sus dedos.

Iba a decir algo cuando su teléfono vibró sobre la encimera.

—*Merde*… —maldijo en voz baja antes de cogerlo.

Revisó la pantalla apenas un segundo y rechazó la llamada con un gesto rápido, casi impaciente.

—*Pardon, ma chérie*. Se me olvidó ponerlo en silencio.

Dejó el teléfono boca arriba, descuidadamente, junto a la tabla de cortar. La pantalla tardó un instante en apagarse, el suficiente para que mi mirada se desviara hacia ella sin que pudiera evitarlo.

Era una de mis fotos. La última campaña. La de los bolsos.

Sentí una punzada inesperada, una mezcla de orgullo y algo más difícil de nombrar, mientras volvía la vista hacia él. Adrien, en cambio, parecía concentrado en medir la miel con una precisión excesiva, como si hubiera sido sorprendido en mitad de una pequeña travesura.

Había algo en su postura —una leve rigidez— que no encajaba del todo con su habitual seguridad.

—¿Viste mis fotos? —pregunté, procurando que sonara casual.

Esbozó media sonrisa antes de asentir.

—Intento… —se detuvo un segundo, como si buscara la palabra adecuada—. Intento siempre estar al tanto. Estoy muy orgulloso de ti.

El orgullo estaba ahí, genuino, pero teñido de una especie de nerviosismo que me llamó la atención.

Incliné ligeramente la cabeza.

—Entonces… ¿recuerdas qué marca era?

Adrien sostuvo mi mirada.

—Recuerdo todo lo que dices, Milena.

La respuesta me arrancó una sonrisa que no pude disimular. Sin embargo, no iba a dejar que él se quedara con la última palabra.

Abrí mi bolso con rapidez y saqué mi teléfono.

—Yo también estoy muy pendiente de ti. No quieras dejarme como mala amiga.

Le mostré la pantalla.

Un artículo abierto de *Vanity Fair France*: *«Les 100 personnalités les plus influentes de France»*. En la primera posición, una fotografía suya con chaqueta oscura y esa expresión segura que parecía ser tan propia de él como sus ojos miel.

Adrien soltó una risa baja, algo incómoda.

—Eso fue una exageración mediática.

—Claro —repliqué—. El país entero exageró. Yo solo soy objetiva.

Durante un segundo pareció debatirse entre añadir algo más o dejarlo correr. Su mandíbula estaba ligeramente tensa, como si se estuviera conteniendo.

—No estarás trabajando, ¿verdad?

Frunció el ceño. Con el mentón, señalé su móvil, aludiendo a la llamada que había ignorado.

—Oh, no —rio—. Era Nathanael. Nada que no pueda esperar.

Mentía mal. O quizá era que yo conocía sus tics de memoria. Pero había algo más.

Que Adrien Moreau era un adicto al trabajo no era un secreto para nadie. Con menos de treinta años competía por su cuarta estrella Michelin. Esas dos semanas, sin embargo, eran para nosotros, y pensar que pudiera estar haciendo algo a mis espaldas me anudaba la garganta.

—Prométeme que no estás trabajando —advertí.

Negó con rapidez.

—No estoy trabajando, *ma chérie*. Este momento es para ti. No compartiré mi atención con nada más.

Tragué saliva.

—Más te vale —murmuré—, o podría ahogar tu *laptop* en la piscina. Aunque quizá no llores tanto como si rompo algún utensilio de la cocina. ¿Verdad?

Adrien rio, negando.

—Tú lo sabes más que nadie.

Dio un paso hacia mí y deslizó un dedo bajo mi mentón, elevando ligeramente mi rostro para observarme con más detenimiento. Me estudió en silencio, con esa atención minuciosa que solía reservar para sus platos más delicados.

—¿Has estado a dieta últimamente? —preguntó al fin. Intentó suavizar el tono, pero el reproche se filtró de todos modos.

Sus dedos rozaron mis clavículas apenas un segundo antes de apartarse.

—Solo he bajado un poco las calorías. Volaba desde aquí a la Semana de la Moda y no quería ningún inconveniente —respondí, bajando la voz sin proponérmelo.

Era un tema delicado entre nosotros. Mi costumbre de compararme. Su empeño constante en recordarme que no necesitaba hacerlo.

—¿Qué hablamos de compararte con otras mujeres, Milena Mikhailova?

—Es que…

—Eres perfecta como eres —interrumpió con firmeza—. Comerás.

Rodé los ojos, aunque sin verdadera convicción.

—He estado acumulando grasa en la cadera y en los glúteos…

—¿Sí? —replicó, y algo en su mirada se ensombreció apenas.

—Tendré que hacer muchísimo cardio para compensar todo lo que coma estas semanas —añadí con un suspiro—. ¿Me acompañarás?

Adrien tragó saliva antes de asentir.

—Por supuesto.

Se dio la vuelta para lavarse las manos, como si necesitara la distancia.

—¿Y tú qué harás después de las vacaciones? —pregunté, buscando un terreno más neutro.

—Volaré a Londres. Inauguro el nuevo menú del restaurante.

—No recibí una invitación —me quejé, apoyando los codos en la encimera.

—Pensé que, con la Semana de la Moda, no podrías ir.

Me quité los tacones y subí las piernas al taburete, abrazándolas.

—Eso fue cruel —dije, aunque sonreía—. Me encantaría estar ahí.

Y era cierto. Verlo brillar siempre había sido una de mis cosas favoritas, aunque nuestras agendas solo nos permitieran coincidir durante unas horas fugaces antes de que alguno tuviera que volver a su mundo.

—Perdóname. Fue desconsiderado de mi parte —murmuró.

Antes de que pudiera responder, se colocó unos guantes térmicos y abrió el horno. El aroma a vainilla y caramelo llenó la cocina y desplazó cualquier resto de tensión.

—¿Qué es, *Frantsuzik*?

Dejó sobre la encimera una mezcla dorada y espesa que empezó a remover con paciencia. Yo lo observaba con la misma fascinación de siempre; verlo cocinar era presenciar algo cercano al arte.

—He preparado algo para ti. Y no es cualquier cosa.

Arqueé la ceja, inclinándome para mirar mejor cuando sacó de la nevera una masa enfriada, un frasco de miel de trigo sarraceno, almendras fileteadas y crema agria espesa.

—Espera… ¿eso es Medovik?

Adrien me guiñó un ojo.

—Lo era. Ahora es mejor.

El Medovik era un clásico ruso, un recuerdo de domingos en la cocina con mi abuela. Desde que ella murió, no había vuelto a probar uno que se sintiera siquiera cercano. Su receta llevaba chocolate porque sabía cuánto me gustaba. Tenía un valor sentimental que pocos entendían.

Él sí.

—Nunca has hecho Medovik —señalé.

Algo se me instaló en el pecho, pesado.

—No hasta ahora. Pasé dos meses perfeccionando la receta antes de verte. Lo tradicional es hermoso, pero siempre puede evolucionar.

Bufé con una sonrisa.

—Modesto, como siempre.

Me incliné y probé la crema con la yema del dedo. Mis ojos se abrieron apenas.

—No usaste leche condensada.

—Sé que no te gusta —respondió con orgullo—. Crema batida con mascarpone, miel infusionada con naranja y un toque de coñac.

Cerré los ojos un instante mientras el sabor se desplegaba en mi lengua. Observé cómo cortaba la masa con precisión, extendía la crema y montaba el pastel con una concentración casi reverencial. Cuando terminó, lo dejó frente a mí y aguardó: adoraba ver mi reacción ante sus creaciones.

Tomé el tenedor y probé un trozo.

Los sabores explotaron en mi boca y gemí de satisfacción. Dulce, profundo, con una complejidad que la receta tradicional de mi abuela no tenía.

—Mierda… Esto está increíble, Fruntsuzik.

Sus ojos brillaron con satisfacción contenida..

Dio un paso hacia atrás, se relamió los labios y asintió con una sonrisa leve.

—Supongo que he encontrado la forma de impresionarte.

—Sabías que significaba algo para mí —dije con una sonrisa más suave—. Gracias.

Adrien sostuvo mi mirada antes de responder, más serio.

—Quería que sintieras que conmigo también puedes tener algo parecido a un *hogar*.

La palabra quedó suspendida entre nosotros.

No eran los gestos grandilocuentes los que me desarmaban, sino esos detalles silenciosos. El hombre que había tomado una receta centenaria y la había reinventado pensando en mí.

Entonces recordé la voz de mi abuela, diciendo que siempre podía modificarse y llenarse del amor que sentíamos por los demás.

Tragué el nudo que se formó en mi garganta. Tomé un poco de crema con el dedo y, sin previo aviso, la unté en la comisura de sus labios.

—Entonces, chef, veamos si tú también puedes probar tu propio postre.

Adrien chasqueó la lengua con diversión.

—Oh, *ma chérie*... acabas de declararme la guerra.

No me dio tiempo a escapar. Me atrapó por la cintura y, entre risas, me inclinó sobre la mesa para devolverme el ataque, cubriéndome el rostro de crema.

Intenté defenderme estirando los brazos, logrando que parte del desastre acabara en su cuello. Adrien maldijo algo en francés mientras la mezcla se deslizaba por su piel, y antes de que pudiera anticipar su siguiente movimiento, me levantó en brazos con una facilidad insultante.

—¿Eh? —protesté al ver el mundo inclinarse de golpe—. ¿Adrien?

—Shh… hay que limpiar el desastre.

Su tono era demasiado inocente para ser creíble.

Tardé un segundo en entender hacia dónde se dirigía. Cuando lo hice, el grito se me quedó atrapado en la garganta, mezclado con una risa incrédula.

Adrien no dudó. Se lanzó a la piscina conmigo en brazos y el impacto del agua nos envolvió en un frío repentino que borró cualquier resto de caramelo y crema.

La profundidad me desorientó apenas un instante, pero no tuve que emerger sola. Sus manos me encontraron bajo el agua y me impulsaron hacia la superficie. Cuando salimos a respirar, todavía riendo, me sostuvo contra él con firmeza, como si temiera que pudiera desaparecer si me soltaba.

Iba a gritarle por haberme arrojado vestida a la piscina, pero las palabras se disolvieron antes de tomar forma.

El brillo en sus ojos no era travieso. No del todo.

Tragué saliva sin darme cuenta. Las gotas resbalaban por su cabello, descendían por la línea de su mandíbula y se perdían bajo el cuello de su camisa empapada. El mundo, que un momento antes era puro ruido y movimiento, se redujo a la distancia mínima entre nuestros cuerpos y al ritmo irregular de mi respiración.

No quise decir nada que rompiera aquello.

Me quedé mirándolo, como si necesitara memorizarlo de nuevo. Como si algo hubiera cambiado y todavía no supiera exactamente qué.

Quizá no era la primera vez que lo veía así.

Pero sí fue la primera vez que lo sentí distinto.

Capítulo 2

Unforgettable, French Montana Ft. Swae Lee

1 de febrero de 2025

MILENA

Aproveché un momento para subir a una de las habitaciones y acomodarme. Tantos años viajando de un país a otro me habían acostumbrado a llevar equipaje ligero; el equipo de la agencia rusa se encargaba de todo lo demás. Me reuniría con ellos al aterrizar en Nueva York dentro de dos semanas.

Guardé mis pocas prendas en los cajones y el armario: algunos vestidos de fiesta, suficientes bikinis y ropa cómoda para recorrer los alrededores. La cama era enorme, cubierta de sábanas blancas que parecían recién planchadas. Un ventanal daba al balcón y la vista —verde, frondosa, interminable— lo dominaba todo.

Me di una ducha rápida para sacudirme el cansancio del vuelo de ocho horas y me puse el pijama; sin eso, mi cerebro se negaba a apagar motores. Estaba terminando de trenzarme el cabello cuando Adrien llamó dos veces antes de entrar.

Apareció con una taza de té que dejó sobre la mesita de noche, justo del lado donde siempre dormía.

—Algo dentro de mí me decía que ibas a caer.

—No funciono si no duermo —le lancé un cojín sin demasiada fuerza mientras me metía bajo las sábanas—. Despiértame en cinco horas. Estaré lista para la cena y para lo que sea que tengas preparado.

Adrien levantó la sábana para facilitarme el acomodo y esperó hasta que me arropé. Luego se dejó caer a mi lado, apoyado sobre un costado para mirarme con calma.

—Duerme.

—No me has enseñado la lista de este año —murmuré, bostezando —. ¿Qué haremos? ¿Buceo? ¿Nadar con tiburones? Seguro que añadiste jet ski y senderismo. Te encanta intentar matarme de formas creativas.

Soltó una risa baja.

—Te la mostraré cuando despiertes.

Abrí un ojo y alcé la mano para peinarle el cabello hacia atrás. Fue su turno de cerrar los ojos un segundo.

—Estás muy guapo. ¿Cuántas chefs han caído en tus encantos?

—Ninguna. O… más bien yo no he caído en los suyos. Son prepotentes.

—Como tú.

—Exactamente.

Sonreí y apoyé la cabeza en la almohada.

—Un día tendrás que formar una familia —susurré, más por costumbre que por convicción.

—Deja que yo me preocupe por eso —respondió en el mismo tono —. ¿Y tú?

Exhalé con suavidad.

—Ninguno esperando en casa. Aunque en Moscú ya están intentando casarme con medio desfile masculino.

Adrien abrió los ojos.

—¿Ah, sí? Eso no me lo habías contado.

Noté el ligero cambio en su postura.

—Trabajé la última campaña con un modelo nuevo. Alexei. De esos que creen que el mundo es una pasarela constante —dije con una pequeña risa—. Muy profesional, eso sí. Y bastante popular últimamente. Las revistas lo adoran.

Adrien sostuvo mi mirada unos segundos antes de preguntar, aparentemente casual:

—¿Te agrada?

—Sí, claro. Es muy buena persona. Donó varios miles a un refugio de perritos.

Hubo un silencio breve.

—¿Y… —carraspeó ligeramente— fuera del foco mediático?

Fruncí el ceño.

—No entiendo la pregunta.

—Que si te agrada fuera del personaje, *ma chérie*. Su forma de ser. O… sus gustos.

Lo observé, intentando descifrar qué estaba buscando exactamente.

—Es un buen… amigo, supongo —me encogí de hombros—. No es mala persona y no se empeña en sonsacar mi vida como si me pusiera una pistola en la cabeza. Y respecto a sus gustos… le gustan los perros.

Adrien inclinó apenas la cabeza.

—Es decir, trabajáis juntos, pasáis mucho tiempo juntos y solo sabes que le gustan los perros.

Parpadeé.

¿Me estaba interrogando… o emparejando?

Una idea incómoda empezó a tomar forma en mi cabeza. Tal vez creía que ya era hora de que yo tuviera a alguien más. Tal vez pensaba que lo nuestro —lo que fuera que era— necesitaba una actualización.

Tal vez estaba intentando empujarme.

La sola posibilidad me apretó el pecho.

—¿Seguro de que no hay ninguna mujer en casa esperándote? —

solté de pronto, casi sin pensarlo.

Adrien frunció el ceño.

—¿Por qué?

Negué con la cabeza, restándole importancia.

—Nada. Olvídalo.

Él no parecía convencido, pero no insistió.

—Volviendo a Ares…

No pude evitar reír.

—Alexei.

—Eso —corrigió con fingida paciencia—. Alexander.

Le lancé una almohada a la cara.

—Déjalo, anda. Me estás hablando de trabajo y mi cerebro ya quiere cambiar el chip a vacaciones. No sabría decirte nada relevante de él: ni su familia, ni su cumpleaños, ni su signo zodiacal. Pero estoy segura de que tienes un montón de clubes de fans en internet que pueden saciar tu… extraña curiosidad.

Adrien no respondió de inmediato.

Me miró durante unos segundos más de lo habitual. El aire cambió, sutilmente. Mi corazón empezó a golpear con más fuerza contra mis costillas cuando sus ojos recorrieron mi rostro con una intensidad distinta. El músculo de su mandíbula se tensó antes de que hablara.

—Sabes todo eso de mí.

Rodé los ojos, intentando que el gesto aligerara lo que acababa de instalarse entre nosotros.

¿Eran celos? ¿De verdad estaba celoso porque alguien pudiera competir contra él por el título imaginario de mejor amigo?

Me incorporé un poco para acomodarme mejor y, casi por reflejo, volví a peinarle el cabello hacia atrás.

—No compares —murmuré, evitando profundizar—. Tú… tú eres tú.

Cerré los ojos con rapidez, como si así pudiera esquivar cualquier pregunta que viniera después.

No sabía exactamente qué significaba que él fuera *él*, pero sabía que no quería analizarlo en ese momento.

Adrien estaba demasiado preguntón para alguien que había hablado durante horas el día anterior, y yo tenía un nudo en la garganta demasiado firme como para responder sin ponerme roja como una adolescente.

Sentí que seguía mirándome incluso cuando fingí que el sueño me vencía. Lo último que escuché antes de que me llevara de verdad, fue el suspiro que soltó antes de dejar un beso en mi frente y acomodarse a mi lado.



Dormir siempre me convertía en una versión mejorada de mí misma. Más ligera. Más optimista. Peligrosamente enérgica.

Cuando abrí los ojos, Adrien seguía dormido a mi lado, el brazo doblado bajo la almohada y el cabello ligeramente despeinado. Lo observé un momento antes de deslizarme fuera de la cama con cuidado. Decidí dejarlo descansar… aunque nunca fui especialmente buena calculando cuánto era *suficiente*.

Bajé a la sala, encendí el televisor y conecté mi lista de karaoke mientras abría una botella de vino. La primera canción empezó a sonar y, para cuando llegué al segundo estribillo, ya estaba usando un enorme cucharón como micrófono improvisado y saltando entre los muebles blancos con una copa en la mano.

Era imposible estarme quieta.

Cuando comenzó *Moth To a Flame*, arrastré cada sílaba con dramatismo exagerado, moviéndome por la sala como si estuviera sobre un escenario. Mi voz no era perfecta, pero la actitud compensaba cualquier carencia técnica.

No me di cuenta de que Adrien estaba en las escaleras hasta que lo vi apoyado en la barandilla, observándome con una media sonrisa.

Seguí cantando.

—*But does she know you call me when she sleeps?* —entoné, señalándolo con el cucharón.

Su expresión cambió apenas un segundo. Nada evidente. Solo un destello distinto en la mirada.

Bajó las escaleras con calma, se sirvió un poco de coñac y lo bebió sin apartar los ojos de mí antes de dejarse caer en el sofá. Tenía las manos entrelazadas, como si estuviera conteniéndose de intervenir. O tal vez quería arrancarme el precioso micrófono improvisado y esa era la manera de evitarlo.

—*Like a moth to a flame…*

La letra quedó flotando en el aire con una ironía que no quise analizar.

Por un instante me sentí demasiado consciente de su mirada. Demasiado fija. Demasiado intensa.

Ignoré la sensación, apuré el vino y me dejé caer al suelo con teatralidad, exagerando un paso de baile ridículo solo para hacerlo reír. Funcionó. Su carcajada llenó la sala.

Me tendió una mano para ayudarme a levantarme, pero tiró con más fuerza de la necesaria y terminé cayendo sobre él. El impacto nos arrancó otra risa y rodamos sobre el sofá hasta quedar enredados, torpes y sin aliento.

La risa se apagó primero en mí.

De repente, el contacto era demasiado evidente. Su mano seguía en mi cintura. Mi rodilla estaba apoyada entre las suyas. Su respiración chocaba contra mi mejilla.

No era la primera vez que nos encontrábamos así. Pero sí era la primera vez que mi cuerpo reaccionaba antes que mi mente.

Me quedé quieta.

¿Por qué ahora era tan difícil algo que antes era tan natural?

Intenté convencerme de que solo necesitaba distraerme. Que tal vez la sequía sentimental estaba empezando a jugarme malas pasadas.

—Eres un problema, Mikhailova —murmuró él, todavía sonriendo, aunque su voz sonó más baja que antes.

Intentó incorporarse, pero yo no me moví de inmediato.

—¿Qué pasa? —pregunté, intentando recuperar la ligereza—. ¿Te asusta que pueda ganarte en tu propio sofá?

—No es eso.

Sus dedos se ajustaron apenas en mi cintura antes de apartarse con una lentitud que no era habitual en él. El movimiento fue mínimo, casi imperceptible, pero dejó una estela extraña, como si algo se hubiera desplazado unos centímetros fuera de lugar.

Me incorporé un poco, apoyando las manos a cada lado de su pecho.

—Te alejas rápido últimamente —añadí, medio en broma, medio tanteando—. Es nuevo.

Adrien sostuvo mi mirada. No sonreía.

—No me alejo.

Durante unos segundos ninguno de los dos hizo el menor movimiento. La música seguía sonando en segundo plano, pero parecía venir de otra habitación. Yo notaba el calor de su cuerpo bajo el mío, el leve roce de su camiseta contra mis rodillas, el modo en que su respiración ya no era tan regular como antes.

Siempre habíamos sido así. Cercanos. Sin pensar demasiado en las distancias.

Entonces, ¿por qué ahora todo parecía medido al milímetro?

Intenté encontrar algo gracioso que decir, algún comentario que rompiera esa quietud que empezaba a volverse incómoda, pero las palabras no llegaron con la facilidad de otras veces. Adrien tampoco

hablaba. Solo me miraba con una atención concentrada que me hacía sentir más expuesta de lo razonable.

Su mano regresó a mi cintura, no para atraerme ni para apartarme, sino como si necesitara asegurarse de que seguía ahí. El gesto fue tan natural que cualquiera habría dicho que era costumbre. Y lo era. Solo que, en ese momento, se sentía distinto.

Demasiado presente.

Tragué saliva y bajé la mirada un instante, consciente de la cercanía de su boca sin saber muy bien qué hacer con esa información. No era una invitación. Tampoco una amenaza. Era, simplemente, una posibilidad flotando entre nosotros.

Y eso bastaba para descolocarme.

Él inspiró con lentitud, como si estuviera a punto de decir algo. Pero no lo hizo.

En lugar de eso, deslizó la mano hasta mi brazo y me ayudó a incorporarme con suavidad, rompiendo el contacto sin brusquedad.

—Deberíamos empezar con la cena antes de que decidas incendiar la casa con tu espectáculo —dijo al fin, recuperando una nota de humor que sonó ligeramente forzada.

Agradecí el cambio más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Me levanté también, alisándome el pijama como si necesitara ordenar algo más que la tela. Sentía el pulso un poco más rápido de lo normal, aunque no habría sabido explicar por qué.

Siempre habíamos sabido hasta dónde llegar.

Solo que, por primera vez, no estaba completamente segura de dónde estaba exactamente esa línea.

Y lo que me inquietaba no era haberla cruzado.

Era no saber si alguno de los dos había estado a punto de hacerlo.

—Me dijiste que, cuando despertara, me mostrarías la lista.

Adrien emitió un sonido afirmativo mientras abría un cajón y

sacaba sus cuchillos.

—Después de cenar. Lo prometo.

No había nada ordinario en él cuando entraba en una cocina. Cambiaba algo en su postura, en la manera en que colocaba cada utensilio con precisión, en cómo ordenaba los ingredientes. Carne, patatas, hierbas frescas, mantequilla. Todo encontraba su lugar bajo sus manos.

Me acomodé en mi taburete favorito y comencé a hacer lo que mejor sabía hacer en su territorio: estorbar con encanto. Robé una uva del cuenco, probé la salsa con la punta del dedo… lo normal.

—Si sigues robándote mis ingredientes, vas a terminar cenando aire, Milena —advirtió sin mirarme, revolviendo la sartén.

Me encogí de hombros con la boca llena.

—No es mi culpa que esto huela tan bien y me dé hambre.

—No está listo.

—No soy una clienta en tu restaurante —repliqué—. Soy tu amiga. Tengo derecho a probar antes de que la sirvas.

Adrien soltó una risa baja, de esas que parecían más una exhalación divertida que una carcajada real. Me encantaba ese sonido.

El aire estaba impregnado de ajo, mantequilla derritiéndose y especias que no supe identificar. Una mezcla cálida y envolvente que hacía que la casa entera pareciera más pequeña, más íntima, especialmente cuando tenía al mejor chef francés del mundo cocinando para mí.

—Déjame adivinar —dijo sin apartar la vista de la sartén—. Si no fueras modelo, habrías sido crítica gastronómica.

Me bajé del taburete y me acerqué, fingiendo meditarlo.

—No lo sé… tal vez. O quizá habría abierto una panadería en Moscú.

Giró la cabeza hacia mí.

—¿Una panadería?

—Sí. ¿Qué tiene de raro? Me gustan el pan y los postres.

Su sonrisa se inclinó hacia la burla.

—No es raro. Lo raro es que te imagino vendiendo croissants en un delantal rojo con encaje, y no cuadra con tu imagen de supermodelo rusa.

Puse los ojos en blanco.

—Pues para tu información, mi panadería imaginaria es un éxito. Hacemos el mejor kulich de toda Rusia y tenemos filas interminables en la puerta.

—Claro —se burló, volviendo a su sartén.

Lo observé moverla con la facilidad de quien había hecho eso toda su vida. Sus manos eran expertas, precisas. Aunque estaba acostumbrada a verlo cocinar, no podía evitar quedarme mirando cómo dominaba cada ingrediente.

Me mordí el labio y, sin pensarlo demasiado, hundí una cuchara en la salsa.

—¡Milena!

—¿Qué? —pregunté con total inocencia, llevándome la cuchara a la boca.

Una maldición en francés escapó de sus labios, pero no me quitó la cuchara. Se limitó a observarme, expectante.

—¿Y bien?

Saboreé con lentitud. Ajo, mantequilla, hierbas, algo más profundo que no supe nombrar.

—Podría llorar de lo bueno que está esto.

Su orgullo fue inmediato.

—Claro que está bueno. Lo hice yo. Pero gracias por notarlo.

—Dios, tu ego…

—No es lo único grande que tengo, *ma chérie*, así que no lo digas.

Ahogué un jadeo y abrí los ojos tanto que temí que se me salieran de las cuencas.

—Dime que no acabas de decir eso.

Se rio abiertamente y yo aproveché para robar otro poco de salsa.

—Milena…

—Está demasiado buena. No puedes culparme.

Rodó los ojos y se acercó para apartarme con un empujón suave. Su mano rozó mi cintura con naturalidad, un gesto que probablemente ni pensó.

Pero yo sí.

El contacto fue breve, casi accidental, pero mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Un leve escalofrío recorrió mi espalda y me obligó a apartar la mirada como si nada hubiera ocurrido.

—Deja de comer y corta los tomates —pidió, pasándome la tabla.

Negué para despertar del trance y tomé el cuchillo. Empecé a rebanar, aunque más que concentrarme en la tarea, me dediqué a observar cómo Adrien cocinaba.

—Milena.

—Mmm.

—Deja de comer.

Di un respingo, atrapada con un pedazo de pan en la mano.

—¿Por qué eres así? —protesté, mordiéndolo de todos modos.

Estuve a punto de decirle que solo comía sin culpa cuando estaba con él; que fuera de esa cocina, en la soledad de los hoteles y las sesiones interminables, cada bocado era una negociación. Pero las palabras se quedaron donde estaban.

Adrien se acercó y, sin aviso, me quitó el pan de los dedos.

No fue el gesto lo que me descolocó. Fue que no se apartara

después.

Partió el trozo con calma, lo sumergió en la salsa y se lo llevó a la boca sin dejar de mirarme. No había desafío en su expresión. Tampoco juego.

Solo atención.

Tragué en seco.

El calor de la cocina ya no provenía únicamente de los fogones. Se instaló en otro sitio, más bajo, más difícil de ignorar. Y por primera vez me quedé completamente quieta, consciente de cada centímetro de distancia entre nosotros.

Demasiado cerca para fingir que no estaba pasando nada.

Demasiado orgullosa para admitir que lo estaba notando.

Capítulo 3

Shawn Mendes — Treat You Better

1 de febrero de 2025

MILENA

Ayudé a colocar la mesa y a preparar todo. Para Adrien, el momento de la cena era casi sagrado: se tomaba su tiempo, disfrutaba cada bocado y tenía unos modales tan refinados que lo hacían parecer aún más varonil de lo que ya era. No era algo que hiciera para impresionar a nadie. Simplemente era así.

Yo, en cambio, devoraba la comida con el entusiasmo de alguien que llevaba horas hambrienta.

—Aún no me has dado la lista de las aventuras de este viaje —comenté mientras el contenido de mi plato desaparecía con facilidad.

Estaba deliciosa. Como siempre.

Adrien apoyó el tenedor en el borde del plato y me observó un momento antes de responder.

—Hice una lista de actividades para este viaje, *ma chérie*… —murmuró con cautela—, pero no es la lista que quiero mostrarte.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué tenemos dos listas este año?

Adrien no respondió de inmediato.

—Iré por el postre. He dejado las actividades en notas compartidas.

Lo observé desaparecer hacia la cocina con una sensación extraña instalándose en mi estómago.

Siempre hacíamos la lista en papel. Era parte del ritual. La

pegábamos en la nevera y cada día tachábamos una actividad.

El cambio repentino me desconcertó.

Busqué mi teléfono, que había abandonado desde que aterricé, cansada de las redes y de todo lo que implicaba llevarlo encima. Lo encendí y encontré, en efecto, una nota compartida.

Catorce actividades para exprimir el turismo de Tailandia.

Ese día tocaba un recorrido nocturno por el mercado de Phuket. Más abajo había un safari en elefante, paseo en globo aerostático, día de playa, excursiones por la selva, spa, clases de cocina tailandesa…

Varias actividades por día.

Demasiadas.

Entendí entonces que aquella no era la verdadera lista.

Adrien regresó con el postre y dejó dos platos de flan sobre la mesa antes de sentarse frente a mí. Partió una de las porciones, pero cuando levanté la vista debió notar las preguntas en mi expresión.

—Esta no es la lista de este año, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Ya te lo dije. Hice otra.

—¿Por qué?

Tragué con dificultad. Había algo en su tono, en la manera en que me miraba, que hacía que mi estómago se encogiera con una mezcla incómoda de curiosidad y nerviosismo.

Adrien apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó las manos.

—Porque necesito probar algo —dijo al fin—. Y no me animaría de otra forma.

—¿Probar qué?

Adrien suspiró. Sus labios estaban tensos en una línea fina, como si llevara varios minutos decidiendo si debía decir lo que estaba a punto de decir.

Aunque Adrien Moreau no era conocido precisamente por su simpatía, conmigo… conmigo siempre había sido distinto.

No supe en qué momento me gané un palco VIP en su corazón de acero, pero lo tenía. Me había tocado la versión dulce del francés: atento, protector, con ese humor seco que aparecía solo cuando estaba relajado.

El chef arrogante que hacía temblar a media brigada de cocina tenía corazón. Y yo estaba convencida de tener un pedazo.

Pero desde que aterricé en Tailandia algo en él no terminaba de encajar. Había momentos en los que parecía el mismo de siempre… y otros en los que sentía que alguien lo había reemplazado por una versión más dura, más distante.

Casi como si estuviera hablando con un *doppelgänger*.

Adrien levantó la mirada.

—Te he mentido.

Tragué en seco.

De repente ya no tenía nada de hambre.

—No es la primera vez que oigo acerca de Ares.

Ladeé la cabeza.

—Alexei.

Adrien soltó una risa seca, sin humor.

—No sé si lo has notado, *ma chérie*, pero me da bastante igual cómo se llame.

Mis labios formaron una O perfecta.

Sí. Ahí estaba el chef repelente que el mundo conocía.

Pero cuando levanté la vista para enfrentarlo, esperando encontrar arrogancia… me encontré algo completamente distinto: derrota.

—Hace unas semanas estaba en llamada con Nathanael, haciendo la lista —tragó saliva sin mirarme—. La que supuestamente iba a ser

en Italia. Estaba terminándola cuando vi un artículo de la prensa rosa. En la portada estabas tú y ese tipo… con un titular amarillista relacionándolos sentimentalmente.

No supe qué decir.

—No es lo que estás pensando.

—No estaba pensando en nada. Creo que incluso olvidé cómo se respiraba.

Mis ojos bajaron hacia sus manos tensas y volvieron a subir a su rostro.

—Cuando volví en mí —continuó—, no sentía mi corazón latir. Fue… incómodo. Me obligó a pensar en algo que llevaba demasiado tiempo evitando.

El pulso empezó a golpearme en las sienes.

—¿Qué cosa?

Adrien soltó una exhalación por la nariz.

—Si lo que hay entre nosotros es realmente amistad… o si solo hemos tenido demasiado miedo de averiguarlo.

No entendía qué estaba diciendo.

Claro que era amistad, ¿no?

Debía serlo.

¿Cómo se llama, si no, a los cuidados? ¿A los años compartidos? ¿A todo lo que había hecho por mí sin esperar nada a cambio?

Adrien había estado ahí cuando me rompí el tobillo en el internado y pasé semanas sin poder entrenar; fue él quien se sentaba conmigo en las gradas mientras los demás nadaban. También fue él quien me enseñó a cocinar pasta, porque decía que ningún ser humano debía sobrevivir a base de comida de máquina expendedora.

Y cuando mi abuela murió… fue el único que no intentó decir nada inteligente. Solo se sentó a mi lado y me dejó llorar hasta que se me acabaron las lágrimas.

Eso era amistad. ¿No?

Las amistades también eran refugios. Lugares seguros. Personas que sabían cuándo llamar, cuándo quedarse, cuándo aparecer con una taza de café sin hacer preguntas.

Eso era lo que habíamos sido durante diez años.

Eso tenía que ser lo que éramos.

Porque la alternativa…

Negué con la cabeza.

La alternativa era vértigo, pocas respuestas. Más probabilidades de pérdida que de éxito. Una puerta que no quería abrir porque hacerlo significaba arriesgarme a que él se marchara.

Y yo ya había perdido demasiado como para también perderlo a él.

—¿Cuántos puntos tiene tu lista? —susurré al fin.

Adrien no apartó la mirada.

—Catorce.

—¿Me dejas verla?

—Eventualmente —se relamió los labios, y mi mirada siguió el movimiento sin que pudiera evitarlo—. He dejado el primer punto en una nota sobre tu cama. Te haré llegar uno por día.

—¿Por qué?

Adrien apoyó la espalda contra el respaldo de la silla.

—Porque si te dejo leerla completa… temo que huyas.

—Adrien…

—¿Confías en mí, Milena?

No tuve que pensarlo.

—Lo hago —respondí—. Pero tengo miedo.

Una sombra de sonrisa cruzó su rostro.

—Yo también. Pero te prometo que, si no funciona, nada cambiará.

El aire se atascó en mi garganta.

—Ve a vestirte —añadió después de un momento—. Saldremos en una hora.

Me quedé sentada unos segundos más cuando se levantó de la mesa, intentando ordenar el caos que acababa de instalarse en mi cabeza. Finalmente obligué a mis piernas a moverse y subí las escaleras casi en automático.

La nota estaba sobre la almohada.

No me acerqué.

Durante varios minutos fingí que no existía.

Abrí la maleta, rebusqué entre la ropa y elegí un vestido de satén dorado con unas sandalias sencillas. Me refugié en la ducha, dejando que el agua caliente corriera más tiempo del necesario. Después me tomé mi tiempo para arreglarme: aretes, un par de collares finos, el cabello peinado hacia atrás y sujeto al frente con dos pequeñas horquillas de mariposa. Incluso me entretuve más de la cuenta con el maquillaje.

Cualquier excusa servía.

Pero llegó un punto en el que ya no quedaba nada que ajustar.

La nota seguía allí.

Esperando.

Caminé hasta la cama con una sensación extraña en el pecho y la tomé entre los dedos.

Mis manos temblaron ligeramente cuando empecé a leer.

Los pulmones se me llenaron de aire de golpe, como si hubiera olvidado respirar durante varios segundos, y un cosquilleo extraño me recorrió el cuerpo desde el estómago hasta las piernas.

La puerta se abrió detrás de mí.

Adrien entró en la habitación con uno de sus conjuntos habituales,

aunque en colores distintos: camisa ligera, pantalones claros, ese equilibrio natural entre elegancia y despreocupación que parecía acompañarlo a todas partes.

Sus ojos se posaron de inmediato en la nota que tenía entre las manos.

Luego en mi expresión.

—¿Estás seguro de esto, Adrien?

Asintió mientras acortaba la distancia entre nosotros. Cuando llegó a mi lado, rozó mi mejilla con uno de sus dedos.

—Tal vez es lo que necesitamos —dijo con suavidad—. ¿No lo crees?

Negué apenas.

—Tengo miedo —susurré—. Eres mi mejor amigo. No quiero que eso cambie.

—No tiene por qué cambiar.

—Adrien… —exhalé, lamentándolo ya antes de terminar la frase—. Aunque no queramos, algo cambiará si al final no es lo que el otro espera.

Su mirada se sostuvo sobre la mía con una intensidad tranquila.

—Te afecto, Milena. Lo he visto.

Abrí la boca para responder… pero no salió nada.

Porque, de pronto, mi mente empezó a traicionarme.

Recordé a Adrien de pie frente a un fotógrafo durante mi primera sesión importante. Yo acababa de salir llorando del set porque el hombre había decidido que gritarle a una adolescente era una forma aceptable de dirigir una sesión.

Adrien no subió la voz, pero habló en francés, despacio, con esa calma peligrosa que utilizaba cuando alguien cruzaba una línea. El fotógrafo terminó disculpándose sin entender muy bien cómo había llegado a ese punto.

También recordé el invierno en el que me enfermé durante una campaña en Berlín. Fiebre, cuarenta grados, un hotel que no conocía y un equipo demasiado ocupado para quedarse conmigo.

Adrien apareció al día siguiente. Me enteré meses después de que había dejado su restaurante en mitad de un servicio y se había plantado en el aeropuerto hasta conseguir un vuelo.

Nunca me había parecido extraño.

Nunca había pensado demasiado en ello.

Hasta ese momento.

Porque, cuando levanté la vista y encontré los ojos de Adrien sobre mí, me di cuenta de algo que hasta entonces había conseguido ignorar con bastante éxito.

Tal vez el problema no era que él me afectara.

Tal vez el problema era que *siempre* lo había hecho.

Y que, durante diez años, ninguno de los dos había tenido el valor de preguntarse exactamente por qué.

—¿Crees que es solo por la soledad? —cuestionó—. Pues despejemos esa duda, ¿no? Pero ¿y si no lo es? ¿No te hace ruido que durante tantos años solo hayamos sido nosotros? ¿Que nadie haya conseguido acercarse?

Tenía razón.

Había ignorado ese detalle durante años, como si no fuera digno de análisis. Pero la verdad era que había comparado a todas las personas que habían pasado por mi vida con Adrien Moreau… y nadie había sido él.

La expectativa me quemó por dentro. Moví los dedos con nerviosismo sobre el papel.

—¿Y cómo… cómo sucede esto?

Leí en voz alta la primera línea de la nota.

—*«Te besaría contra una pared, sin pedir permiso»*. —Alcé la

mirada hacia él—. ¿Tengo que ponerme contra la pared y esperar a que me beses?

Adrien soltó una risa baja.

—¿Quieres quitarle todo el romanticismo, verdad? —negó con la cabeza—. No te afectará menos por hacerlo.

—¡Oye! —protesté—. Estoy intentando procesar el hecho de que mi mejor amigo de media vida me escribió una lista de cosas que haría conmigo si no fuéramos solo amigos.

Adrien no pareció particularmente perturbado por la situación.

—Voy a besarte, Milena —dijo con tranquilidad—. Voy a besarte porque me apetece.

El corazón me dio un pequeño salto.

—Pero no será cuando estés esperándolo.

—¿Y cuándo?

Una sombra divertida cruzó sus ojos.

—¿Estás impaciente, *ma chérie*? Será cuando lo decida.

—Estás muy mandón, Adrien.

Se acercó un paso más, lo suficiente para que pudiera notar el calor de su cuerpo cerca del mío. Sus dedos rozaron el tirante de satén de mi vestido, acomodándolo con una delicadeza que contrastaba demasiado con lo que acababa de decir.

—Descubrirás cuán mandón puedo ser —susurró.

Luego se apartó apenas lo suficiente para mirarme de arriba abajo.

—Estás hermosa. Ven, toma mi mano. El tiempo apremia.

Adrien estaba sorprendentemente calmado.

Yo, en cambio, aún intentaba procesar la posibilidad de que hubiera sentido algo más todo este tiempo. Aquella revelación me obligaba a mirar nuestra relación desde otro ángulo, como si alguien hubiera girado ligeramente una fotografía que creía conocer de

memoria.

¿Había sido injusta con él?

¿Había estado ignorando algo que llevaba demasiado tiempo frente a mí?

Mientras releía mentalmente la frase de la nota, una mezcla incómoda de excitación y nerviosismo empezó a recorrerme el cuerpo. La idea de que nuestra amistad pudiera cruzar una línea completamente distinta era tan tentadora como aterradora.

La tensión entre nosotros se había vuelto palpable, espesa.

Y aunque ninguno de los dos lo dijo en voz alta, sabía que algo había cambiado.

No pude evitar preguntarme qué ocurriría si dejábamos de fingir que no lo veíamos.

Si, por una vez, dejábamos de comportarnos como dos amigos perfectamente razonables.

Tal vez había llegado el momento de descubrir, por fin, qué demonios era eso que me revolucionaba por dentro cada vez que Adrien Moreau estaba demasiado cerca.

Capítulo 4

Martin Garrix, Bebe Rexha — In the Name of love

1 de febrero de 2025

MILENA

El bullicio del mercado nocturno de Phuket me envolvía mientras caminaba junto a Adrien por la vibrante Thalang Road. Las luces de colores colgaban de cables cruzados sobre la calle, brillando sobre los puestos alineados a ambos lados, repletos de artesanías, ropa y recuerdos. Algunas lámparas de papel se mecían con la brisa cálida, proyectando sombras suaves sobre las telas y la madera pulida de los mostradores.

El aire estaba saturado de aromas exóticos provenientes de la comida callejera: leche de coco caliente, pescado a la parrilla, especias dulces y algo picante que me hizo fruncir la nariz mientras pasábamos frente a un puesto donde chisporroteaba un wok. La música en vivo, procedente de un pequeño escenario improvisado más adelante, creaba una atmósfera animada y acogedora que parecía envolverlo todo.

Había estado en Tailandia antes, en sesiones de fotos grupales, pero nunca había tenido la oportunidad de disfrutar el lugar como en ese momento. Aquellas veces todo había sido hoteles, sets de fotografía y traslados rápidos entre aeropuertos.

Aquello era distinto.

Era real.

Me detuve frente a un puesto que exhibía delicadas figuras talladas a mano. Pequeños elefantes, tigres y templos en miniatura descansaban sobre una mesa cubierta con una tela roja. Algunos estaban hechos de madera clara, otros de una más oscura y brillante que reflejaba la luz de las lámparas.

Mis dedos acariciaron un elefante de madera, perfectamente pulido, con los colmillos diminutos y la trompa levantada. Esos animales eran símbolo de buena suerte en Tailandia.

Adrien, notando mi interés, no tardó en tomar uno y pagarlo.

Debía tener cuidado delante de este hombre peligroso; era capaz de cargar con una vaca entera si me veía mirarla más de tres segundos.

—Gracias, siempre quise un *sugar daddy* —lo molesté, tomando el pequeño elefante cuando terminó el pago.

—Soy muy joven para eso, Milena —gruñó—. Pero puedo dejar que me llames *papi* si te gusta.

Le golpeé el hombro y seguí caminando entre las pequeñas tiendas.

—Ya quisieras.

Él no respondió, pero noté su risa baja mientras caminábamos entre la multitud.

Continuamos el paseo, envueltos en la música. Un guitarrista tocaba algo que no reconocí mientras varias personas se detenían a escuchar.

Me detuve frente a otro puesto que vendía coloridos pañuelos de seda. Decenas de ellos colgaban de una cuerda tensada sobre la mesa: turquesas, dorados, rojos intensos, algunos bordados con pequeños elefantes plateados.

La dueña del puesto, una mujer mayor, se acercó enseguida al notar mi interés. Tomó uno de los pañuelos y, con manos rápidas, me mostró cómo atarlo alrededor del cuello.

—*Beautiful* —dijo, acomodándolo con cuidado mientras asentía con satisfacción.

Después levantó la vista hacia Adrien y lo observó un momento con una expresión evaluadora.

—*For your husband too.*

Solté una pequeña risa, casi automática.

—Oh, no. No es mi esposo.

La mujer me miró como si acabara de contar un mal chiste y, sin mostrar la menor intención de cambiar de opinión, tomó otro pañuelo de la mesa. Se acercó a Adrien y lo rodeó con la seda sin pedir permiso, ajustando el nudo con la misma destreza que había usado conmigo.

—*Good couple* —declaró con total seguridad.

Adrien inclinó apenas la cabeza para facilitarle el trabajo, dejando que terminara de acomodarlo sin decir una sola palabra para corregirla.

Cuando la mujer dio un paso atrás para admirar su obra, señaló el pequeño elefante de madera que todavía sostenía en mi mano.

—*Elephants bring luck for lovers*.

Sentí cómo el calor subía lentamente por mi cuello.

—¿Va a servir de algo que diga que no somos…?

Adrien chasqueó la lengua antes de que terminara la frase y sacó la cartera para pagar los pañuelos. Parecía genuinamente divertido con la escena, como si el malentendido le resultara más entretenido que incómodo, y no hizo el menor intento de corregir a la mujer o desmentir lo que acababa de asumir.

Cuando terminamos de pagar y nos alejamos del puesto, no pude evitar mirarlo de reojo.

—¿No te molesta?

—¿Debería?

Rodeó mi cintura con una mano y me acercó a él con una naturalidad que hizo que mi estómago diera un pequeño salto. Después inclinó la cabeza hacia la vendedora a modo de despedida y siguió avanzando conmigo entre la multitud.

—Me molestaría que me confundieran con tu padre —continuó con calma—. Significaría que el estrés me está pasando factura. O

con tu hermano. ¿Pero con tu marido?

Ante mi silencio, se detuvo en seco en mitad de la calle.

Las luces del mercado parpadeaban sobre nosotros mientras la gente seguía pasando a nuestro alrededor.

Adrien me miró con atención.

—¿A ti te ha molestado?

Negué rápido. *Demasiado rápido*.

—Cuando hace cinco años fuimos a República Dominicana —añadió entonces, retomando el paso— fingimos ser prometidos para conseguir un postre gratis.

Tragué saliva.

Había sido idea mía. Se lo había pedido porque no contemplaba que un hombre fuera a pedirme matrimonio de verdad. Ni entraba en mis planes, ni había ningún hombre con quien, al pensar en pasar el resto de mi vida con él, el estómago me revoloteara de alegría y no de ansiedad.

Solo quería saber si era verdad aquello que decían de que te regalaban el postre. Aunque fuera mentira.

Aquel día dejé propina suficiente como para cubrir ocho postres. Solo quería vivir la experiencia de…

«Si lo que hay entre nosotros es realmente amistad… o si solo hemos tenido demasiado miedo de averiguarlo».

—Estaba en mi *bucket list* antes de morir —murmuré al fin—. Pero esto…

Adrien soltó una pequeña exhalación por la nariz, algo parecido a una risa.

—Tómalo como que estaba en la mía —respondió—. Así dejarás de sobrepensar algo que, si no te hubiera hablado de la lista, no habrías analizado ni un segundo.

Lo miré de reojo. Él ya me estaba mirando.

—¿Estaba de verdad en tu lista que te confundieran con mi esposo?

Adrien inclinó la cabeza ligeramente.

—Con matices.

El resto del paseo lo hicimos sin prisa por el mercado, deteniéndonos aquí y allá a mirar artesanías, probar fruta cortada en pequeños vasos de plástico y escuchar a un músico que tocaba una guitarra vieja bajo una guirnalda de luces amarillas. Cuando finalmente regresamos al coche, la noche había caído del todo sobre Phuket.

Regresamos a casa envueltos en esa burbuja que siempre aparecía cuando estábamos juntos.

Muchos conocían a Adrien como un hombre reservado, algo prepotente y hasta mandón. Nunca fue un chico problemático en el internado, pero sí alguien que llevaba su bandera de líder con naturalidad y rara vez dejaba que otros le dijeran qué hacer.

Sin embargo, conmigo era diferente.

A veces sentía que la versión de Adrien que obtenía era especial, única. Sus comentarios llenos de ego seguían allí, pero eran mínimos. Sabía reírse conmigo, sabía divertirse; era la clase de hombre que no permitía el aburrimiento.

Y tal vez eran todas esas excepciones —todas esas diferencias que tenía conmigo— las que me tenían hecha un caos mental y con el cuerpo en tensión, esperando el mínimo movimiento de su parte.

Me picaba el cuello y tuve que sentarme sobre mis manos durante todo el trayecto en auto. Pero al llegar a casa, tampoco me besó.

Entramos todavía riendo por algo que ya no recordaba exactamente. Adrien dejó las llaves sobre la consola de la entrada y fue directo al pequeño mueble del salón donde el alojamiento guardaba varias botellas para los huéspedes. Sacó una de coñac y sirvió dos copas… que se convirtieron en cuatro más mientras yo lo molestaba tomándole algunas fotos con el móvil.

—Borra eso, Mikhailova.

—Ni en tus sueños. Internet necesita ver esta cara.

—Si subes algo te demandaré.

—Por favor —me burlé—, tu ego sobreviviría.

Después intentamos armar un rompecabezas y terminé golpeándolo unas cuantas veces mientras se burlaba de mí.

—Siempre fuiste un poco lenta, Milena, pero ahora estás convertida en un desastre.

—¡Duerme con un ojo abierto, Moreau! —amenacé.

—Tonta, tonta… —negó con la cabeza mientras observaba la mesa —. ¿Cuántas veces te he dicho que primero se agrupan todas las piezas parecidas antes de empezar? Ahora tardaremos dos días en armarlo, con tu manía de mezclar mis pilas.

Le saqué la lengua y me crucé de brazos.

—Yo no te mandé a traer un rompecabezas de mil piezas.

—No es que sea la gran cosa —respondió con una calma ofensiva —. Entiendo que sea demasiado para tu cerebro.

Me lancé sobre su espalda, derribándolo al suelo.

—Voy a matarte, Adrien.

Su risa hizo vibrar su espalda bajo mi cuerpo; el impacto me recorrió entera. Aspiré con fuerza antes de apartarme y ponerme de pie, fingiendo molestia.

—Me iré a dormir. Vete al infierno.

—Cuidado con esa boca, *ma chérie*.

—No me des órdenes —gruñí.

Se rio en mi cara y quise hacer un berrinche real ante la forma despreocupada en la que se burlaba de mí.

Increíblemente relajado sobre el piso, rodó para mirarme desde allí.

—Me gustas enojada.

Intenté que sus palabras no me afectaran.

—No me importa. Ya no quiero ser tu amiga de todas formas. ¡Te burlas de mí! —protesté con dramatismo mientras me alejaba de la sala.

Subí las escaleras hasta el tercer piso, todavía refunfuñando para mis adentros.

Había gastado demasiada energía en el día y mi cuerpo necesitaba descanso, o me convertiría en un monstruo gruñón en cuestión de minutos.

Un grito quedó atascado en mi garganta cuando una mano me sujetó por detrás y me empujó contra la pared junto a la puerta de mi habitación.

Adrien se cernió sobre mí en el mismo movimiento, una mano apoyada junto a mi cabeza y la otra firme en mi cintura, encerrándome con su altura mientras su aliento rozaba mi rostro.

Inspiré con fuerza.

El momento me volvió líquida. Sentí algo caliente deslizándose por mi cuerpo como lava lenta; mis dedos hormiguearon y cada centímetro de mi piel pareció despertar al mismo tiempo.

Mis labios quedaron entreabiertos ante su repentino movimiento.

Había olvidado por completo su promesa: que me besaría hoy como si no fuéramos amigos.

La discusión estúpida en la sala me había distraído… y ahora estaba allí, con un hombre increíblemente guapo —mi mejor amigo— presionándome contra la pared, tocando con una precisión casi quirúrgica los puntos capaces de desarmarme en segundos.

—Adrien… —suspiré.

Su mano libre empezó a arrastrar lentamente la tela de mi vestido de satén. La fue subiendo con paciencia, centímetro a centímetro, hasta que el tejido quedó arremolinado en mi cintura.

No se detuvo hasta que sus dedos encontraron mi piel desnuda.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo ante la frialdad de su tacto contrastando con el calor que me quemaba por dentro.

Sus ojos no abandonaban los míos.

Había contención en ellos. Una tensión controlada, como si estuviera midiendo cada gesto para no perder el dominio de sí mismo… o para no perderme a mí.

Apreté los muslos sin darme cuenta.

Él lo notó.

Sus labios descendieron despacio. Antes de alcanzarlos, su mano subió desde mi cintura hasta mi cuello y lo rodeó con firmeza suficiente para hacerme delirar.

La presión de sus dedos allí me arrancó un temblor que recorrió mi espalda.

Sus labios húmedos rozaron primero mi mejilla, dejando un rastro lento de besos que descendió hacia mi mandíbula. Luego repitió el mismo camino por el otro lado, con una paciencia que me estaba volviendo loca, mientras su mano en mi cintura exploraba la curva de mi cuerpo sin llegar a mis senos.

Me estremecí entera cuando por fin atrapó mis labios.

Creí ver destellos blancos en mi visión. El impacto fue como el choque de dos planetas; no estaba preparada para la exigencia de su boca ni para la dedicación con la que empezó a delinear la mía, succionando primero con lentitud y cambiando después el ritmo, mordiendo apenas, volviéndome una hoja temblorosa entre sus brazos.

Alcé las manos para aferrarme a su camisa y lo atraje hacia mí, queriéndolo más cerca, queriendo borrar cualquier espacio entre nuestros cuerpos mientras su boca seguía reclamando la mía con una precisión que me desarmaba.

Cuando me separé apenas un segundo para respirar, un gemido escapó de mis labios.

Su mano se apretó en mi cintura.

Y volvió a besarme.

Esta vez más profundo, más decidido, como si llevara demasiado tiempo conteniéndose y ya no tuviera intención de hacerlo. Su boca se movía sobre la mía con una mezcla peligrosa de paciencia y hambre, dejándome sin aire, sin equilibrio, sin nada a lo que aferrarme que no fuera él.

Besar a Adrien se sintió como besar el cielo.

Y no pude evitar preguntarme en qué demonios había estado pensando todos esos años para no haberlo hecho antes.

Capítulo 5

Rvssian, Rauw Alejandro, Ayra Starr — Santa

2 de febrero de 2025

ADRIEN

Milena Mikhailova era la mujer más hermosa que mis ojos habían visto.

Podría hablar de muchas cosas: de su pelo largo y oscuro enmarcando ese rostro en forma de corazón, o de sus ojos grises capaces de anclarme al suelo sin esfuerzo. Tenía la complexión perfecta de una chica delgada con curvas en los lugares correctos y, joder… no iba a negar las miles de veces que había fantaseado con ella.

Pero no fueron sus rasgos físicos los que me hicieron caer.

Milena era la mujer más divertida y audaz que había conocido. Incapaz de rendirse ante sus metas. Incapaz de rendirse conmigo.

Escuchó todo lo que tuve para decir durante diez años; nunca dejó mi lado. Me acompañó como nadie, fue la primera en creer en mí y, aun con su agenda apretada y aterradora, siempre sacó tiempo para mí.

Era mi mejor amiga. La guardiana de mis secretos más vergonzosos y de mis temores.

Pero yo sabía algo que ella todavía no terminaba de comprender.

Entre nosotros nunca existió una línea real.

Milena siempre había sido todo lo que quise en una mujer, incluso cuando teníamos quince años y apenas empezábamos a entender lo que significaba desear a alguien.

Sabía que había leído mi segunda nota, la que dejé junto a ella

para que la encontrara al despertar. En nuestro segundo día tocaba ir a la playa; por eso me puse lentes de sol desde temprano, consciente de que ahora que había leído la carta, analizaría cada una de mis miradas.

Y descubriría rápidamente dos cosas: que la quería para mí… y que la deseaba como un maldito demente.

—¿Trajiste protector solar? No encontré el mío en la maleta —preguntó.

—Metí uno en el bolso.

Le abrí la puerta del auto y rodeé el vehículo para sentarme al volante. Milena lucía increíblemente entusiasmada, pero la conocía demasiado bien: era su forma de ocultar el nerviosismo.

Después de besarla hasta dejarla sin aliento anoche, me limité a decirle «buenas noches» y la dejé entrar en su habitación sin seguirla.

En nuestros viajes solíamos dormir juntos —por la borrachera o por hablar hasta tarde—, pero sabía que esa noche no habría podido controlarme.

Y aún no era el momento.

No iba a adelantar nada.

Quería que todo fuera tan malditamente lento que, cuando este viaje terminara, Milena no dudara ni un segundo de que también me quería a mí.

Gracias al cielo —y como había previsto— nada estuvo incómodo esa mañana. Su sonrisa seguía intacta. La hice desayunar, para mi propio deleite, y luego le recordé las actividades del día.

Iba a mi lado con un precioso vestido playero amarillo, sostenido por dos tiras finas detrás de su espalda, dejándola completamente al descubierto.

Conectó su teléfono para poner su extraña playlist de canciones y conduje hasta la playa de Nai Harn.

Nai Harn era un lugar cautivador. El agua, cristalina y turquesa, se

extendía tranquila frente a nosotros, perfecta para nadar o practicar snorkel, especialmente cerca de las rocas que sobresalían en los extremos de la playa.

La misión del día era simple: relajarnos, tomar el sol… quizá alquilar un jet ski más tarde.

Milena y yo caminábamos uno al lado del otro por la orilla, observando los puestos de comida y los chiringuitos que ofrecían platos tailandeses e internacionales. La conduje entre los espacios hasta encontrar la sombrilla que había mandado preparar para nosotros, con las mantas extendidas sobre la arena.

Dejé nuestros bolsos en el suelo y le tendí la mano para ayudarla a sentarse. Luego me acomodé a su lado.

Milena siempre miraba todo como si fuera nuevo.

Amaba eso de ella. Su capacidad de encontrar belleza en cualquier cosa, incluso en lo más simple. Estaba seguro de que en su vida había visitado innumerables playas —probablemente más hermosas que aquella—, pero aun así sus ojos brillaban como si fuera la primera vez.

—Este lugar es precioso. Podría vivir aquí para siempre —dijo con sinceridad.

Seguí el movimiento de sus labios y agradecí que no pudiera ver mi mirada.

Estaba enloquecido. Necesitaba medicación.

—¿Sí?

—Sí, pero es un decir, no algo literal —entrecerró los ojos hacia mí y me reí—. ¡Nos conocemos, Moreau! Eres capaz de comprar la casa donde nos quedamos solo porque me oíste decir eso.

Asentí.

—Qué bien me conoces —murmuré—. No hay nada que no te daría, Milena. Creí que lo sabías.

—Te has convertido en un hombre increíblemente derrochador.

—No es derrochar si es para hacerte feliz.

Vi cómo sus mejillas se incendiaban. Bajó el rostro, avergonzada, como si de pronto no encontrara palabras, como si un ratón le hubiera robado la lengua.

Adorable.

La habría besado solo por eso, pero estaba esperando que ella lo hiciera. Que tomara lo que quería sin pedir permiso. Que entendiera que estábamos en el mismo barco que se hundía… y que a ella no le importaría hundirse siempre que fuera conmigo.

—Adrien… —suspiró, ahuecando su rostro.

—¿Tienes calor?

—Mucho.

No creía que hablara del clima.

—Vamos a nadar. Tendremos tiempo de sobra para relajarnos bajo la sombra cuando el sol suba más.

Asintió varias veces y empezó a buscar en su bolso. Sacó dos pequeñas ligas y un cepillo; tenía esa extraña costumbre de hacerse dos trenzas antes de entrar al mar. Tantos años de práctica habían logrado que fuera una experta.

Me quité el polo por encima de la cabeza, dejándolo sobre la manta, y esperé a que terminara.

El que no estaba preparado para lo que vino después era yo.

Milena desató el nudo de su vestido playero para deslizarlo fuera de su cuerpo, y durante un segundo olvidé cómo funcionaban mis pulmones.

El bikini era de un tono rosa pastel que contrastaba con su piel blanca, salpicada de pecas. Las copas del sostén, en forma de medialuna, hacían lo posible por sujetar sus increíbles pechos.

No era la primera vez que la veía en bikini. Había visto cientos de fotos de Milena en ropa interior por su profesión y sus colaboraciones con marcas de lencería.

Pero aquello era distinto.

Porque lo que me dejaba sin aliento nunca había sido solo su cuerpo.

La primera vez que fui realmente consciente de lo hermosa que era ni siquiera tuvo que ver conmigo.

De niños nunca pensé demasiado en su aspecto. Para mí, Milena siempre había sido todo lo que había debajo de la piel: su terquedad, su risa, la forma en que defendía sus ideas incluso cuando el mundo entero le decía que estaba equivocada.

Pero negar que era una divinidad humanizada habría sido negar lo evidente.

Una diosa. Una roba-alientos capaz de volverme completamente estúpido, porque cada vez que la miraba mi sangre empezaba a arder en direcciones que no tenían nada que ver con mi cerebro.

Lo comprendí de verdad el día del baile de otoño, cuando teníamos dieciséis años.

Milena se enfadó porque todo el mundo en el internado asumía que éramos novios. Decidió que no iríamos juntos solo para demostrar que estaban equivocados y, en menos de veinte minutos de almuerzo, más de veinte idiotas distintos intentaron convencerla de que fuera con ellos.

Nunca supe con cuál terminó aceptando. Lo único que sé es que ese pobre desgraciado se quedó sin premio porque Milena se enfermó esa noche.

Yo bailé un par de canciones con mi cita para no dejarla plantada… y luego me escabullí para verla.

Ya estaba dormida cuando entré en su habitación.

Y recuerdo haber pensado, mientras la veía allí, con el cabello desordenado sobre la almohada, que todos esos idiotas estaban equivocados.

No porque creyera que éramos novios.

Sino porque ninguno de ellos tenía la menor idea de quién era

realmente.

El recuerdo se desvaneció cuando Milena terminó de quitarse el vestido.

El aire se atascó en mi garganta mientras la observaba ponerse de pie y ajustar los laterales de su diminuta tanga sobre las caderas. Lo que tenía delante era un suicidio para mi autocontrol.

Alcé la cabeza hacia ella y me coloqué los lentes de sol. Mi mirada debió devorarla entera, pero ella no bajó los ojos; su sonrisa descarada me dijo todo lo que necesitaba saber.

Cosas que me calentaron por dentro.

—¿Me ayudas con el protector solar? —cuestionó.

Asentí lentamente antes de situarme detrás de ella. El sol empezaba a caer sobre la playa, reflejándose en su piel mientras soltaba un suspiro y se giraba de espaldas para que pudiera aplicarle el protector.

Habíamos hecho aquello miles de veces en el pasado.

Pero ahora sentía que podía morir.

Estaba ahí, con un cuerpo esculpido por los malditos dioses, apenas cubierto por un bikini que dejaba muy poco a la imaginación.

Deslicé las manos por su espalda, observando cómo el delgado hilo del bikini se perdía entre la curva de sus caderas.

Joder.

Milena iba a acabar matándome.

Tomé el frasco de sus manos, respirando hondo mientras intentaba concentrarme en algo que no fuera la forma en que el sol acariciaba su piel.

Nunca fui un hombre que se tentara con facilidad. Muchas mujeres intentaron seducirme a lo largo de los años. Pero Milena…

Milena era mi maldita prueba de resistencia.

Me acerqué un paso más y atrapó mi atención la suavidad de su

piel bajo mis dedos cuando empecé a esparcir el protector por su espalda.

El primer contacto fue eléctrico.

El calor de su piel mezclado con la frescura de la loción me arrancó una media sonrisa. No apresuré los movimientos; no hacía falta. Me tomé mi tiempo recorriendo la curva de su espalda, deslizándome por sus costados, notando cómo su respiración cambiaba con una sutileza que solo alguien que la conociera como yo podía detectar.

—Siento que estás disfrutando mucho esto —murmuró.

Mis dedos bajaron un poco más, rozando la delgada tira del bikini. Apreté la mandíbula.

Nunca fui de los que se detenían a mitad de camino cuando querían algo. Siempre obtuve lo que deseaba. Y lo que quería en ese momento era tenerla retorciéndose bajo mis manos.

Me incliné, dejando que mis labios rozaran apenas la línea de su cuello.

—Disfrutaríamos los dos mucho más si me dejaras quitártelo —susurré.

Sentí cómo se tensaba un segundo antes de soltar una risa suave.

—Esa seguridad, Adrien…

—No es seguridad, *ma chérie*. Es simple conocimiento de causa.

Mis manos continuaron su recorrido, extendiendo el protector con calma, pero sabía perfectamente que no era culpa del sol lo caliente que estaba el ambiente.

Era ella.

Era el maldito deseo entre nosotros.

Cuando terminé, Milena se dio la vuelta y quedó frente a mí, a menos de un paso. El bikini que había elegido parecía peligrosamente estratégico; se movía con esa naturalidad casi arrogante que me obsesionaba, mientras el sol insistía en dorar su piel como si también quisiera presumirla.

No hubo bromas ni provocaciones esta vez. Solo yo, mirándola sin reservas, grabando cada maldito detalle de su cuerpo y de su expresión en mi memoria como si temiera olvidarlo.

Milena no se apartó. Se quedó ahí, tan afectada como yo, sosteniendo mi mirada mientras se mordía el labio en un gesto pequeño e involuntario que delató más de lo que probablemente pretendía. Una jodida traición de su propio cuerpo… y, por supuesto, lo noté.

También se tomó su tiempo para observarme, como si estuviera evaluando algo que aún no terminaba de decidir. Había un desafío silencioso en sus ojos cuando dio un paso hacia mí.

—¿Siempre miras así?

Sonreí levemente y me incliné lo justo para rozar su oído.

—No. Solo cuando algo es mío.

Se tensó, pero no protestó. Solo me observó, como si intentara decidir si quería desafiarme… o rendirse.

Y aun así, en su silencio, en la forma en que su respiración se aceleró apenas perceptiblemente, supe que ya había ganado.

—Dejaste la nota y luego me privaste de tu mirada —dijo en voz baja—. Te he visto mirarme de muchas formas durante estos años, Adrien… pero nunca pude descifrarlas. ¿Siempre me miraste así?

—Siempre lo hice, *ma chérie*.

—¿Por qué no me lo hiciste saber antes?

Me encogí de hombros.

—Cobardía.

—No te conocía como un hombre cobarde —señaló—. ¿Por qué mi privabas de tu mirada antes?

—Porque entonces verías cuánto te deseo —susurré.

—Lo sentí anoche, cuando me besaste —dijo. Se relamió los labios, y estuve cerca de perder el control—. Me gustó muchísimo besarte,

Adrien Moreau. ¿Debería preocuparme por eso?

Negué despacio y rodeé su cintura con un brazo, atrayéndola contra mi pecho.

—Preocúpate por el hecho de que, después de haberte gustado besarme, todavía no lo has vuelto a hacer.

Milena respiró hondo. Un leve temblor recorrió sus hombros y lo encontré fascinante.

Esta mujer tan preciosa se afectaba por mi tacto… y yo me sentía el hombre más afortunado del planeta.

—¿Puedo besarte cuando quiera?

—No desearía nada más que eso.

Milena deslizó sus manos entre nuestros cuerpos hasta rodear mis hombros, acercándonos aún más.

Y, sin previo aviso, me besó.

Suavemente.

Sin profundizar.

Sentí el miedo latir en su pecho cuando tembló contra mí y se separó con los ojos muy abiertos.

—Vayamos al agua, ma chérie.

A ambos nos encantaba el mar. Nadamos y jugamos entre las olas hasta que tuvimos que hacer una pausa de tanto empujarnos e intentar que el otro tragara agua salada. Después decidimos alquilar un jet ski para recorrer las zonas a las que no podíamos llegar nadando.

Nos acercamos a la moto acuática y tomé el volante mientras ella reía.

—Si me empujas como en México voy a matarte, Moreau.

—No es mi culpa que no sepas sostenerte bien —repliqué—. Solo agárrate fuerte a mí.

Me rodeó con firmeza y aceleré. El motor rompió la calma de la playa casi desierta mientras salíamos disparados sobre las olas. Milena gritó, pero no de miedo: era adicta a la adrenalina. Apretó las piernas contra mis caderas y juraba que, si no hubiera estado concentrado en mantenernos a flote, aquello habría terminado en otro tipo de actividad.

Toda esa fuerza de voluntad empezaba a pasarme factura.

Mis ganas de molestarla nunca dormían. Giré bruscamente y una ola nos golpeó de lado, enviándonos a los dos al agua.

Milena emergió tosiendo, limpiándose la cara, claramente indignada. Yo estallé en carcajadas mientras ella mordía el labio para no reír conmigo.

Volteé la moto acuática.

—¡Eres un idiota!

—Oh, vamos, no seas una bebé —respondí, nadando hacia ella.

Me dio un manotazo cuando intenté sostenerla.

—Te toca alcanzarme, perdedor —desafió, alejándose con la gracia de una nadadora olímpica.

Rodé los ojos y la seguí hasta una zona más tranquila.

—Podemos usar los equipos de esnórquel aquí.

Asentí, tomándolos de la moto para dárselos cuando llegué a su lado. Milena se ajustó la máscara con facilidad mientras yo luchaba con la mía.

Ella me miró, se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—¿No se supone que eres un hombre de recursos?

—*Ma chérie*, mis recursos son para otras cosas, no para esta estupidez de plástico.

Rio y se acercó para ayudarme. Sus dedos rozaron mi mandíbula mientras ajustaba la máscara y aproveché ese momento para atraparla por la cintura y hundirla conmigo en el agua.

Buceamos entre peces de colores y pequeños arrecifes. Era surrealista, hermoso… pero lo que más me impactó fue la expresión de Milena cuando emergimos, con los ojos brillando de emoción.

—¿Viste esos peces? ¡Eran enormes! Y los colores…

—Sí —respondí—, pero la verdad es que mi vista solo estaba en ti.

—Adrien, tienes que descansar o se te acabará la artillería para el fin de semana —se burló entre risas.

—Te sorprendería toda la que me queda —le saqué la lengua—. No vas a matar mi romanticismo, Mikhailova.

—Aw, mi pequeño francés es todo un romántico.

Nos reímos de nuestras idioteces hasta que el sol empezó a caer y llegó el momento de volver. Salimos del mar juntos, recogimos los bolsos y caminamos hacia el auto con mi brazo sobre sus hombros mientras hablábamos de cualquier cosa.

Encontramos el vehículo de alquiler, guardamos todo en la parte trasera y Milena me molestó un par de veces, colgándose de mis brazos para que la arrastrara sin esfuerzo.

Abrí la puerta de su lado y la ayudé a entrar, perseguido por su risa, que se me quedó instalada en el pecho como si le perteneciera desde siempre.

Rodeé el coche y me senté al volante.

Me sentía tan feliz, tan vivo, tan… joder, ni siquiera podía poner en palabras todo lo que había sido ese día.

Y todo al lado de la mujer que siempre amé.

No fui capaz de encender el auto. Las manos me picaban por tomarla.

Me giré hacia ella y me encontré con sus ojos clavados en mí.

Sonreí lentamente, pero Milena no me devolvió la sonrisa. Estaba ahí, con la respiración contenida y la mirada ligeramente exaltada.

—Dijiste en la nota que, cuando te mirara, podría ver todo lo que

podemos ser juntos. Quiero que me lo digas.

Su petición me tomó por sorpresa. Me recosté contra el asiento sin apartar los ojos de ella.

—Todo, Milena. Podemos serlo *todo* —susurré—. Puedo ser el hombre que seque tus lágrimas, el que te haga reír, tu confidente, tu guardián, el que te haga gritar de placer… el que te haga feliz. Estoy dispuesto a hacer lo que necesites.

Asintió despacio. Era mucho para procesar, pero aun con el miedo de arriesgar nuestra amistad, era tan malditamente valiente… que se atrevía a pararse frente a mí y dejarme desnudar mis sentimientos.

—Quitando lo de hacerme gritar de placer… —murmuró, con las mejillas teñidas de rojo— todo lo demás… ya lo eres. Lo has sido desde el primer día. Sabes cosas de mí que podrían hundir mi carrera por lo vergonzosas que son. Eres quien me ha secado las lágrimas… y nunca provocó ninguna.

Se quedó en silencio.

—¿Cómo…?

Bajó la mirada hacia su regazo. Sabía lo que estaba haciendo: buscando una forma menos directa de decir lo que realmente le preocupaba.

—Habla sin miedo —le dije con suavidad.

Milena suspiró.

—¿Cómo sé que esto no es solo sexo? —preguntó al fin—. No has permitido que ninguna mujer se acerque a ti… y yo…

—¿Y tú…?

Sus dedos se entrelazaron nerviosamente.

—Empiezo a pensar que no existirá nadie capaz de amar mis sombras.

Negué despacio y tomé sus manos entre las mías.

—No es por el sexo —dije con calma—. Aunque, admitámoslo, es

un buen aliciente.

Para mi desgracia, no sonrió.

Apreté sus dedos.

—Es porque quiero ser el único que lo haga.

—Posesivo.

—No te haces idea.

Aparté un mechón de su rostro, pero antes de que pudiera seguir hablando ella levantó la vista y me sostuvo la mirada con una intensidad nueva, como si estuviera tomando una decisión peligrosa.

—¿Quieres que me deje llevar? —preguntó en voz baja—. ¿Que deje de sobrepensar todo esto?

Mi corazón se detuvo un segundo.

—Júrame por nosotros que esto no es solo un calentón, Adrien.

No dudé.

—Lo juro por la poca cordura que has dejado intacta en mí.

Algo cambió en su expresión al escucharme.

Milena se incorporó sobre su asiento y, antes de que pudiera anticiparlo, se deslizó hasta mi regazo y se sentó a horcajadas sobre mí. El aire se me quedó atrapado en el pecho mientras apretaba las manos contra el asiento para no perder el control.

—Milena… —gruñí.

Se movió apenas sobre mí, con una sonrisa que prometía problemas.

—Necesito descubrir por qué me tiembla el cuerpo cuando me besas, Adrien —susurró cerca de mi boca—, por qué siento que el corazón se me quiere salir del pecho, por qué no puedo dejar de mirarte y por qué me distraigo con cada uno de tus movimientos.

Sus dedos se cerraron alrededor de mi cuello y arrastró las uñas por mi piel.

—Dime por qué me enloqueces ahora, por qué con el mínimo roce tengo este latido molesto entre las piernas. Dijiste que podía besarte cuando quisiera.

—Lo dije —murmuré, con la voz apenas intacta.

Sus ojos brillaron.

—Entonces voy a besarte.

Pero no se detuvo ahí. Soltó mi cuello y llevó la mano a la tira superior de su bikini, desatándola con una seguridad que me dejó completamente inmóvil. Apenas llevaba la falda ligera que se había puesto al salir de la playa.

El sostén cayó entre nosotros, liberando sus pechos.

Tragué con fuerza.

Durante un segundo fui incapaz de relajar los puños en los que se habían convertido mis manos.

—Elegí este bikini para ti. Espero que lo apreciaras.

La voz me salió más ronca de lo que esperaba.

—Dámelo y lo enmarcaré como el puto día más feliz de mi vida —respondí con la voz ronca.

No pude apartar la mirada. Eran perfectos. La curva suave de su piel, el contraste de sus pezones endurecidos contra el sol que los rozaba… todo en ella parecía diseñado para volverme completamente idiota.

Me ardía el pecho. Respirar empezaba a doler.

Pero no me moví.

Podía haberla tocado. Dios sabía que lo deseaba. Aun así mantuve las manos quietas, clavadas contra el asiento, porque quería que fuera ella quien decidiera hasta dónde llegar.

Milena volvió a rodearme el cuello con los brazos y me atrajo hacia ella, pegando sus pechos desnudos contra mi torso. El contacto fue un golpe seco en el centro del pecho. Su piel caliente contra la mía

me arrancó un sonido bajo que apenas reconocí como propio.

Se movió ligeramente sobre mí, sin esconder el efecto que aquello le provocaba, y sus pezones rozaron mi piel con cada respiración.

Si hubiera muerto en ese momento, me habría ido como un hombre feliz.

Y entonces me besó.

No fue un beso tímido.

Fue decidido, casi agresivo, adueñándose de mi boca como si llevara demasiado tiempo esperando para hacerlo. Succionó mi labio, mordió apenas, buscó mi lengua con una urgencia que me obligó a responderle con la misma intensidad, jadeando entre beso y beso como si estuviéramos peleando por el aire.

Aun así, no puse un solo dedo sobre su cuerpo.

Porque si lo hacía… explotaba.

Se separó mucho después, ambos respirando con dificultad. Sus ojos grises brillaban de deseo y su cuerpo seguía pegado al mío como si todavía estuviera decidiendo qué hacer a continuación.

Sin embargo, a pesar de mi erección dolorosa y su obvia necesidad, Milena regresó a su asiento y se colocó el sostén.

Y entonces nos llevé a casa.

Capítulo 6

Ir Sais, Rauw Alejandro — Dream Girl

3 de febrero de 2025

MILENA

No recibí su nota en mi almohada esa mañana. Había pasado la noche entera soñando con el punto número tres de la lista, pero al despertar no encontré el papel con la elegante letra de Adrien. Supuse que había sido a propósito.

Para sorpresa de nadie, Adrien y yo seguíamos siendo los mismos. El único factor añadido era el fuego que se cocía lentamente entre nosotros: cómo el cariño —ese amor silencioso que durante tantos años nos habíamos profesado— empezaba a transformarse en algo más intenso, más dulce… más enloquecedor.

No sabía si estaba enamorada de este hombre, pero lo más probable era que, de no estarlo, me encontrara a un solo paso.

La verdadera pregunta era otra: ¿quién no caería rendida a los pies de un hombre como Adrien Moreau?

No por nada había sido mi mejor amigo durante tanto tiempo.

No tendría suficientes dedos en el mundo para contar todas las cosas que él había hecho por mí. Había sido una adolescente algo… problemática. Venía de un hogar frío; todo el amor que conocí provenía de mi abuela. Mis padres siempre estuvieron más interesados en sus trabajos y en sus empresas automovilísticas que en notarme. Por eso pasé mi vida en internados desde los cinco años.

Crecí entre ingleses, en una ciudad triste, buscando mil formas de convencer a mis padres de que me dejaran volver a casa.

Adrien no solo me salvó incontables veces: secó cada lágrima que derramé por sentirme insignificante para mi familia, por

comprender que nada de lo que hacía era suficiente para llamar su atención. Los pensamientos suicidas se detuvieron cuando lo conocí; apareció como un rayo de sol cegador.

Las personas no estaban hechas para ser centros de rehabilitación para otras, pero el amor sincero de alguien podía sanar.

Y él había sanado cosas que no rompió.

Era por eso que empezaba a aceptar que siempre había sido él.

Nunca hubo otros chicos. Nunca nadie más divertido, ni más protector, ni más…

Negué, abrumada por los pensamientos que me devoraban mientras lo observaba a un paso de distancia.

¿Cómo podría decirle todo lo que llevaba dentro sin morir en el intento? ¿Cómo le confesaba que quería borrar esa línea que nos mantenía en *solo amigos* de una vez por todas?

Y lo más importante: ¿cómo silenciaba el miedo que me acorralaba por las noches, gritándome que, si seguíamos por este camino, perdería a la única persona constante en mi vida?

Pestañeé varias veces cuando sentí su pulgar en mi frente, alisando la línea que siempre se formaba entre mis cejas cuando pensaba demasiado.

—¿En qué piensas tanto, *ma chérie*?

Se colocó en la fila de la caja. Habíamos salido temprano a comprar algunos condimentos que le faltaban a Adrien para el menú de la noche. Aunque negara estar trabajando, yo sabía reconocer sus señales.

Adrien era un chef especializado en carnes; la mayoría de la gente esperaba sus nuevos menús para probar qué había creado esa vez. No por nada el congelador de la casa estaba repleto de cortes. A este ritmo, regresaría a la semana de la moda con unas cuantas libras nuevas… y, siendo honestos, en tres días no había hecho ni un maldito minuto de cardio.

Tomé el carrito de compras y me subí en él como una niña

pequeña, quedando una cabeza más alta que él. Aquello me arrancó una sonrisa divertida.

Adrien negó con la cabeza, con una mueca resignada.

—No recibí el reto de hoy —dije con suavidad, fingiendo inocencia, como si no fuese nada… como si no me estuviera muriendo por saber qué otra cosa haríamos si no fuéramos solo amigos.

Adrien se rió por apenas dos segundos y volvió a negar con la cabeza.

—Te lo mostraré más tarde.

—¿Por qué más tarde y no temprano, como las otras?

La urgencia en mi voz lo hizo reír aún más y, para sorpresa de ambos, Adrien se sonrojó.

No estaba preparada para aquel acontecimiento. Nunca lo había visto avergonzado.

—Eres un peligro, Milena. Casi me matas ayer. Darte esa nota temprano sería darte un arma para intentar rematarme hoy también. Necesito jugar mejor mis cartas.

—¿Matarte? —fruncí las cejas con un mohín en los labios—. No seas dramático, pequeño francés. Solo te besé.

Adrien tomó uno de sus paquetes de galletas dulces favoritas, abrió el envoltorio, sacó una y la empujó entre mis labios para callarme. Yo seguía con los pies apoyados en la barra metálica del carrito. Se inclinó hacia mí para hablar en voz baja.

—¿*Solo besarme*, Milena? —reprochó.

Mastiqué la galleta con la garganta seca, atenta al fuego en sus ojos y a la forma tan tentadora en que se movían sus labios.

—Empujaste tus tetas —continuó, bajando aún más la voz—, tus *preciosas tetas*, contra mi rostro, y estuve así —unió dos dedos para mostrar la mínima distancia— de convertirme en un hombre terrible y llevarme una a la boca.

Sonreí con inocencia, aceptando la segunda galleta que me metió

entre los labios como si quisiera evitar que respondiera.

—Otro movimiento así y moriré.

Tragué la galleta antes de hablar.

—¿Te parecen preciosas mis tetas?

Adrien me miró pasmado, como si no pudiera creer que, de todo lo que había dicho, eso fuera lo único que mi cerebro hubiera retenido. Yo seguí sonriendo, inocente, esperando su respuesta, hasta que una risa ronca escapó de su pecho.

Una mujer tosió detrás de nosotros. Fue mi turno de reír.

—No sé qué he hecho —susurró Adrien, asustado.

Me reí a su costa y dejé que empujara el carrito mientras yo seguía sin bajarme. Saqué mi tarjeta de crédito de mis pantalones cortos y se la pasé a la dependiente, pero Adrien lo impidió, metiéndola de nuevo en mi bolsillo antes de entregar la suya.

—¡Oye! Esta relación debe ser cincuenta-cincuenta —me quejé.

Adrien rodó los ojos, aceptó las tres bolsas que le ofrecieron y dejó un billete de cien en el frasco de propinas. Guardé el carrito en su sitio antes de correr tras él. No era una mujer bajita, pero las piernas de Adrien eran largas y caminaba rápido.

—La única vez que esta relación será cincuenta-cincuenta será el día que hagamos un sesenta y nueve, Milena.

Me atraganté con mi propia saliva.

—Tengo dinero, tanto como tú —me defendí—. No es como si fuera a quedarme pobre.

Se encogió de hombros.

—No me importa. Cuando estés conmigo, yo resuelvo —dijo—. Me hace feliz gastar en ti, ¿bien? Ahórrate el esfuerzo.

—¿Y qué hago con mi dinero?

—Bótalo. Dónalo —chasqueó la lengua—. Yo qué sé, Milena.

—Controlador —murmuré, abriendo la puerta del auto y sentándome.

Adrien dejó las bolsas atrás y volvió de inmediato, abriendo mi puerta otra vez.

—Sal —gruñó.

—¿Y ahora qué hice? —protesté, bajando del auto.

—¿Te abrí la puerta? —preguntó, serio.

Negué.

—¿Entonces quién te dio permiso para entrar?

Su pregunta me hizo reír con histeria. Adrien abrió la puerta y esperó. Pasé delante de él y me senté otra vez, sonriendo ampliamente.

—¿Mejor, *Frantsuzik*?

—Joderé esa boca problemática pronto —murmuró entre dientes.

Lo escuché. Y apreté las piernas ante el latido que se encendió entre ellas.

Verlo conducir era un deleite; el trayecto de siete minutos hasta la casa se me hizo corto. Distraje mi boca con las papitas que había comprado hasta que estacionó y regresamos al interior.

—¿Qué haremos ahora? —pregunté, dejándome caer en el mueble más cercano.

El clima empezaba a mejorar.

—¿En la noche o ahora?

—¿Ambas?

—Iremos a un club. Ya sabes, la tradición.

Una sonrisa se instaló en mis labios.

—¿Beber hasta caer?

—Alguien tiene que sostenerte al final de la noche —respondió.

Chasqueé la lengua.

—Me aseguraré de beber lo justo para poder regresar a casa.

Él arqueó una ceja, revelando que no me creía ni un poco.

—¿Y ahora? ¿Nadamos o seguimos con el rompecabezas?

Adrien negó, acercándose al mueble y tendiéndome la mano para ponerme de pie. Suspiré.

—Serás mi ayudante. Necesito recrear una salsa blanca de hongos.

Entrecerré los ojos mientras me hacía seguirlo hasta la cocina, impecablemente limpia.

—Adrien, si estás trabajando tendremos problema.

—No estoy trabajando; soy solo yo dejando que la inspiración me hable —murmuró, arrugando la nariz por dos segundos antes de indicarme, con un gesto, que me lavara las manos junto a él.

—¡Mientes, Adrien! —lo señalé—. Arrugaste la nariz. Sabes que reconozco cuando mientes.

Adrien suspiró.

—Bien, me atrapaste —dijo, alzando las manos mojadas antes de dirigirse a la toalla—. Pero te juro que solo me falta llevar esta salsa a su mejor nivel antes de la presentación en Londres. ¿Me ayudarás?

Me sequé las manos, até uno de los delantales y tomé el cucharón más cercano.

—¡Estoy lista!

Adrien negó, divertido. Apiló los ingredientes en orden y comenzó a sacar los sartenes que necesitaría. Yo lo seguí por toda la cocina como una sombra. Estaba teniendo uno de sus episodios: ese gesto tenso que aparecía cuando algo no salía perfecto a la primera, cuando se convertía en ese chef obsesivo incapaz de tolerar un error.

Media hora después ya andaba maldiciendo en francés.

—No entiendo qué demonios le pasa a esta salsa —gruñó, probando una cucharada y frunciendo el ceño.

—Tal vez el problema eres tú —dije con una sonrisa burlona.

Adrien entrecerró los ojos.

—¿Vas a ayudar o solo vas a molestar?

—Ambas.

Suspiró, pasándose una mano por el cabello. Llevaba las mangas arremangadas y el delantal manchado, como si lleváramos horas en medio de aquella tragedia culinaria.

—La textura está bien, pero el sabor no tiene… *alma*.

—Vaya, Adrien Moreau admitiendo que algo le salió mediocre. Deberían publicarlo en los titulares —me reí, y su mirada asesina me hizo levantar las manos—. ¿Y si pruebas con un toque de vino blanco? O más mantequilla. Creo que solo necesita un sabor que resalte.

—¿Tal vez limón?

—¿En una salsa de hongos? No es ceviche.

Adrien rodó los ojos.

—Soy la estrella aquí. Serán solo unas gotas.

Volvió a mezclar con precisión. Tras un minuto sirvió otra cuchara.

—Prueba este.

Acercó la cuchara, pero justo cuando estaba a punto de sujetarla, la apartó.

—¡Adrien!

—Prueba con más ganas, Milena.

—Fastidioso —le saqué la lengua.

Intenté otra vez, y volvió a esquivarme en el último segundo, riéndose por lo bajo.

—Adrien, por el amor de todo lo sagrado…

Cuando finalmente logré probarla, mi expresión habló por mí.

—Está obscenamente buena.

—¿*Obscena*, eh? —Adrien apoyó las manos en la isla y se inclinó hacia mí, con esa sonrisa traviesa que había estado escondiendo todo el día—. Déjame probar.

Le tendí la cuchara, pero negó con la cabeza.

Su mano se cerró en mi cuello con firmeza y, antes de que pudiera reaccionar, unió su boca a la mía en un beso que me sacudió de pies a cabeza. Terminó con una lenta lamida en la comisura de mis labios.

—Sí —susurró contra mi boca—. Definitivamente muy buena. Creo que encontré el toque perfecto.

Sus palabras se volvieron un eco lejano. Todo lo que podía sentir era el hormigueo ardiente en la piel donde había recorrido su lengua… queriendo más.



—No.

Lo dijo rotundamente, plantado frente a mí con los brazos cruzados.

—¿Por qué? —hice un puchero.

Di una vuelta completa para que pudiera apreciar mi vestido desde todos los ángulos. Era un diseño plateado, brillante, corto. La caída de la espalda terminaba justo por encima de mis nalgas y se abría a los costados, unida únicamente por finas cadenas de destellos que sostenían la tela sobre mis muslos.

Atrevido.

Seductor.

Peligroso.

—Milena, tendré que golpear a cada hombre que te mire indebidamente —advirtió.

—¿Y tú… me mirarás indebidamente? —sonreí, caminando hacia él con paso lento, dejando que mis caderas se movieran con descaro.

Adrien inhaló hondo. Cerró los ojos un par de segundos y, cuando los abrió, juraría que su mirada se había oscurecido varios matices.

Cuando llegué hasta él, su mano descendió —posesiva— hasta mi cintura, atrayéndome con brusquedad contra su pecho.

—Te estoy mirando *así* —susurró—. Intentando con todas mis fuerzas no doblarte sobre esa mesa. Sería tan fácil tomarte por detrás, Milena… —soltó un suspiro ronco—. Ni siquiera tendría que quitarte el vestido.

Apreté su camisa entre mis dedos, tirando de él hacia mí.

—Adrien…

—Vamos —carraspeó—. Tenemos una larga noche por delante.

Tomé su mano y lo dejé guiarme hasta el auto. Esperó a que subiera y luego arrancamos, cantando a todo pulmón durante el trayecto, calentando la voz para lo que sería la noche del viaje.

Era tradición: uno de los catorce días siempre se destinaba a un club nocturno. El año pasado, en México, terminamos en el hotel hechos un desastre, llorando de risa hasta quedarnos dormidos sin darnos cuenta.

Fue glorioso.

El club estaba abarrotado cuando llegamos. Adrien caminó pegado a mi espalda, su mano firme en mi cadera mientras me guiaba entre la multitud sin perderme un segundo. La música electrónica vibraba en el aire, obligando a mis hombros a moverse al ritmo incluso antes de pisar la pista.

Nos abrimos paso hasta la barra y pedimos la primera ronda de tequila para calentar motores.

Verán… Adrien y yo éramos excelentes degustadores de alcohol. Ningún problema de adicción, pero sí una resistencia admirable.

Me bebí mi primer tequila de un trago y Adrien empujó un trozo de limón entre mis labios, sonriendo. Hice una mueca y lo incité a

tomar el suyo. Entonces sacó una nota de su bolsillo y me la pasó sin apartar los ojos de mí.

Mi corazón retumbó.

Su tercer reto.

Hacerme perder el control.

Tragué en seco.

Le confiaba mi vida; sabía que jamás me haría daño. Aun así, un latigazo de miedo —y anticipación, joder, tanta anticipación— se encendió en mi pecho.

Adrien no me dio tiempo a sobrepensarlo.

Tomó un poco de sal y la dejó sobre la curva entre mi hombro y mi cuello. Luego se inclinó y chupó mi piel con fuerza, arrancándome un jadeo involuntario. Después bebió el tequila y mordió el limón, dejándome convertida en gelatina.

Bebimos más tequila del necesario, hasta que una emoción cegadora recorrió mi cuerpo.

A cada oportunidad depositaba sal en algún punto de mi piel: mis labios, el valle de mis senos, cualquier rincón expuesto donde pudiera poner su boca para lamer, besar… reclamar.

—Vamos a bailar —pedí cuando sentí que podía morir por sobreestimulación.

Tomé su mano y lo arrastré a la pista. La música vibraba en mis huesos. Su mano se deslizó por la mía con una confianza descarada y, antes de que pudiera pensar demasiado en ello, ya me rodeaba con sus brazos, dejándome peligrosamente cerca. Estábamos sumergidos en un mar de cuerpos moviéndose al compás del beat.

Habíamos bailado juntos cientos de veces. Nos habíamos reído de los que intentaban seducir sin gracia, nos habíamos empujado mutuamente a la pista en fiestas insoportables, siempre saltando y haciéndonos reír.

Pero esto era distinto.

Los movimientos de Adrien eran distintos.

La forma en que me miraba.

Dónde colocaba sus manos…

Una se posó en mi cintura con la precisión de quien conocía cada parte de mí. La otra se cerró alrededor de mi muñeca, guiándome con facilidad mientras nuestros cuerpos encontraban un ritmo común, una sincronía peligrosa.

Clavé la mirada en su pecho, intentando procesarlo todo con el pulso desbocado.

No noté su dedo bajo mi barbilla hasta que me obligó a mirarlo.

—Sigues pensando demasiado —murmuró en mi oído. Su aliento cálido me erizó la piel.

—No estoy…

—Supongo que tendré que distraerte lo suficiente para que te concentres en mí. ¿Verdad, Milena?

Su mano descendió hasta mi espalda baja y sus dedos rozaron la tela que cubría mi culo. El contacto me arrancó un suspiro ahogado.

Entonces su cadera empujó contra la mía con un movimiento fluido que borró cualquier pensamiento coherente.

El maldito sabía moverse. Y lo estaba usando para cumplir exactamente lo que había prometido: hacerme perder el control.

Convertía el baile en algo más oscuro, insinuante… casi prohibido.

Me giró con un movimiento firme y mi espalda chocó contra su pecho. Me atrapó entre sus brazos sin esfuerzo; su mano ascendió por mi costado sin prisa, sin pudor.

—Jodidamente preciosa —susurró.

Me apreté contra él. Mi vestido era demasiado endeble para no sentir su erección firme contra mí.

Mi respiración estaba hecha un desastre.

Pero este juego era de dos.

Cuando recuperé un poco de claridad, decidí que no iba a ser la única sufriendo esa noche. Aproveché las canciones lentas para mecerme contra su cuerpo, rozándolo cada vez que podía, devolviendo cada provocación con la misma intención con la que él me tocaba.

Volvimos a la barra empapados en sudor. Bebimos coñac caro y saltamos cuando la música volvió a subir. Cuando Adrien y yo estábamos juntos, no necesitábamos a nadie más.

Éramos suficiente caos y alegría para llenar cualquier sala.

Me reí a carcajadas cuando el alcohol empezó a pegar fuerte. Me uní a una macarena improvisada, bailé sobre una mesa hasta que Adrien me bajó de ella y me cargó al hombro como si fuera un saco de azúcar, sujetándome con las manos en mi culo para evitar que nadie viera mi ropa interior.

—Eres tan bonito… —arrastré las palabras con la lengua pesada.

Me planté frente a él, rodeándole el cuello con los brazos y poniéndome de puntillas, con una sonrisa bobalicona.

—Pero un bonito caliente… muy caliente…

A medianoche ya ni recordaba mi nombre. Sabía que Adrien no estaba tan borracho por cómo seguía caminando con firmeza, siempre atento, siempre dispuesto a atraparme antes de que cayera.

Me había dado la libertad de divertirme sin miedo.

Y esa era solo una de las miles de cosas que amaba de él.

Siempre me sentía protegida a su lado.

Adrien me condujo hasta un palco privado cuando mis pies ya no soportaban más los tacones. Me dejó caer sobre el sofá y se sentó frente a mí, llevando mis piernas a su regazo para quitarme los zapatos. Luego comenzó a masajearme los pies.

Solté un suspiro tan profundo que casi sonó a gemido.

Desde aquel espacio reservado podía ver a toda la multitud

bailando en la planta baja. Sus manos hacían cosas deliciosas en mi piel, y deseé que subieran solo un poco más.

—Los amigos no hacen ese tipo de cosas —susurré.

Probablemente no recordaría mucho al día siguiente… pero sí recordaría el instante exacto en que Adrien me miró como si yo fuera la materialización de su sueño más prohibido.

—¿Sí? —preguntó con suavidad—. ¿Y qué más no hacen los amigos, Milena?

—Besarse —susurré—. Los amigos no se besan.

Adrien se puso de pie. Me recosté en el sofá cuando su sombra cayó sobre mí. Su mano atrapó mi cuello con firmeza, arrancándome un jadeo; había algo peligrosamente intoxicante en cómo me sujetaba así.

Sus labios descendieron sobre los míos, lento, exquisito, tan jodidamente seductor que lo sentí en cada parte de mi cuerpo.

Lo atraje hacia mí, incapaz de tener suficiente.

—¿Así? —preguntó contra mi boca—. ¿Qué más no hacen los amigos, *ma chérie*?

—No se miran como tú me miras —susurré—. Eso es, ¿verdad? ¿Ya no quieres ser solo mi mejor amigo?

Adrien negó despacio, con una sonrisa suave. Peinó mi cabello con ternura.

—Un amigo no estaría muriendo por follarte, *ma chérie*.

Sus labios descendieron por mi cuello, besando con destreza, convirtiéndome en un manojo tembloroso sobre el sofá. Respiraba con dificultad, con un cosquilleo hiriente entre las piernas que me empujaba a tomarlo y romper su control.

—Tócame, Adrien…

—Estás borracha, mi amor.

Gemí, frustrada.

—No tanto… si todavía recuerdo cómo te llamas —murmuré—. Necesito tu lengua entre mis piernas.

Adrien me observó con un brillo oscuro en los ojos, pero aun así permaneció firme, demasiado caballeroso para tocarme aunque yo se lo implorara.

—Voy a tocarte… —dijo finalmente—, pero no hoy.

Su respuesta me arrancó un gruñido rabioso. El ardor entre mis muslos era insoportable, una pulsación insistente que parecía latir con cada golpe de la música que todavía vibraba en mis oídos.

Hundí los dedos en el sofá y me moví sobre la pierna que tenía apoyada allí, buscando alivio, frotándome contra él sin pudor.

El aire escapó de mi boca en un suspiro tembloroso.

Adrien soltó un sonido bajo, casi un gruñido, pero no se movió.

Ni un centímetro.

Aparté mis manos de su cuerpo y fui a mi vestido, enganchando el hilo de mi tanga entre los dedos para deslizarla lentamente por mis piernas sin apartar la mirada de la suya. Cuando quedó en mi mano, la doblé con calma y la metí en el bolsillo delantero de sus pantalones.

Sus ojos se cerraron por un segundo.

Su mandíbula se tensó.

—Creo que necesito un poco de aire.

—Un día vas a matarme, Milena Mikhailova —gruñó.

Se sentó de nuevo y me atrajo de un tirón sobre su regazo. Coloqué una pierna a cada lado de su cuerpo; mi vestido se subió hasta la cintura.

Adrien dejó caer la cabeza hacia atrás, respirando hondo, como si intentara reunir toda la fuerza de voluntad que le quedaba.

Sus manos permanecieron a los lados, rígidas, convertidas en puños.

—Úsame —ordenó con voz grave—. No voy a tocarte.

Sonreí, mareada de deseo.

—Adrien…

Su nombre escapó de mis labios en un suspiro mientras arrastraba mis uñas por su cuello. El leve temblor que le provocó prendió algo feroz dentro de mi pecho.

—No dejo de pensar en ti dentro de mí —confesé, descarada, alimentada por el alcohol que corría en mis venas.

Mi hombre de piedra se quedó completamente inmóvil bajo mí. Tenía los ojos cerrados ahora, los dientes hundidos en su propio labio inferior como si esa fuera la única forma de contenerse.

Sus manos seguían lejos de mi cuerpo, como si tocarme fuera a romper algo, y esa distancia solo empeoraba el calor que me recorría. Empecé a moverme sobre él, frotándome contra el bulto firme de su erección, y el primer gemido escapó de mi garganta antes de que pudiera detenerlo.

Me aferré a sus hombros mientras mi respiración se aceleraba. Cada roce enviaba una descarga caliente por mi cuerpo, una fricción deliciosa que me hacía perder cualquier rastro de vergüenza.

Adrien soltó un gruñido áspero. Pero no me tocó.

Ni cuando mis movimientos se volvieron más urgentes. Ni cuando mis uñas se clavaron en su cuello. Ni cuando mi cuerpo empezó a tensarse sobre él.

Seguía inmóvil, los puños cerrados a los lados del sofá, la mandíbula apretada, respirando hondo como si estuviera conteniéndose con cada maldito músculo de su cuerpo.

Eso solo lo empeoraba.

La presión contra él, el calor de su cuerpo bajo el mío, la forma en que gruñía cada vez que me movía… todo se mezcló hasta que mi mente dejó de funcionar. Mi calentura era tal que no necesité mucho más que eso para desbordarme.

El temblor me recorrió rápido, intenso, arrancándome un suspiro

que terminé escondiendo contra su cuello.

Adrien exhaló con fuerza.

—Dime, Milena… —su voz salió tensa, casi ronca—. ¿Todavía me ves solo como tu mejor amigo?

El problema era que, en ese estado, ya ni recordaba cómo habíamos sido *solo* eso alguna vez.

Capítulo 7

LAUV — Feelings

4 de febrero de 2025

ADRIEN

La primera cita real con Milena debía ser perfecta.

Salió de su habitación con una sonrisa enorme y pasó a mi lado dando pequeños saltitos de alegría, la nota aún en la mano. Me quedé inmóvil, entre divertido y ligeramente aterrado. Quería esmerarme. No para bajarle el cielo y las estrellas… sino para llevarla hasta ellas.

Lo sé. Poético.

Yo era así de insoportable.

Pero esa mujer, al final de la noche, sabría una cosa: que estaba loco y perdidamente enamorado de ella. Que no pensaba continuar mi vida sin tenerla. Haría incluso lo imposible para que ella me llamara *suyo*.

Entonces podría dormir tranquilo. Mucho más tranquilo que la noche anterior, cuando apoyé la cabeza en la almohada y todo lo que pude ver, detrás de mis párpados, fue a Milena moviéndose sobre mí en busca de su liberación.

Deliciosa.

Milena era deliciosa.

Más que cualquier postre del maldito planeta.

Preparé su desayuno favorito y dejé fresas con crema en la nevera. La observé lamer la crema de sus dedos como si se tratara de un ritual mientras fingía estar ocupado picando fruta, solo para no tomarla del cuello y besarla hasta perder el aliento.

Me había vuelto un adicto a sus besos.

Me encantaba que, cuando le apetecía, fuera ella quien me reclamara. Pero cada día que pasaba era una tortura más grande, y empezaba a creer que perdería el autocontrol incluso antes de llegar al reto número ocho de mi lista.

Lento, me recordé.

Hice girar las llaves del auto en mi mano y respiré hondo cuando la vi bajar los escalones. Llevaba un top rosa y una faldita a juego, dejando sus interminables piernas expuestas.

Extendí la mano y ella unió sus dedos a los míos.

Durante años aquel gesto había sido involuntario, natural… pero ahora, cada vez que la tomaba de la mano, una electricidad sofocante se apoderaba de mí.

Le abrí la puerta del copiloto y la cerré cuando se acomodó. Rodeé el vehículo para sentarme al volante. Milena conectó su teléfono automáticamente y empezó a elegir la playlist mientras salía del complejo hacia la avenida principal.

—¿Dónde será nuestra cita? —preguntó justo cuando la voz de Taylor Swift llenó el auto.

El año pasado se las arregló para ir a cinco conciertos. La acompañé a dos. Ni siquiera me gustaba la cantante, pero me gustaba Milena… y eso era suficiente.

—No te lo diré. Es sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Ni una pizca?

—¿Por qué eres tan impaciente? Tenemos que corregir ese mal hábito, *ma chérie*.

Milena chasqueó la lengua, moviendo los hombros al ritmo de la canción.

—No es un mal hábito.

Rodé los ojos, tamborileando los dedos en el volante.

—¿Recuerdas en el internado cuando casi explotaste en la fila del comedor porque tardaron cinco minutos extra en servirte?

Amaba recordar esos momentos humildes de su adolescencia.

—¿Vas a contar eso otra vez? —se quejó.

—Claro. Parecías una niña de cinco años haciendo un berrinche.

—Tenía hambre. Sabes que soy otra persona con hambre o con sueño, Adrien.

—Cero paciencia. Creo que ni siquiera te diste cuenta de que amenazaste al cocinero —me reí.

Milena soltó una carcajada y me permití girar un segundo para mirarla antes de volver al tráfico.

—¿Por qué no avanza el tráfico? —bufó.

—¿Ves? Impaciente.

Me golpeó el hombro ante mi risa contenida.

—¡He mejorado! Ya no me exaspero cuando mi maquillista tarda tres horas delineándome los labios.

—Amor, estaba en llamada contigo hace dos meses y le gritaste a una pobre chica que, si volvía a ponerte máscara una vez más, te irías a tu casa.

Milena gimió, llevándose las manos a las mejillas.

—Son tan lentas…

—Igual me gustaba verte así en el internado. Tan desesperada por hacer algo. Era entretenido.

—Qué lindo que mi sufrimiento fuera entretenimiento para ti.

—Siempre lo es.

—Qué mal mejor amigo eres —se cruzó de brazos.

—Soy el mejor, y lo sabes —susurré.

Media hora después encontré estacionamiento en el gran centro comercial de Phuket. La fachada de vidrio y líneas modernas gritaba lujo; nada emocionaba más a una modelo que verse rodeada de todas sus tiendas favoritas. Lo sabía… pero el brillo en sus ojos fue la confirmación absoluta.

Me bajé del auto, ajusté mis lentes de sol y abrí la puerta del lado de Milena, ofreciéndole la mano para ayudarla a descender.

Nunca había puesto un pie en ese centro comercial, y el lugar incluso me tenía ligeramente asombrado.

—¿Qué vamos a comprar? —preguntó.

Apreté su mano mientras caminábamos sobre el mármol pulido, esquivando turistas que hacían fotos y parejas cargadas de bolsas de diseñador. El aire olía a cuero fino y perfume caro.

—Un vestido para ti. Para la cita de esta noche.

—Oh, ¡un vestido! —exclamó radiante.

Pero a los pocos pasos se detuvo, obligándome a frenar también.

Frunció el ceño.

—Espera. No puedes ver el vestido antes de la cita. Si vamos a hacer esto como algo real, tienes que recogerme en la casa, esperar afuera del auto y sorprenderte con mi atuendo.

Reí.

—No planeaba mirar tus compras. Quiero que me sorprendas.

Sonrió, satisfecha.

—Bien. Puedo hacer eso.

Saqué la cartera del bolsillo trasero y le extendí una de mis tarjetas.

—Compra todo lo que quieras.

—¿Sin límite?

—*Ma chérie*, puedes comprarte hasta un elefante si gustas —me

encogí de hombros—. Yo esperaré en las salas, bebiendo champagne mientras te pruebas ropa.

Su sonrisa me derritió.

Cuando Milena sonreía, yo era capaz de besar el suelo que pisaba.

El apretón de sus dedos mandó una estampida de osos furiosos a mi pecho. Nuestra relación siempre había vivido en un equilibrio extraño entre lo correcto y lo prohibido: mejores amigos, confidentes, cómplices… un desastre contenido que amenazaba con desbordarse con cada roce o mirada prolongada.

Milena se detuvo frente a la primera puerta de vidrio.

Dior.

Abrí la puerta para que entrara. Una vendedora nos recibió con la sonrisa profesional de quien ha visto esa escena mil veces.

—¿Buscan algo especial?

—¡Sí! ¡Tendremos nuestra primera cita real! —le dijo Milena con entusiasmo—. Necesito todas las opciones elegantes y seductoras que tengas. Debo volver loco a mi pequeño francés esta noche.

Suspiré.

Sí, definitivamente Milena acabaría por matarme.

Me acomodé en uno de los sillones de terciopelo y acepté la copa de champagne frío que me ofrecieron. Milena desapareció con la vendedora y regresó con una montaña de ropa colgando del brazo. Me lanzó un beso antes de entrar al probador, señalándome con un dedo acusador antes de cerrar la cortina.

—Ni se te ocurra mirar —advirtió.

Aunque su tono sonaba más a desafío que a amenaza.

Me pasé la lengua por los dientes y levanté una mano con fingida obediencia.

—Estaré aquí.

—Bien. Compórtate.

—Soy un chico bueno, Milena —susurré—. A veces.

La cortina se cerró de golpe.

Bebí varios tragos del champagne. Iba a tardar con tanta ropa, pero después de un rato, al ver sus piernas moverse detrás de la tela, el instinto me ganó.

Me incliné un poco, calculando el ángulo.

Milena fue más rápida.

Muchísimo más.

—¡Adrien! —protestó, asomando la cabeza y lanzándome una mirada de advertencia.

Me encogí de hombros con dramatismo.

—¿Qué? Solo quería asegurarme de que no te quedaras atrapada en un vestido de quinceañera.

Resopló y cerró la cortina de un tirón.

—Eres insoportable.

—Igual me amas —grité.

Su risa del otro lado fue mi recompensa.

Quince minutos después salió del probador con una sonrisa gigantesca.

—¡Encontré el vestido perfecto!

Esta mujer feliz era todo lo que estaba bien en el mundo.

—¿Continuamos?

Tras pagar, tomé su mano y la seguí mientras compraba zapatos, joyas y maquillaje. Cuando nuestras manos quedaron llenas de bolsas, respiré aliviado pensando que por fin volveríamos a casa.

Pero en el último momento Milena se detuvo.

—Me falta comprar algo más. ¿Vienes?

Asentí por inercia, soltando un suspiro.

La seguí… y cuando mis ojos se posaron en los estantes, tragué en seco.

Lencería.

Jodida lencería.

—Vámonos, Milena —gemí.

Ella negó divertida, empujándome hacia dentro.

—¡Oh, vamos, Moreau! ¡Me has visto en ropa interior en fotos!

—Es diferente.

—Sí, lo es —dijo tomando una tanga negra con flores bordadas—. Porque esta vez te daré el honor de quitármela.

—¿Quieres matarme, verdad?

—¿Yo? —negó con inocencia—. Nunca.

—Milena…

—¡Tú empezaste!

—No juegues con mi autocontrol, *ma chérie* —gemí—. Te lo ruego.

Milena tomó un pequeño cesto y, en lugar de elegir un conjunto, tomó tres. Uno de ellos rojo. Solo imaginar sus pechos dentro de ese diminuto brasier me volvió loco.

—No entiendo por qué te aferras a eso —dijo, frunciendo el ceño.

Dejé las bolsas a mis pies y extendí la mano para alisar las líneas de su frente.

—No quiero apresurar las cosas. Que confíes en mí no significa que deba aprovecharme de ti. Te deseo como un demente, Milena… pero quiero que conozcas mis sentimientos primero.

Sonreí suavemente.

—Además, no soy un hombre fácil. Necesito al menos una cita.

Lo que me aterraba era que la emoción del momento —esa montaña rusa en la que estábamos— nublara su mente y luego se

arrepintiera.

—Sé quién eres, Adrien Moreau —susurró.

—Lo sé.

—Te amo por quien eres, y no confío en nadie como confío en ti. Te lo recuerdo, por si se te olvida.

—Lo sé —repetí.

—Bien. Ahora iré a probarme estos. ¿Me esperas?

—Toda la vida.

De regreso a casa le di espacio para arreglarse con calma, dejándola sola mientras ultimaba los detalles de la noche. Tomé mi ropa y la dejé dentro del auto para que, cuando regresara, todo estuviera preparado y pudiera darle la ilusión completa de que iba a recogerla para una cita verdadera.

A la hora acordada, con el auto estacionado frente a la casa, vestido con mi mejor esmoquin y sosteniendo un gran ramo de rosas, esperé junto a la puerta del copiloto.

Entonces recibí una foto suya.

Mis ojos se abrieron mientras sostenía el teléfono.

Era ella.

Vistiendo uno de los conjuntos que había comprado.

Lencería negra, exquisita, brillando sobre su piel.

Contuve un jadeo y me obligué a respirar.

Mis manos debían seguir siendo gentiles. Esa noche era un caballero romántico… y ni siquiera mis ganas desbordadas de devorarla me harían desviarme del plan.



La imagen de Milena bajando las escaleras para encontrarse conmigo me inundó el pecho de una forma que jamás había sentido.

El vestido que eligió era negro, con líneas en V plateadas —o diamantadas, parecía—. Le llegaba por encima de los muslos, y la falda tenía una caída con un volumen sutil que la envolvía como si fuera luz. Con sus zapatillas altas y las joyas complementarias se veía suave, elegante… tan sofisticada que dolía mirarla.

Milena era una diosa.

Caminó hacia mí con confianza. Aceptó mis flores con una sonrisa deslumbrante y me permitió besar el dorso de su mano antes de guiarla hasta el auto. Quería que se sintiera querida, especial, vista… importante.

Conduje con mi mano sobre su muslo, cálida y firme, y enlacé sus dedos cuando llegamos a nuestro primer destino.

La cita comenzaba con una cena privada en el único restaurante cinco estrellas Michelin de Phuket. Había alquilado el lugar completo para los dos. Las mesas vacías estaban iluminadas por velas, y un camino de rosas nos guió hasta nuestra mesa.

No aparté la mirada de ella ni un segundo.

Sus ojos estaban cálidos, casi aguados, como si no pudiera creer que todo aquello hubiera sido preparado para ella. Solo para ella. Las luces eran tenues, el lugar olía delicioso, y tenía a Milena frente a mí.

Nada podía ser más perfecto.

Sostuve su silla para que se sentara y luego ocupé mi lugar frente a ella, regalándole una sonrisa.

—Esto es impresionante, Adrien.

—¿Lo suficiente como para ser una cita memorable?

Asintió.

—Gracias. Es todo tan bonito… —alisó las arrugas inexistentes de su vestido antes de reunir valor para mirarme—. No tengo palabras.

Extendí la mano sobre la mesa y entrelacé nuestros dedos cuando ella dejó caer la suya sobre la mía.

—Es lo que te mereces, Mikhailova.

Un rubor suave manchó sus mejillas. Había algo inquieto en su mirada. Mi pequeña Milena pensaba demasiado… pero me negaba a permitir que el miedo volviera a atraparla.

El mesero apareció para llenar nuestras copas de vino y dejar el entrante entre nosotros. Observé a Milena disfrutar del queso y las aceitunas con ese deleite tan suyo. Conocía a esa mujer mejor que a la palma de mi mano… y lo que aún me faltaba por descubrir, lo haría pronto.

—Luces preciosa —murmuré, sin apartar la vista de ella—. Me siento un hombre afortunado.

—Lo eres —respondió, haciendo un gesto de diva con las manos que me arrancó una risa—. Tú también luces precioso con ese traje. Me dan ganas de quitártelo.

—No juegues sucio, *ma chérie*. Soy un hombre romántico esta noche —levanté mi copa hacia ella.

—¿Sí? —sonrió.

Asentí.

—Te tomaré de la mano, te daré besos lentos, te haré bailar bajo la luz de las velas y juraré por mi vida y mi honor que eres todo lo que quiero. Al final de la noche te diré buenas noches… y pondré un beso en tu frente.

—En realidad suena como un muy buen plan —admitió con timidez.

Era un descaro cuando quería, pero frente a las demostraciones sinceras de afecto se volvía pequeña.

—¿Preparada para la cena?

Asintió.

No mentía cuando decía que me encantaba verla comer. Especialmente cuando era mi comida. Disfrutaba observar el momento exacto en que probaba un plato y hacía ese pequeño baile con los hombros, soltando esos ruiditos de satisfacción que podían quebrarme.

El primer plato la hizo cerrar los ojos: un corte de carne, salsa de hongos y puré de papa.

El segundo lo había creado especialmente para ella. Una receta antigua de Rusia, moldeada con todo lo que sentía por ella.

Me di por ganado cuando gimió y declaró lo delicioso que estaba.

Y cuando llegó al postre, al ver que era el mismo que había perfeccionado durante días para ella, sonrió… y la emoción apareció en sus ojos, brillantes, al borde de las lágrimas.

—Cocinaste para mí.

—Por supuesto. Vine aquí a preparar todo. Era nuestra primera cita.

La punta de su nariz se puso roja. Estuve a un segundo de levantarme y envolverla en mis brazos.

—Además —añadí con una media sonrisa—, no iba a permitir que otro hombre cocinara para ti. Esos ruidos que haces le pertenecen a mi comida.

—Posesivo.

—Pero eso ya lo sabías.

—No había visto este menú antes —susurró.

—Y no lo verás en ningún restaurante. Lo creé para ti.

Dos lágrimas escaparon por su rostro precioso y mi cuerpo entero se tensó. Mis manos se cerraron en puños.

—¿Milena? ¿Dije algo? ¿Quieres que nos vayamos?

Milena rio entre lágrimas, dejándome aún más confundido. Me levanté, me puse en cuclillas frente a ella y tomé sus manos.

—¿Qué pasa, mi amor?

—Solo estoy feliz, tonto.

—¿Y por eso lloras? —arqueé una ceja.

—Son lágrimas de felicidad —murmuró—. Tonto —repitió con una

risita.

Reí aliviado.

—Me asustaste. Creí que había dicho algo que te molestó.

Ella negó y llevó las manos a mi cuello, aferrándose a mi camisa sin apartar la mirada.

—Es que esto es muy bonito —susurró, con la voz quebrada—. Dios, ¿qué me has hecho, Adrien? Soy un completo desastre.

—Estas no son las lágrimas que quiero en este bonito rostro —susurré.

—Son de felicidad —insistió.

—Pero suenas triste en el fondo.

—Temo no poder devolverte ni la mitad de todo esto —admitió.

Deslicé mis manos por sus piernas, acariciándolas lentamente para transmitirle calma.

—Tú ya me amas con todo lo que tienes, Milena. Eso es suficiente.

—Sabes que no es lo mismo…

—Seguimos siendo *tú y yo* —le sonreí, atrapando una lágrima con mi pulgar—. Amigos, algo más… seguimos siendo *nosotros*. Nuestro amor no está cambiando. Solo se está transformando. ¿No lo sientes?

—Muchísimo —respondió, tomando mi mano y llevándola a su pecho—. Parece que ahora late por ti.

—El mío te pertenece desde siempre, *ma chérie*. Confía en mí.

Asintió sin dudar.

Después de cenar, y de robarle un beso dulce entre las velas, bailé con ella toda la noche. La rodeé con mis brazos, aspiré su perfume y sentí mi pecho a punto de explotar de tanto amor. Esperaba que no notara el sudor en mis manos ni el leve temblor que recorría mi cuerpo mientras la sostenía… mientras ella se sentía tan mía.

Antes de que la noche terminara, tomé su rostro entre mis manos

y la obligué a mirarme.

—Este soy yo, Milena —susurré—, demostrándote que te amo. Más que como un simple amigo. He estado enamorado de ti durante tanto tiempo… luché contra estos sentimientos durante años, pero terminaron ganándome. Y nada me haría más feliz que escucharte decir que quieres llamarme *tuyo*.

Capítulo 8

Maroon 5— Girls Like you

5 de febrero de 2025

MILENA

Nunca creí que alguien pudiera confesar sus sentimientos de una forma tan bonita hasta que Adrien lo hizo.

Había puesto el listón de las citas en la cima de la pirámide, y sentía que me había arruinado para cualquier otro hombre… y apenas lo había besado.

No estuve preparada para lo que pasó.

Había conocido muchas versiones de mi mejor amigo a lo largo de los años: el Adrien bromista, el protector, el chef obsesivo, el compañero de desastres que siempre estaba listo para meterse en problemas conmigo. Pero la versión de hombre enamorado superaba a todas.

Era como recibir una caja llena de diferentes Adrien… y ahora quería quedarme con todos.

Pero tenía miedo. Muchísimo. Tanto que, si hubiera podido, me habría escondido debajo de una piedra para que él no viera el terror que se abría paso en mi pecho.

La noche anterior había sido la más hermosa de todas. Verlo esperarme al pie de la escalera con aquel ramo gigante de rosas fue lo más bonito que alguien había hecho por mí. Saber que se tomó el tiempo no solo de crear un menú especial, sino de cocinarlo él mismo… de bailar conmigo… de hacerme sentir la mujer más bella del planeta…

Nada se comparaba con eso.

Cinco días con Adrien y sentía que estábamos redescubriéndonos. Como si hubiéramos vivido diez años mirando la misma puerta… y por fin alguien hubiera tenido el valor de abrirla.

El problema era lo que había detrás.

Porque yo lo amaba. Lo sabía. Lo había sabido durante mucho tiempo, aunque nunca me atreví a ponerle nombre.

Y amar a Adrien era maravilloso. Pero también era aterrador. Porque, si lo perdía a él… no me quedaría nada.

Un aguijonazo seco atravesó mi cabeza y el dolor comenzó a pulsar detrás de mis ojos.

Cerré los párpados con fuerza.

Las migrañas no eran algo nuevo para mí, pero hacía meses que no sufría una así. Pensar demasiado, preocuparme por algo que *sí* tenía solución, debía haber encendido cada alarma de mi sistema nervioso.

Me obligué a levantarme para correr las cortinas y dejar la habitación en penumbra antes de que la luz me atravesara el cráneo como un cuchillo.

Volví a meterme bajo el edredón, apretando los dientes.

Tal vez se me pasaría.

Tal vez, si me quedaba quieta unos minutos más, podría levantarme, tomar un calmante y bajar a desayunar antes de que Adrien notara algo.

No quería arruinarle el viaje con mis episodios.

Odiaba esta versión vulnerable de mí.

Prefería ser la Milena bromista, energética, la que nunca pensaba demasiado… no esta que se creía indigna solo porque otros no supieron amarla.

Porque amar a Adrien no era lo que me daba miedo. Lo que me aterraba era todo lo que podía pasar después.

Durante años habíamos vivido sobre una línea muy fina,

perfectamente equilibrados en ella. Mejores amigos, compañeros, cómplices en cada desastre que se nos ocurría. Tal vez ninguno de los dos se sentía completamente lleno, pero al menos nos teníamos el uno al otro, y eso bastaba para que el mundo no pareciera tan hostil.

Era seguro.

No se rompía.

Pero ahora habíamos cruzado esa línea.

Y no sabía qué pasaría cuando esta burbuja terminara. Cuando el viaje acabara, cuando volviéramos a nuestras vidas reales, cuando la intensidad de estos días dejara de envolvernos como una manta cálida.

Yo estaba acostumbrada al abandono. Mis padres se habían encargado de enseñarme, desde muy pequeña, que el cariño podía desaparecer sin previo aviso, que las personas podían irse incluso cuando uno creía que todo estaba bien.

Pero no sabía si podría soportarlo si Adrien también se iba.

Porque perder a un amigo dolía.

Perder al hombre que amaba… me destruiría.

Y lo peor de todo era la pregunta que no dejaba de repetirse en mi cabeza, insistente, cruel: ¿cómo íbamos a volver a ser solo mejores amigos después de haber cruzado esta línea?

Quería seguir dándoselo todo. Quería…

Lágrimas calientes resbalaron por mis mejillas.

Hundí mis uñas almendradas en la palma de mi mano, intentando distraer el dolor que comenzaba a latir detrás de mis ojos, pero nada funcionó. Tenía que levantarme, tenía que tomar un calmante antes de que Adrien apareciera y su preocupación lo transformara en ese hombre serio y protector que me desarmaba con una sola mirada.

Pero no lo logré.

Escuché la puerta abrirse y sus pasos sobre la alfombra. Luego sentí el peso del colchón hundirse detrás de mí y, un segundo

después, sus brazos rodeándome mientras se pegaba a mi espalda.

Respiré hondo.

Adrien siempre había sido *hogar*.

Me encogí en su abrazo, dejando que sus manos suaves y reconfortantes me envolvieran. Su toque tenía esa extraña habilidad de centrar mi mundo y anclar mis pies al suelo incluso cuando todo dentro de mí parecía derrumbarse.

Suspiré. Y más lágrimas llenaron mis ojos.

—*Ma chérie*, ¿qué hice? —susurró.

Oh, este hombre… como si existiera algo en el mundo que él pudiera hacer mal.

Me giré en sus brazos hasta quedar frente a él, obligada a alzar un poco la cabeza para encontrar su mirada. Su mandíbula se tensó en cuanto vio mi rostro marcado por las lágrimas, y sus dedos se posaron en mis mejillas con una delicadeza que contrastaba con la preocupación evidente en sus ojos, limpiándolas despacio, como si con ese gesto silencioso pudiera ordenarme que dejara de llorar.

—¿Hice algo que te molestara? ¿Dije algo?

Negué con suavidad.

—No —susurré—. No creo que exista nada en el mundo que puedas hacer mal, Adrien.

Sus cejas se fruncieron apenas.

—A veces no somos conscientes de cuando herimos a alguien.

—No me has herido —aclaré, escondiendo el rostro contra su pecho para respirar su olor, buscando en él el mismo refugio de siempre—. No me siento bien. Tengo migraña. No he podido levantarme porque la luz me molesta… y todo duele.

Sentí cómo su abrazo se tensaba apenas.

—¿Por qué no me llamaste?

Sus manos subieron hasta mi cabello y enterró los dedos en él,

masajeando mi cuero cabelludo con movimientos lentos y firmes. El alivio fue inmediato, arrancándome un suspiro involuntario.

—No quería preocuparte.

—¿Cómo esperas que no me preocupe, Milena? —su voz se endureció apenas—. ¿Trajiste tus pastillas?

Negué con la cabeza.

—Tenía casi tres meses sin un episodio… no creí que volvería.

Adrien exhaló lentamente, como si estuviera conteniendo una reprimenda.

—Está bien —murmuró al final—. Lo resolveremos.

Sabía que quería regañarme, pero no podía hacerlo mientras me veía así.

—Me asusté cuando no bajaste a desayunar —añadió después de un momento—. ¿Me dirás si pasa algo, verdad?

—Siempre he sido sincera contigo.

—Pero evidentemente hay algo más que te inquieta y no me lo estás diciendo —dijo con suavidad, mientras su mano abandonaba mi cabello para deslizarse por mis brazos.

Tragué saliva.

—Quiero ser capaz de devolverte todo lo que me das —confesé finalmente—. Sé que hay algo más… pero aún no sé identificarlo.

Adrien suspiró y levantó mi mentón con suavidad para obligarme a mirarlo de nuevo. Sus ojos recorrieron mi rostro con esa atención minuciosa que siempre había tenido conmigo, como si intentara leer cada pensamiento antes de que yo misma pudiera entenderlo.

—Milena, no planeo presionarte para que le pongas una etiqueta a lo que sientes. Es muy pronto, y yo he tenido mucho tiempo para digerir lo que siento por ti… y para soltar el miedo. ¿Qué te he dicho sobre pensar tanto?

Apreté mis dedos alrededor de su torso, aferrándome al calor de su

cuerpo.

—No sé cómo controlarlo… lo siento.

—Lo solucionaremos, *ma chérie* —apresuró.

Dejó un beso en mi frente antes de incorporarse y desenredarse con cuidado de mi abrazo.

Fruncí el ceño.

—¿A dónde vas? No he visto mi nota de hoy.

Adrien deslizó el pulgar por mi cuello en una caricia lenta.

—Iré por tu medicación y el desayuno. Luego pasaremos todo el día viendo lo que quieras en la televisión —dijo con calma—. Y sobre la nota… lo de hoy es sencillo.

—¿Qué es?

Una sonrisa suave apareció en sus labios.

—Abrazarte.

Se inclinó para besar mi frente una vez más.

—Y te abrazaré todo el puto día, Milena.

Capítulo 9

Major Lazer, Wild Belle —Be Together

5 de febrero de 2025

MILENA

Adrien cumplió cada palabra. Regresó media hora después con una bandeja, usando ese pantalón gris de chándal que era un atentado contra la paz mundial y una camiseta blanca que, para desgracia de mi estabilidad mental, parecía hecha específicamente para recordarme que aquel hombre tenía un cuerpo escandalosamente bonito.

Había aprovechado su ausencia para mover mis piernas hasta el borde de la cama y darme un aseo rápido —que fuera mi mejor amigo no significaba que permitiría que me viera con mal aliento—, así que cuando volvió me encontró acomodada entre las almohadas, fingiendo una dignidad que desapareció en cuanto el olor del desayuno llegó a mi nariz.

Acomodó la bandeja sobre mis piernas con cuidado y me instó a comer mientras encendía la televisión, recostándose a mi lado como si fuera el dueño indiscutible del lugar.

El desayuno era delicioso: panqueques, huevos, tocino, jugo de naranja.

Una rosa.

Y la nota.

Te abrazaría en medio de la noche, sin excusas.

Me gustaban sus abrazos. Mucho. Había recibido cientos a lo largo de nuestra amistad y jamás dejaron de ser reconfortantes. Sentada con la espalda apoyada en las almohadas, tomé primero las dos pastillas y luego empecé a comer con calma, saboreando cada bocado

mientras el calor del cuerpo de Adrien se filtraba a través de las sábanas.

—¿Qué quieres ver? —preguntó.

—¿Por qué solo abrazos? —protesté.

Adrien apartó la mirada de la pantalla encendida y la posó en mí, levantando una ceja.

—¿No te gustan mis abrazos, Milena?

—Me encantan, de hecho.

Sonrió.

—Entonces no veo el problema —sentenció—. ¿Película romántica o de terror?

—Romántica —decidí—. ¿Qué es febrero sin películas románticas? Mira esa: *Amor redentor*. Suena bien.

Adrien asintió, pero no le dio *play*.

—¿Te sientes mejor?

—Solo un poco, pero estaré bien —ataqué el tocino con mordiscos voraces, saboreándolo con una felicidad casi infantil.

—No vuelvas a hacer eso de callarte solo porque crees que voy a preocuparme —remarcó—. Claro que *tengo* que preocuparme por ti.

Estaba completamente recostado mientras yo permanecía sentada, así que llevé un trozo de panqueque a sus labios. Lo aceptó sin apartar la mirada de mí.

—Te pones irritante cuando te preocupas.

—Porque temo que te pase algo, Milena —estalló, desesperado.

—Ya lo sé, pequeño francés.

Terminé todo lo del plato y me bebí el jugo, satisfecha.

—Estaba delicioso. Pensándolo bien, creo que podría casarme contigo solo por toda esta comida.

—En realidad tienes muchas razones para casarte conmigo —sonrió.

Quitó la bandeja de mis piernas y se incorporó. Adrien siempre había sido un maniático del orden, sobre todo en la cocina. Lo había visto tantas veces cocinar y fregar que hasta habíamos desarrollado la costumbre de lavar juntos mientras hablábamos de cualquier cosa.

—Pon eso ahí, te ayudo más tarde.

Adrien entornó los ojos.

—No quiero alejarme de tu lado. ¿No puedo ser un poco codiciosa?

—Sí puedes.

Dejó la bandeja en la mesa de centro con un suspiro resignado y volvió a recostarse a mi lado. Me acomodé pegada a él, deslizándome dentro de sus brazos con una sonrisa. Su cuerpo siempre era cálido.

—Dime cuáles son esas razones para casarme contigo —pedí.

Mi estómago se apretó solo de imaginarlo. Parecía la aventura más grande de la vida… pero era con él, y eso la hacía mucho menos aterradora.

—Te las sabes todas —el calor en sus ojos me secó la boca. Adrien alisó la arruga que siempre aparecía en mi frente cuando pensaba demasiado y selló el gesto con un beso—. Soy atractivo, inteligente, rico…

—Oh, claro que sí —me reí.

Sus brazos se apretaron a mi alrededor, como si nunca fuera suficiente, como si buscara enterrarme dentro de sus huesos.

—Pero hay cosas más importantes —continuó—. He sido tu mejor amigo por una década. Te conozco mejor que nadie. Sé qué comidas te gustan, qué lugares prefieres, tus marcas de ropa favoritas, los artistas que escuchas cuando estás feliz. Conozco las canciones que pones cuando estás triste y quieres llorar. Sé los esmaltes que eliges en verano, que amas tu color de cabello natural y que jamás permitiste que te lo tiñeran.

Su voz bajó un poco más mientras seguía enumerando.

—Sé que sueñas con una boda en Italia, que quieres una propuesta íntima, solo tú y esa persona. Conozco el vestido que mandaste a diseñar a los diecinueve años. Sé que prefieres no conducir y que por eso nunca te has comprado un auto. Sé que necesitas tu espacio cuando tienes el período y que, aunque lo niegues, te encanta que te presten atención.

Hizo una pausa.

—Te veo, Milena. Siempre te he visto. Soy tu opción.

—¿Mi *primera* opción?

—No habrá otros para ti, Milena. Soy solo yo.

Un puchero tembló en mis labios. La sensación en mi pecho era tan abrumadora que dolía. Sus palabras eran tan bonitas que llenaron mis ojos de lágrimas. *Joder*, era demasiado. Era como una comezón imposible de rascar, como si sus dedos acariciaran mi corazón y escribieran su nombre en cada vena.

—Oh, Adrien… —sollocé.

—No hagas ese puchero, ma chérie. Me desarmas.

—Tú me desarmas todo el tiempo —respiré hondo—. Te amo mucho… muchísimo.

—Lo sé —besó mi frente—. Un día ese *te amo* será romántico.

¿Quién decía que no lo era ya?

Estaba completamente abrumada.

Adrien colocó la película y me acomodé apoyada en su hombro mientras ambos prestábamos atención a una historia que terminó siendo demasiado conmovedora como para no llorar. Y sí, estaba un poco más sentimental de la cuenta, pero hasta Adrien acabó con los ojos ligeramente cristalinos ante la historia de Ángel y cómo encontraba el amor más incondicional de todos.

Cuando la película terminó, extendí la sábana con disimulo para tomarlo por sorpresa y me subí sobre su cuerpo, acomodándome con una pierna a cada lado de sus caderas mientras lo abrazaba y apoyaba la cabeza en su pecho, escuchando su respiración tranquila

bajo mi oído. La tensión de su cuerpo se esfumó en un segundo; sus brazos regresaron a rodearme y me apretó con fuerza, aspirando el aire por encima de mi cabeza como si necesitara asegurarse de que realmente estaba allí.

—Siempre quise hacer esto y saber cómo se sentía —admití en voz baja.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque somos amigos, ¿recuerdas?

—Bueno… ahora puedes hacerlo.

Asentí y alcé un poco la cabeza para observar su perfil, consciente de que empezaba a verlo de otra forma. Algo había cambiado, sin duda, algo que yo no había sabido identificar hasta entonces, pero que ahora se volvía imposible de ignorar.

Mi corazón latió con fuerza mientras comprendía que las líneas entre nosotros habían dejado de existir hacía tiempo; las señales habían estado allí durante años, en la quemazón incómoda que sentía cuando mencionaba a otras chicas, en la necesidad constante de su atención, en la forma en que mi día cambiaba por completo con un solo mensaje suyo.

No era amistad.

Nunca lo había sido del todo.

—¿Puedo besarte? —pregunté, levantando apenas el rostro—. ¿U hoy solo tocan abrazos?

—Tú puedes hacer conmigo lo que quieras, Milena.

—¿Hasta desnudarte?

Adrien rió con suavidad.

—Todavía no, *ma chérie*, todavía no.

Sonreí mientras me incorporaba un poco sobre su abdomen, apoyando las manos en su pecho. La imagen debía ser casi pecaminosa: él mirándome desde abajo como si yo fuera el centro de su mundo. Se mostró valiente al colocar sus manos en mis caderas,

sus dedos deslizándose sobre mi piel con una lentitud que me hizo suspirar.

—He soñado durante mucho tiempo con verte en esta posición —murmuró.

Un escalofrío me recorrió cuando sus dedos se colaron bajo mi blusa y ascendieron por mis costillas.

—¿Sí?

—Uhm —gruñó, concentrado en mi reacción mientras sus dedos rozaban la parte inferior de mis senos, sin sostén—. ¿Vas a besarme, Milena, o tendré que hacerlo yo?

—Puedo hacerlo… —susurré, casi sin voz.

Justo en ese momento atrapó mi pezón entre sus dedos.

—¿Sí?

—Sí… —respiré, sin saber exactamente a qué estaba respondiendo mientras me empujaba contra su mano para que continuara.

—Estoy hablando contigo, Milena.

Pestañeé varias veces y tragué saliva.

—¿Qué decías?

Adrien soltó una carcajada.

—¿Nerviosa?

—Me estás distrayendo. No puedo pensar correctamente con tus manos encima de mí.

—Qué lástima. Iba a poner mi boca aquí, pero parece que no me prestas atención —dijo con falsa seriedad.

Jadeé cuando apretó mi seno entero entre sus dedos.

—Haz eso… por favor.

—Pero dime, ¿al final vas a besarme o no?

Gruñí de frustración cuando retiró la mano.

—Eres demasiado cruel…

—¿Vas a…?

—Solo cállate. Sí, voy a besarte. Y después pondrás tu boca sobre mí o te amarraré a esta cama.

Una sonrisa lenta y pecadora se extendió por sus labios.

—Me gusta eso… qué chica tan sucia, *ma chérie*.

Llevé mis manos a su cuello y presioné con suavidad mientras me inclinaba para pegar mi pecho al suyo.

—¿No sabes hacer silencio?

—Sigo esperando que me beses y dejes de ser una miedosa.

Apreté un poco más sus hombros y gruñó. Sus ojos se oscurecieron mientras me devoraban con la mirada.

—Creo que a alguien le gusta que lo ahorquen… mmm —ronroneé, pegando mis labios a su mejilla en un beso húmedo—. ¿Qué más le gusta a mi pequeño francés?

—Tendrás que descubrirlo —gruñó, inquieto debajo de mí, todo su cuerpo rígido.

Delicioso.

—Lo haré —prometí, besando su otra mejilla antes de descender por su cuello y succionar con fuerza. Adrien dejó escapar un gemido ronco y yo sonreí, satisfecha—. Te prende que te marque, ¿no?

—Me prendes *tú* —respondió con la voz baja—. Pero sí.

Me incorporé pese a su protesta y abrí el cajón de la mesita de noche. Sonreí cuando encontré uno de mis miles de labiales rojos. Lo destapé y me lo apliqué varias veces frente a él, dejando un rojo intenso en mis labios antes de soltarlo sobre la cama. Luego me deslicé de nuevo por su torso para tener espacio suficiente para marcarlo.

Quedé sentada justo sobre su erección.

Ambos soltamos un suspiro tembloroso.

Empecé a dejar besos por todo su pecho, lamiendo cada vez que podía y estampando marcas rojas que lo convertían en una obra de arte indecente. Subí hasta su rostro para marcar también sus mejillas y luego descendí otra vez por su cuello, asegurándome de cubrir cada centímetro hasta que quedó lleno de mis huellas.

Sonreí ante la imagen.

Mi cuadro favorito.

Adrien no había dejado de sostenerme con fuerza ni de mirarme con esa intensidad tan suya, como si cada movimiento mío fuera algo que estuviera memorizando.

Al final le di lo que tanto quería y me prendí de sus labios en un beso que no tenía nada de delicado ni de lento, justo como había aprendido que nos gustaba. El labial se corrió por toda su boca mientras lo saboreaba, permitiendo que mordiera mi labio inferior hasta convertirme en un desastre de pequeños sonidos que lo hacían gruñir.

Besar a este hombre era besar el cielo.

No me cansaba de repetirlo.

Adrien descendió hacia mi cuello con evidente desesperación, sus manos recorriendo mi cuerpo y apretando cada pedazo de piel que encontraba a su paso. Me sacó la blusa del pijama por la cabeza y jadeé cuando el aire frío de la habitación me envolvió de golpe.

Nos incorporamos al mismo tiempo, ansiosos, quedando sentados uno frente al otro.

Me moví sobre su erección con hambre, aunque sabía perfectamente que Adrien no tenía intención de tomarme todavía.

Cuando sus labios descendieron y sus manos ahuecaron mis pechos, uniéndolos para dejarlos frente a su rostro, gemí con fuerza.

Chupó con tanta avidez que por un momento creí que podía venirme solo con la atención que estaba recibiendo mi pecho.

—Quiero confesarte algo —susurró.

—¿Qué es?

En realidad, lo único que quería era rogarle que se callara y siguiera devorando mis tetas.

Gemí cuando mordisqueó. Era obscena la forma en que chupaba, cómo intentaba abarcar todo con su lengua, pasando de un pecho al otro sin darme tregua mientras mis dedos se hundían en su cabello.

—¿Recuerdas el primer día que nos besamos?

—Cómo olvidarlo —respondí sin voz, jalando las hebras marrones de su pelo largo—. Fue el mejor beso de mi vida.

Adrien levantó la cabeza lo suficiente para mirarme.

—Fue mi primer beso —confesó—. No había besado a ninguna mujer antes.

Jadeé, tanto por la sensación ardiente de su aliento sobre mi piel como por su revelación.

—¿Cómo? —pregunté, incrédula.

Sus ojos no se apartaron de los míos.

—Quería que tú fueras mi primera. Que fueras mi primera en todo… y lo serás.

Capítulo 10

TiO, Zyan

6 de febrero de 2025

ADRIEN

El jueves fue terriblemente caluroso, algo que no previ cuando programé una excursión en la lista; pero dado que Milena estaba a mi lado sin quejarse, sosteniendo su cámara desechable con entusiasmo, sabía que, sin importar el clima, el día sería perfecto.

El camino fue transformándose poco a poco: dejamos atrás las rutas llenas de flores amarillas y grandes robles para adentrarnos en un sendero torcido, de giros bruscos y terreno cada vez más rural. Tan rural que varias veces vi a Milena aferrarse al asiento para mantenerse en su lugar mientras el auto saltaba sobre la grava. Ella se reía a carcajadas como si todo aquello fuera la aventura más emocionante del mundo; yo, por un momento, creí que íbamos a morir.

Detuve el auto al inicio del sendero. Frente a nosotros, las montañas se elevaban en el horizonte, cubriendo el paisaje de un verde denso mientras el bosque descendía lentamente hasta encontrarse con el mar, creando un contraste tan perfecto que dolía mirarlo.

—Este lugar es precioso —dijo con un entusiasmo evidente, sacando la cámara para tomar fotos.

—Espero que sigas pensando eso cuando estés sudada y agotada al llegar a la cima —murmuré, observándola divertido.

Me eché la mochila al hombro con los suministros de ambos. Milena llevaba pantalones cortos y una camisa amarilla que brillaba bajo el sol; no sabía si era la mejor opción para el calor, pero a ella no parecía importarle. Yo iba prácticamente igual. Ambos con los

mismos tenis Adidas blancos.

—Soy una chica de ejercicio, estaremos bien —respondió, estirando los brazos por encima de la cabeza.

En el proceso, la camisa subió lo suficiente para mostrar un fragmento de su abdomen definido.

Tan bonita.

Aparté la mirada con un suspiro.

Ayer la había desnudado de la cintura hacia arriba y estuve peligrosamente cerca de cruzar esa línea que me había impuesto. Con ella, incluso los momentos más simples se volvían íntimos.

Claro, seguro porque ayer casi la follas, murmuró mi mente. *Y estás desesperado por hacerlo.*

Suspiré otra vez.

La animé a empezar a caminar, probando la grava del sendero mientras nos acercábamos al cartel de madera que señalaba el punto de partida y el mapa del lugar. Al avanzar, el camino polvoriento se estrechó y comenzamos a serpentear alrededor de la montaña. Me detenía cada vez que Milena me pedía una foto: del paisaje, de un ave, de nosotros. Poco a poco el bosque se hizo más espeso y la caminata más exigente, tanto que terminamos con algunos arañazos después de saltar ramas bajas.

—¿Recuerdas nuestra caminata en México?

Me reí mientras apartaba una rama para que ella pudiera pasar.

—Oh, no me lo recuerdes, por favor. Te torciste el tobillo y tuve que cargarte dos kilómetros enteros.

Milena me sacó la lengua.

—No te escuché quejarte.

—No servía de nada —me burlé—. Iba a tener que cargarte igual.

Soltó una risita.

El sendero se volvió demasiado estrecho para caminar a la par, así

que dejé que ella fuera adelante. Observé su cintura mientras avanzaba apartando ramas, moviéndose con ligereza entre los árboles. Era tan condenadamente atractiva que incluso con un saco seguiría siéndolo.

Un pecado.

Me obligué a concentrarme en la caminata y en socorrerla si lo necesitaba.

—Realmente sí, es tu condena —puntualizó.

—Yo diría que es una bendición.

—Eres tan adulador… —la risa en su voz me calentó el pecho, sonrojándome.

Agradecí que no estuviera viéndome la cara.

—No te burles.

—No lo hago. Creo que, de no ser chef, habrías sido un gran poeta.

—Sí te estás burlando —acusé.

Milena estalló en carcajadas. Miró por encima del hombro para asegurarse de que seguía cerca, se detuvo un instante para tomar una foto de un tronco en forma de L —al que, sinceramente, no le vi nada especial— y retomamos el paso.

—Solo te molesto un poco, pequeño francés. Si no fuera modelo, me habría gustado ser diseñadora de moda.

—Todavía tienes tiempo, eres joven —respondí mientras la ayudaba a subir una pequeña colina.

Jadeó un poco al lograrlo; parecía estar ligeramente oxidada.

—No quiero volver a estudiar. Y no es conformismo —aclaró con sinceridad—. A pesar de que me va muy bien como modelo, ya no es algo que tenga como prioridad.

—Sé que no eres conformista, no tienes que aclarar nada conmigo, *ma chérie*.

Se encogió de hombros.

—¿Qué querías ser de niño?

—¿Yo? Policía. Pasé cinco Halloweens con el mismo disfraz.

Eso la hizo reír.

—Hubieras sido un policía muy sexi con todo ese aire melancólico.

—No soy melancólico —gruñí.

—Todos los franceses lo son.

La sostuve con rapidez cuando resbaló un poco en una piedra. Murmuró un «gracias» antes de continuar.

—No es cierto —me adelanté para subir una rama y dejarle paso—. Los rusos son fríos y no pienso que tú lo seas.

—Eso es porque soy un sol.

—Qué graciosa. ¿No querías ser comediante también?

—No, terminé por hoy. Aunque… —giró la cabeza con una sonrisa traviesa— puedo ser tu prisionera al final de la noche.

Me reí sin poder evitarlo.

—¿Me dejarás esposarte?

—¿Por ti? Cualquier día.

Volví a reír. Imaginarla atada a mi cama era lo último que necesitaba en ese momento.

—Ten cuidado ahí —advertí, tomándola de las caderas para pasar yo primero.

El camino estaba demasiado empinado como para no ayudarla.

Después de otros diez minutos de subida intensa, el sendero se abrió de golpe y el paisaje estalló frente a nosotros: un terreno verde que parecía infinito, salpicado de robles altos que se mecían apenas con la brisa. El sol, en su punto más alto, iluminaba la copa de los árboles.

Brillante. Precioso.

Vi a Milena alzar el rostro y cerrar los ojos, dejando que el sol acariciara su piel.

Exhalé lentamente, saboreando la escena.

Estaba impactado por la vista… pero, sobre todo, por ella.

Espectacular.

Después de unos minutos, tomé su mano y seguimos por el sendero, ahora sin apuros, disfrutando de la altura y de la brisa que corría entre los árboles.

—¿Qué haremos en la noche? —preguntó.

—Podríamos usar la piscina… o ir a la playa. ¿Qué te apetece?

—¿Qué dice el reto de hoy? ¿Puede ocurrir en público?

Pensé en la nota que aún no le había dado y sonreí con malicia.

—No puede ser en público.

—Entonces nos quedamos en la piscina. Puedes hacer ese bisté que tienes en el congelador —decidió—. ¿Cuándo me dejarás ver la nota?

—Creo que te gustan demasiado mis notas.

—Las espero cada mañana. Me alegran el día —susurró—. Las extrañaré cuando acabe el viaje.

Recordarlo me perforó el pecho. Saber que ese viaje tenía fecha de caducidad nunca había dolido tanto como en ese instante. El aire húmedo me perló la frente mientras continuábamos subiendo hacia la cima; sentía el corazón pesado, como si los días que quedaban fueran insuficientes y necesitara robárselos al tiempo.

Intenté disipar la nostalgia para no arruinar un momento tan hermoso.

Finalmente llegamos arriba, donde el paisaje era aún más impresionante. Me acerqué y la rodeé con mis brazos, y ambos quedamos absortos en la vista, en silencio, contemplando la extensión infinita de verde que se abría frente a nosotros.

Suspiré.

—Me duele pensar que tendremos que separarnos —murmuró.

Le estaba dando voz a lo que también me carcomía por dentro. Escucharlo en sus labios lo hizo más real.

—A mí también. Muchísimo.

Milena se dio la vuelta entre mis brazos y se inclinó hacia mí, saboreando el instante antes de rozar mis labios con los suyos. Su beso fue cálido, tanto como el sol que nos bañaba. Apoyó la mano en mi pecho y me derretí bajo su toque. Profundicé el beso, acariciando su labio inferior con mi lengua y haciéndola gemir suavemente.

Pero cuando nos separamos vi cómo se le fruncía el entrecejo, esas pequeñas arrugas que aparecían cada vez que pensaba demasiado. Acerqué mi dedo para alisarlas, entendiendo sus temores.

Nuestras agendas eran complicadas. La distancia podía convertirse en un obstáculo.

Pero nuestra amistad había sobrevivido a todo.

¿Por qué no podría hacerlo también una relación?

—Lo resolveremos —prometí.

Ella simplemente asintió.



Había caído el sol cuando regresamos a la casa. Un bonito bronceado se había apoderado de la piel de Milena y, así, con el pelo desordenado y ropa sencilla, seguía siendo la mujer más impresionante de todas.

Nos separamos para ducharnos.

Yo me quedé bajo el agua caliente un buen rato, sopesando los últimos días y consciente de la intensidad de lo que venía. Planeaba cumplir cada paso al pie de la letra; quería demostrarle a Milena que la amaba con la misma fuerza con la que respiraba, enseñarle que el

amor y el deseo podían convivir, que nada tenía por qué romperse entre nosotros.

Aunque tuviese miedo, aunque no quisiera admitirlo, sabía que yo no era un *simple amigo* para su corazón.

Había pasado demasiado tiempo pensando en el momento perfecto para declararme.

Solo tenía que lograr que ella lo viera.

Al terminar de asearme me coloqué un chándal negro y una camiseta, bajé a preparar la cena y encontré la sala desierta. Milena debía seguir en su habitación.

Respondí un par de mensajes —a mis padres, a mi hermana, a Nathanael también— asegurándole a mi agente que seguía vivo y todavía no me había partido una mano, y luego me adueñé de la cocina como tanto me gustaba.

Organicé los ingredientes, preparé el bisté que Milena había mencionado, unas papas fritas sin grasa, vegetales salteados y una salsa agria. Después saqué dos porciones de la carlota de limón que había dejado enfriando.

Para no darle un ambiente tan formal, serví todo sobre la mesa de granito y acerqué dos taburetes.

Cuando bajó, con uno de sus vestidos sueltos y las mejillas encendidas, supe que había encontrado mi nota sobre la cama.

—Lo siento, yo… tuve que contestar un correo. Lamento la demora.

Su nerviosismo me pareció adorable. Ojalá nunca supiera cuán jodidamente nervioso me ponía yo cuando ella tomaba el papel de mujer descarada y codiciosa.

Me acerqué, dejé un beso sobre su frente y corrí su taburete para que se sentara.

—¿Te parece si usamos la piscina mañana? Quizá mejor vayamos al gimnasio.

Me senté a su lado y le pasé un plato limpio.

—Lo que tú quieras, se hará —murmuré, atento a cualquier señal que me indicara que algo la preocupaba. No iba a permitir que Milena cayera en el agujero donde caían muchas modelos—. Pero vamos a cenar bien, ¿quedó claro?

Milena se sirvió carne y vegetales y me lanzó una mirada.

—Aumenté un kilo y no llevamos ni una semana.

Vi la cantidad que tomó y enseguida añadí otro trozo en su plato antes de servirme el mío.

—Iremos al gimnasio. Ahora come.

—Eres un mandón —refunfuñó.

Se llevó el primer bocado a la boca y suspiró, cerrando los ojos un instante. Yo había estado esperando ese momento como un obsesionado; era culpable. Probé mi plato también.

—Esto está delicioso, Adrien.

Había recibido innumerables premios, pero la opinión de esta chica era la única que realmente me importaba.

Sonreí.

Comimos en un silencio agradable. Yo alternaba entre mi plato y el rostro de Milena; no había un solo gesto suyo que no me pareciera atractivo. Masticaba despacio, apreciando los sabores, concentrada en cada bocado como si estuviera evaluando el plato con la misma seriedad que un crítico. Sí… definitivamente estaba enamorado de esta mujer.

—Leí tu nota —dijo cuando terminó de cenar.

Sonreí. Mi Milena jamás había sido paciente.

—Lo sé.

—¿Qué me delató? —preguntó, suspirando apenas tres segundos después de probar la carlota de limón.

—El rubor de tus mejillas, obviamente.

Bufó.

—Dijiste antes que tus… que tus primeras veces serían conmigo —tartamudeó un poco—. ¿Eres…?

No terminó la pregunta. Reí suavemente.

Sí, era virgen. No había tocado a ninguna mujer que no fuera ella ni con un palo.

—Lo soy.

Milena abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Nunca has hecho… nada de nada?

Negué con la cabeza.

—Solo contigo.

Ella jadeó y se llevó otra cucharada de postre a la boca, como si masticar fuera la única forma de evitar decir algo imprudente. Su reacción me divertía más de lo que debía.

—Me siento un poco mal ahora mismo, la verdad —dijo tras tragar, haciendo un pequeño puchero. Atrapé su mirada, esperando lo que seguía—. ¿No apareció nadie o fue… por mí?

—Aparecieron muchas. Humildemente —murmuré—. Pero ninguna era tú.

Milena volvió a llenar su boca de postre. Parecía… impactada.

—¿Por qué te sorprende?

—No lo sé. Pensé… pensé…

—¿Que era un playboy?

—¡Algo así! —exclamó.

Alargué un dedo para tomar un poco de la mezcla que se había corrido por sus labios y lamí la yema para limpiarla.

—No me juzgues —añadió—. Eras muy popular en el internado, las chicas se te lanzaban. Pensé que habías besado a la rubia… Sofía, la que fue presidenta de la graduación.

Ignoré el calor de su mirada ante mi gesto.

—Ella lo intentó, pero no la dejé.

Soltó aire lentamente.

—Entonces eres inexperto —susurró—. Lo siento, te has estado perdiendo de la diversión por mi culpa. O sea… no es como que yo sea la persona más activamente sexual, pero he tenido algunos encuentros a lo largo de los años —hizo una mueca—, aunque eso ya lo sabes. Y ahora me siento un poquito mal porque tú has estado esperándome y yo…

—Shh —murmuré, llevando un dedo a su boca para silenciarla—. No me debes nada, Milena. Querer que tu amor sea recíproco es solo porque eso me permite amarte libremente, pero no significa que estés obligada a devolverlo. El amor es desinteresado.

—Sí, pero…

—No hay *peros* en esta conversación. Es tu cuerpo.

—Algunos encuentros no fueron tan buenos, de todas formas. Aprendí a complacerme.

No pude evitar reír. No me gustaba que mencionara a otros hombres, pero la verdad era que su pasado no tenía ninguna importancia. No debía tenerla. Nada de eso disminuía quién era.

—Supongo que puedes enseñarme —añadí con una media sonrisa —. Soy inexperto en práctica, de todos modos.

Sus ojos se iluminaron. Milena era traviesa.

Y aunque me faltara experiencia, era un lector hábil; había aprendido a estudiarla y memorizar cada cosa que la hacía derrumbarse: cómo le gustaba que le prestaran atención a sus pechos, la forma en que buscaba ciertos besos, esos puntos exactos donde su cuerpo temblaba…

Todo estaba perfectamente clasificado en mi cerebro.

—¿Sabes?

—¿Sí?

—Me gusta mucho esta nueva situación. Me das unas cuantas

ideas.

—¿Serás mala conmigo, *ma chérie*? —pregunté, intrigado.

Ella acercó su rostro al mío con una lentitud provocadora.

—Te arruinaré para todas las demás, Adrien. Haré que, cuando cierres los ojos, lo único que puedas ver sea mi cara… y lo bien que voy a tomarte cuando dejes de huir de mí y decidas dar el paso.

Me pasé la lengua por los labios, intentando ocultar mi nerviosismo.

—Esto pasó muy rápido de *mejores amigos* a *amigos con derecho*, ¿no crees?

Se encogió de hombros, restándole importancia.

—Contigo no me importan las etiquetas.

—Bien —murmuré—, porque a mí no me importa que me arruines, Milena. Al final, siempre has sido tú.

—Eres tan bonito —ronroneó—. Y tienes una lengua tan…

Atrapé su cuello suavemente para que no se alejara y dejé un beso breve sobre su boca antes de elevar la mirada para encontrar sus ojos.

—¿Tan qué? —insistí.

—Tan sucia. ¿Me dirás todo eso que vas a hacerme?

—¿Desesperada?

—Sí —admitió sin vergüenza—. Necesito saber con qué imagen voy a masturbarme esta noche.

Tan atrevida.

—¿Me dejarás ver? —pregunté.

Estábamos tan cerca que sentía su aliento mezclarse con el mío. Ella sonrió, lenta, peligrosa.

—Solo si me follas después.

Me reí suavemente. Aparté un mechón de su rostro y observé el lento batir de sus pestañas.

—Estamos *casi* llegando ahí —susurré—. Pero haré muchas cosas contigo, Milena.

Mis dedos se extendieron por su bonito cuello y apreté con suavidad, disfrutando de cómo sus pupilas se dilataban.

—Empezaré por desnudarte y apreciar cada parte de ti. Memorizaré tus curvas, besaré cada rincón de tu cuerpo y marcaré cada punto que te haga temblar o suspirar. Lo grabaré todo en mi memoria para no olvidar jamás cómo complacerte.

—Oh… eso suena tan dulce que podría arrodillarme ahora mismo.

—¿Sí? —cuestioné, bajando la voz—. Porque después de eso, Milena, no seré tan gentil. Me comeré ese bonito coño tuyo y no pararé hasta que grites mi nombre.

Su respiración se volvió un desastre. Un temblor le recorrió el cuerpo y apretó las piernas sin poder evitarlo. Le dejé otro beso como premio a su reacción.

—Cuando grites y te retuerzas, haré que me supliques. Quiero escuchar la necesidad en tu voz. Luego aprenderé a follarte con mis dedos… ¿Te bastará uno? ¿Dos?

—¿Qué tal si probamos con tres? —jadeó.

Sonreí.

—Sí, pueden ser tres. Y cuando me des tu orgasmo, cuando hagas un desastre en toda mi cara… entonces voy a follarte, Milena. No a ti debajo de mí: encima, como la reina que eres. Quiero verte montarme, ver mi polla desaparecer dentro de ti… y observar tu rostro cuando te derrumbes. Me tomarás con fuerza y me pedirás más, soportando todo lo que tengo para darte. ¿Lo harás, verdad?

Milena jadeó. Sus ojos estaban tan abiertos y sus pupilas tan dilatadas que parecía consumirse desde dentro. Cuando dejé un beso sobre sus labios, gimió suavemente.

—Me has convertido en un desastre —susurró sin voz.

—¿Sí?

—Descúbrelo por ti mismo.

Y cuando levantó su vestido, lo entendí.

La humedad en su tanga era abrumadora.

Capítulo 11

Max, Tini — Lights Down Low

7 de febrero de 2025

MILENA

La vida junto a Adrien siempre había sido sencilla.

Estábamos tan acostumbrados el uno al otro que habíamos desarrollado nuestro propio lenguaje, y hasta en silencio nos entendíamos. Siempre me había gustado la dinámica de nuestra amistad: la facilidad con la que congeniamos desde el primer día. El motivo por el que celebrábamos nuestro aniversario de amistad era porque un catorce de febrero, precisamente, nos habíamos hecho amigos.

Yo lo llamé señal divina.

Me aferré a ese hecho durante años; esa fecha siempre fue especial… porque Adrien hacía que lo fuese.

Mientras corríamos en las cintas del gimnasio, nuestras respiraciones se sincronizaban con el zumbido constante de las máquinas. Había logrado arrastrarlo hasta aquí; Adrien adoraba cuidar su cuerpo, pero no era fan de mis exigencias como modelo. Recordaba, dos viajes atrás, cuando midió con sus dedos el espacio que había ganado en mi pantalón debido al peso perdido. Para él, que pudieran entrar dos de sus dedos en la cintura del pantalón era un suicidio.

Pero los días de trabajo se acercaban y tenía que llevar mi rutina al pie de la letra: dieta, batidos, ejercicios… cosas que él se había ofrecido a preparar a *su manera*.

—¿Recuerdas nuestra última pelea? —pregunté de la nada.

Adrien asintió mientras reducía el ritmo de su caminadora para

beber agua. Me perdí un segundo en aquella acción tan cotidiana y, sin embargo, tan sensual… algunas gotas descendieron de sus labios y recorrieron su torso desnudo.

—Fue hace mucho tiempo.

—Sí… estaba recordando nuestra charla sobre las películas de la infancia.

—Oh, ¿te refieres a nuestra eterna disputa sobre cuál es la mejor película animada de todos los tiempos? —preguntó con una sonrisa que ya anticipaba hacia dónde iba la conversación.

—Exactamente. Aún no puedo creer que prefieras *El Rey León* sobre *La Bella y la Bestia*.

Rodó los ojos y soltó una risita.

—Vamos, Milena. *El Rey León* lo tiene todo: drama, acción, una banda sonora épica…

—Claro —lo interrumpí—, pero *La Bella y la Bestia* tiene una historia de amor profunda y personajes inolvidables. Además, ¿quién puede resistirse a una biblioteca como esa?

Reímos juntos. Podíamos haber repetido esa discusión mil veces y nunca perdería gracia.

—Hablando de eso —continuó—, ¿recuerdas cuando intentamos recrear la escena del baile en tu casa? Me obligaste a ver tres días completos de tutoriales de vals en YouTube.

—De todas formas, terminaste tropezando con la mesa de café y casi derribamos la lámpara.

—No vas a criticarme por eso toda la vida, Milena.

Mi nombre en su boca siempre sonaba cargado de intención. Me hacía suspirar.

—Claro que no —me burlé.

—De cualquier modo, ahora soy mejor. Aprendí —puntualizó, apagando la caminadora.

Yo aumenté el ritmo en la mía.

—¿No quieres que te lo demuestre?

—¿Usarás cualquier excusa para bailar conmigo hoy?

Adrien rio.

—Por supuesto, *ma chérie*. Si no, ¿qué sentido tendría?

Apagué mi máquina y esperé a que redujera la velocidad para bajar. Tomé mi termo rosa y bebí un par de sorbos.

—No pretenderás que baile contigo así, toda sudada… ¿verdad?

Adrien arqueó una ceja.

Suspiré. Sí. Era capaz.

Tomó mi termo, lo dejó en el suelo y volvió para extenderme la mano.

Fruncí las cejas.

—No tienes que demostrarme tus dotes de baile, pequeño francés. No lo dije con esa intención —murmuré, aunque mi mano ya se había posado en la suya, sonriendo sin remedio.

—Lo sé. Pero ¿de qué otra manera te convenzo de que no pisaré tus pies en el primer baile de *nuestra* boda?

Mi respiración titubeó.

Siempre me pasaba cuando él hablaba del futuro sin miedo, con una fe tan absoluta en nosotros… como si estuviera completamente seguro de que nada podría separarnos. Me gustaba su convicción. Me atraía su certeza. Me permitía soñar por las noches, incluso aunque el final del viaje me aterrorizara y me provocara pesadillas.

Sus dedos largos estaban cálidos y húmedos por el ejercicio. Aun así, aprecié el instante, con los labios curvados en una sonrisa genuina mientras enredaba mi cuerpo con el suyo y comenzábamos a balancearnos sin música por el gimnasio.

Una de mis manos reposaba sobre la suya; la otra, él la tenía en mi cintura. Caminamos de un lado a otro por la sala, improvisando pasos torpes, y no dejé de reír ni un solo segundo.

Ligera. Feliz.

Solo éramos él y yo, como dos tontos haciendo estupideces, y nada se sentía mejor que eso.

Al terminar nuestro improvisado vals, Adrien hizo una reverencia.

Me lancé a sus brazos, obligándolo a sostenerme cuando rodeé su cintura con mis piernas y me colgué de su cuello.

Al lado de Adrien yo era la chica más llorona y hormonal del planeta. Una mala combinación, en realidad.

Me tomé el atrevimiento de besarlo. Desde que él me había dado su permiso, era lo que más disfrutaba hacer: tomarlo desprevenido y ver el anhelo encenderse en su mirada. Adrien terminaría por destruirme por completo.

Sus manos apretaron mi trasero.

—Tan preciosa… —susurró sobre mis labios.

—No creo merecer tantas consideraciones, pequeño francés.

Negó despacio mientras nos llevaba fuera del gimnasio.

—Te mereces todos los bailes del mundo, todos los besos y todo el amor que pueda darte, *ma chérie*.

Me dejó sobre la encimera de la cocina y fue a la nevera por mi batido.

Adrien siempre había sido un hombre atento, considerado, protector. Pero *este* Adrien… era una versión *premium* de mejor amigo, y joder, estaba loca si pensaba que no iba a quedarme.

Cuando me entregó el batido frío, lo sostuve antes de que se alejara y tiré de él, obligándolo a ocupar el espacio entre mis piernas.

—Sabes que te amo, ¿verdad?

—Lo sé, amor…

—Yo… quiero quedarme contigo, Adrien. Enséñame cómo.

Su sonrisa me derritió.

—No iremos a ningún lado, Milena. Siempre seremos tú y yo.



Nuestra actividad de ese día era una de las que más me emocionaban: elefantes.

El sol de la tarde acariciaba suavemente nuestra piel mientras Adrien y yo nos adentrábamos en el corazón de Phuket. Tailandia había sido, sin duda, una excelente elección de su parte. Había estado disfrutando muchísimo la ciudad y todo lo que ofrecía, cosas que no había podido hacer antes cuando vine por trabajo.

Y esta experiencia en particular… era inolvidable.

Era el santuario de elefantes de Phuket.

Al llegar, guías locales nos ofrecieron una calurosa bienvenida y nos explicaron la importancia de la conservación de estos majestuosos animales. Nos contaron que el santuario era un refugio para elefantes rescatados de abuso o trabajos forzados, un hogar donde podían vivir en libertad y paz.

Mientras caminábamos por senderos rodeados de vegetación espesa, escuchábamos el crujir de las hojas bajo nuestros pies y el canto distante de aves exóticas. Yo llevaba todo el tiempo pidiéndole fotos a Adrien, y él parecía encantado con su labor.

El sonido de ramas rompiéndose y un suave barrito nos anunció la presencia de los elefantes.

Me giré enseguida, olvidándome por completo de las aves, para enfocarme en lo enormes que eran las criaturas frente a nosotros. Mi corazón latió con fuerza, y Adrien me devolvió una sonrisa igual de grande cuando lo tomé de la mano para acercarnos.

Eran gigantes, sí.

Pero su mirada era de una gentileza indescriptible.

Una de las elefantas —una hembra de ojos profundos y sabios— se detuvo frente a mí. Avanzaba con pasos tranquilos. Con delicadeza extendí mi mano y ella, con su trompa, la rozó suavemente.

Fue una conexión que no sabría explicar con palabras.

Miré a Adrien; no hicieron falta explicaciones. Estábamos sintiendo lo mismo.

—Es preciosa… —murmuré, maravillada.

Los guías nos invitaron a preparar la comida para los elefantes. Nos enseñaron a mezclar frutas, arroz y suplementos en grandes cestas. Cuando nos acercamos a alimentarlos, sentí una mezcla de nervios y euforia. La misma elefanta tomó la comida de mis manos con suavidad; pude sentir su respiración cálida mientras masticaba despacio.

—Deberíamos quedarnos aquí, Adrien —bromeé—. Podemos ser Tarzán y todo eso.

—¿Incluida la parte del taparrabos?

—¡Por supuesto! No sabía que necesitaba ver eso con mis propios ojos hasta que lo mencionaste.

Reímos.

Después de la comida nos dirigimos a una zona donde los elefantes disfrutaban de baños de barro. Adrien y yo, sin dudarlo, nos unimos a ellos, riendo como niños mientras nos salpicábamos mutuamente y cubríamos a los elefantes con barro, ayudándolos a proteger su piel del sol y de los insectos.

La sensación fresca del barro entre los dedos y la risa compartida hicieron que el tiempo pareciera detenerse.

—Hola, amiguito —dije al acercarme a un elefante más pequeño para repetir la tarea, extendiendo la mano hacia él.

De repente, el animal hundió su trompa en el barro y, antes de que pudiera reaccionar, me lanzó una generosa cantidad directamente a la cara.

Justo lo que había intentado evitar todo el día.

La carcajada de Adrien no se hizo esperar.

—Parece que le caes bien.

—Muy gracioso —respondí, tomando un puñado de barro y arrojándoselo.

Más tarde nos dirigimos a un río cercano para ayudar a bañar a los elefantes. El agua cristalina reflejaba los tonos dorados del atardecer. Con cepillos en mano frotábamos suavemente sus enormes cuerpos; ellos, en respuesta, lanzaban chorros de agua desde sus trompas, empapándonos y provocando nuevas carcajadas.

En ese momento, todo era perfecto.

Y, por supuesto, Adrien volvió a invitarme a bailar.

—¿Me concedes este baile? —preguntó con una sonrisa.

Sonreí, sintiendo cómo la calidez se extendía por todo mi pecho, y tomé su mano. Sin música comenzamos a movernos al ritmo de la naturaleza: el murmullo del río, el canto distante de las aves, los barritos ocasionales.

Mientras girábamos lentamente, uno de los elefantes más grandes se acercó y, con evidente travesura, llenó su trompa de agua para rociarnos.

Giré en los brazos de Adrien bajo un ataque de risa.

—Parece que quieren unirse a nuestro baile.

—Entonces bailemos con ellos —respondió, atrayéndome aún más hacia su cuerpo.

Seguimos moviéndonos, esta vez incorporando los juguetones chorros de agua que nos lanzaban los elefantes. Cada vez que nos rociaban girábamos y reíamos, sintiendo una conexión profunda no solo entre nosotros, sino con todo lo que nos rodeaba.

El mundo exterior desapareció.

Solo existíamos nosotros, los elefantes y el río.

Mi mirada en la suya confirmó algo que ya sabía: que en realidad sentía lo mismo que él.

Cuando finalmente nos detuvimos respirábamos hondo, con el agua goteando de nuestras ropas y el corazón inflamado de alegría.

Adrien apoyó su frente contra la mía.

—Tengo algo que confesarte.

—He estado esperando por ello, amor.

Rodeé su cuello con mis brazos.

—Estoy perdida y locamente enamorada de ti, Adrien Moreau.

Capítulo 12

Vibez, Zyan

8 de febrero de 2025

ADRIEN

Había escuchado muchas cosas bonitas en mi vida, cosas que me hicieron feliz… pero nada se comparaba con la declaración que acababa de salir de los labios de Milena.

Ella estaba enamorada de mí, y yo era el hombre más afortunado del mundo al descubrir que mi mejor amiga por diez años correspondía mis sentimientos.

Todo mi cuerpo había temblado ante sus palabras. Mis manos rodeaban su cuerpo después de hacerla bailar en uno de los paisajes más exóticos del mundo. No necesitábamos música, no cuando nuestros corazones latían al mismo ritmo. Había sonreído como un puto crío en Navidad y la había besado hasta que los labios me dolieron, pero ni siquiera eso fue suficiente para expresar toda la felicidad que me desbordaba por dentro.

Era todo lo que había deseado durante años, y ahora era real.

Nuestra aventura del día se extendió hasta bien entrada la noche; terminamos comiendo en un puesto callejero de Phuket. Ya fuera un restaurante de cinco estrellas o comida en la acera, la sonrisa de Milena era exactamente la misma.

Estaba perdida y profundamente enamorado de esa mujer: de su simpleza, de su enorme corazón, de la forma en la que lograba hacerme sentir comprendido, visto y parte de un lugar. Ella era mi hogar. Ese sitio al que corres cuando todo va bien… y cuando todo va mal. Ese sitio donde sabes que siempre te recibirán con los brazos abiertos.

Yo quería demostrarle que era lo mismo para ella, que no existía nada bajo este cielo que no estuviera dispuesto a hacer por su felicidad. Milena no tenía idea de todo lo que era capaz de sacrificar para tenerla.

La volví a besar sin poder contenerme. Era un adicto a su boca, a su olor, a su voz, a la suavidad de su cuerpo.

Quería tatuármela en el alma.

Pasadas las doce emprendimos el regreso. El tráfico era ligero a esa hora. Una de mis manos descansaba en su muslo y la otra en el volante; el ambiente se sentía tan… eléctrico que sabía que era cuestión de tiempo antes de que alguno de los dos saltara sobre el otro.

Aparqué frente a la enorme casa y bordeé el auto para abrir su puerta. Tomé su mano para ayudarla a bajar, incapaz de apartar la mirada de su rostro perfecto y del brillo en sus ojos, ese brillo que me invitaba a cometer unas cuantas indecencias.

Cerré la puerta y la acorralé entre el coche y mi cuerpo, presionándola suavemente. Ella jadeó y sonrió lento, una sonrisa que se transformó en descaro.

Sus manos subieron a mi pecho y suspiré. Me encantaba cómo solía tocarme: sin prisas, como si yo le perteneciera y ella tuviera todo el tiempo del mundo para reclamarme.

Atrapé su rostro con la mano derecha, ladeándolo hacia mí y alzando un poco su mentón. No había mucha diferencia de altura entre nosotros, pero seguía quedando justo debajo de mi nariz, y era hermoso mirarla desde arriba sabiendo que podía enredarme a voluntad.

—Te amo, Milena.

Saboreé su nombre en mis labios.

—¿Sí? —preguntó, arrastrando sus uñas por encima de mi pecho cubierto por la camisa. Sentí mi piel erizarse—. ¿Como mi mejor amigo?

—Sigo siendo tu mejor amigo. Siempre seré tu mejor amigo, el

único —aclaré, llevando la otra mano a su cadera y hundiendo mis dedos en su piel—. Pero te amo como un hombre que está enamorado de ti… y está loco por follarte.

Descendí hasta sus labios y delineé su boca con mi lengua, tragándome el suspiro que soltó antes de besarla buscando desestabilizarla. Sus manos se aferraron a mi camisa, siguiéndome el ritmo con una urgencia deliciosa.

Podría arrodillarme en ese instante frente a ella y pedirle que se casara conmigo mañana mismo.

Me separé de su boca y tomé su mano para llevarla dentro de la casa. Apenas cerré la puerta, la pequeña salvaje me empujó contra la pared con fuerza y saltó sobre mí. La sostuve por instinto al rodear sus muslos mientras me besaba con fiereza.

Me reí ante su ataque, lo que solo provocó que mordiera mi labio inferior con más fuerza.

—Deja de reírte, Adrien, o voy a golpearte.

—Eres una pequeña cosa codiciosa —susurré sobre su boca mientras ella seguía besándome sin darme tregua, obligándome a sostenerla y dejarla saquear mi boca.

—Te juro por lo que más quiero, Adrien, que si no me tocas hoy te amarraré a mi cama y haré lo que quiera contigo.

Volví a reír sobre sus labios. Caminé cargándola y la deposité sobre la mesa limpia, inclinándome para besarla con más fuerza.

—Técnicamente es otro día —murmuré contra su boca—. El reto número ocho es un regalo para ti.

—¿Qué es?

—Yo. Tocándote —respondí—. Voy a comerme ese bonito coño tuyo, Milena.

Milena jadeó sin disimulo.

—¿Entonces por qué no estás desnudándome?

—¿Por qué eres tan preguntona?

—Habla menos y trabaja más, pequeño francés —gruñó sobre mi boca con esa voz de mujer desesperada que me incendiaba.

Reí por lo bajo y llevé mis manos a su cuerpo, incorporándola sobre la mesa para quitarle el corto vestido que llevaba, revelando su piel cremosa y la delicada ropa interior debajo.

—Si me hubieras avisado, me habría puesto una bonita lencería para ti.

—Será para otra ocasión, amor. Igual estoy seguro de que eres una obra de arte desnuda.

Con una mano en su espalda desabroché los ganchos de su sostén, liberando sus grandes y preciosas tetas.

Me encantaban sus tetas.

Me volvían loco.

Arrastré la mirada por su cuerpo y llevé ambas manos a sus senos, sosteniéndolos mientras acariciaba sus pezones con lentitud. Ella gimió suave.

—Eres perfecta, Milena.

—¿Te gustan?

Apreté sus pezones entre los dedos. Su boca se abrió en una perfecta O.

—Me encantan, en realidad.

—¿Quieres follarlas?

—¿Me vas a dejar?

Milena sonrió con un descaro peligroso.

—Llévanos a la habitación —ordenó.

Deslicé mis manos por sus costillas, subiendo la mirada a su rostro con una sonrisa ladeada.

—Todavía no. No he terminado de mirarte.

Hice una pausa, recorriéndola con los ojos como si quisiera

memorizar cada curva.

—Me gusta mucho mirarte.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo mientras pasaba mis manos por su estómago plano, la curva de sus caderas y, finalmente, sus piernas. Ella abrió las piernas sin que tuviera que pedírselo. La tanga rosada estaba empapada; mi erección se tensó aún más, si acaso era posible.

Agarré la tela con ambas manos.

—Levántate un poquito.

Ella obedeció y deslicé la prenda por sus piernas. La visión de su sexo húmedo terminó de enloquecerme. Sus pupilas dilatadas, su respiración entrecortada… todo en ella me suplicaba.

Llevé mis dedos a sus labios inferiores, recorriéndolos con lentitud. Su pecho se expandió en un jadeo violento. Era tan reactiva… deliciosa.

—Espera aquí. Regreso en un momento.

—¿A dónde vas? —preguntó, casi molesta, una de sus manos aferrándose a mi hombro y hundiéndome las uñas—. No juegues conmigo, Adrien Moreau.

—A buscar algo para agregarle a mi postre. No seas tan violenta, amor —me burlé mientras retiraba su mano—. Vuelvo enseguida.

Milena rodó los ojos.

Reí mientras me alejaba hacia la cocina y tomaba el envase de mermelada de fresa que usaba para varios postres. Estaba bien fría. Perfecto.

Cuando regresé a la sala, la encontré exactamente en la misma posición en la que la había dejado: desnuda, expectante, absolutamente hermosa.

Puse una mano en su cadera y la alcé para que enredara las piernas alrededor de mi cintura, cargando su peso sin dificultad.

—Vamos a tu habitación.

—Ahora sí estamos hablando, pequeño francés —murmuró con una sonrisa satisfecha.

Negué divertido mientras subía las escaleras. Milena se restregó contra mí, haciendo que llegar a su habitación se volviera una tarea endemoniadamente difícil. Podía sentir la humedad de su entrepierna contra mi abdomen tenso.

Apreté la mandíbula.

—Estás haciendo un desastre sobre mí, *ma chérie*.

—No me importa.

—¿No?

—Uhm-uhm. Luego lo haré sobre tu cara —susurró en mi cuello.

—Me gusta eso.

Abrí la puerta de su habitación y caminé hasta la cama, depositándola sobre las sábanas mullidas.

Milena era preciosa; no me cansaba de repetirlo. Mirarla era un puto privilegio, y desnuda era una diosa.

Llevé un dedo a su cuello y lo arrastré lentamente por todo su cuerpo, observando cómo su piel se encendía ante mi simple toque. Su blancura suave, salpicada de pecas, parecía sacada de un sueño.

Me alineé con su cuerpo y apoyé un brazo junto a su rostro para no aplastarla, inclinándome para besarla otra vez, incapaz de cansarme de algo que debería ser considerado un lujo.

—Tienes mucha ropa.

—Porque ahora mismo no se trata de mí, sino de ti —susurré.

Dejé besos sobre su cuello mientras descendía hacia el lugar de mi perdición.

Atrapé uno de sus pezones entre mis labios, feliz de escuchar sus gemidos. Solté el capullo con un ruido obsceno y alcé la mirada hacia ella.

—Quiero que me permitas concentrarme. Tengo una tarea aquí,

ma chérie. Con que gimas, me doy por satisfecho.

Fue incapaz de responder cuando volví a atraparla entre mis labios.

La dejé sin aire y, en un gesto deliberado de burla, me incorporé para tomar la mermelada de fresa. Dibujé sobre su piel un camino de líneas y gotas gruesas que descendieron por sus pezones, su estómago… hasta su sexo.

Deslicé mis labios desde su cuello hacia abajo, besando, mordiendo y explorando cada centímetro, deseoso de conocer cada rincón y marcarla como mía. Sus dedos se enterraron en mi cabello, y varias veces sentí sus uñas contra mi cuero cabelludo mientras se retorcía debajo de mí por la atención que recibía.

Cuando llegué a sus pechos, perdí la cabeza.

El sabor dulce mezclado con el suyo propio me nubló los sentidos, y nada me pareció suficiente. Los besé como un hombre hambriento, usando mis manos para juntarlos mientras deslizaba la lengua de uno a otro.

—Adrien…

—¿Sí, amor?

—Sigue haciendo eso… podría venirme —jadeó.

Sonreí contra su piel y continué chupando, besando y acariciándola con las manos, dejándola pegajosa y mía.

Jodidamente *mía*.

Cuando se liberó y su cuerpo tembló por completo, sonreí contra su piel. Descendí por su vientre hasta el inicio de su entrepierna y alcé la vista para encontrarme con sus ojos abiertos, brillantes de deseo.

—Parece que tendré que limpiar el desastre que hiciste, amor —murmuré.

Separé sus piernas con las manos y contemplé su humedad brillante.

—¿Quieres indicarme qué debo hacer?

No esperé instrucciones.

Llevé la lengua plana a su sexo, hundiéndola entre sus pliegues y cerrando mis labios alrededor de su clítoris para chuparlo con fuerza. Sus manos volaron a mi cabello, empujándome contra ella.

—Sí… justo así. Más fuerte —sollozó.

Rodé la lengua en círculos sobre su punto más sensible y continué devorándola, alternando succión, besos y pequeños mordiscos que la hacían arquearse. Se restregó en mi cara sin vergüenza, las uñas hundidas en mi cuero cabelludo.

Se movía sin control.

Sus gritos me mantenían en vilo.

—¡Adrien! —gimió.

Me separé solo un segundo, abriéndola con los dedos.

—Sí, amor. Soy *solo yo* —murmuré.

Colé mi primer dedo; su calor me envolvió. Sentí el cuerpo prenderse en fiebre. Me encantaba que Milena no fuera tímida: era puro descaro en ese cuerpo pequeño, y eso me enloquecía.

La imagen de mi dedo dentro de ella, lo húmeda que estaba, cómo empapaba mi boca mientras continuaba chupando su clítoris… era suficiente para perder la razón.

Añadí dos dedos más de golpe.

Su grito me atravesó.

—Estoy tan cerca… Estoy un poco celosa. ¿Dónde aprendiste a hacer eso, Adrien? —preguntó, indignada y temblando.

Reí contra su piel.

Cuando se vino sobre mi boca, bebí todo lo que me ofreció.

Luego me deslicé sobre su cuerpo y pasé las manos por sus músculos hasta llegar a su rostro. Sus ojos brillaban de lujuria, y sus

pestañas estaban húmedas.

Era un desastre.

Mi desastre.

—Tan bonita… —susurré, besando sus párpados.

—Ropa fuera —ordenó, yendo directo a mi cinturón.

Negué, divertido, pero le permití deshacer el botón. Ambos nos incorporamos: yo fuera de la cama, ella sentada en el borde. Bajó mis pantalones y luego deshizo los botones de mi camisa. Cuando finalmente deslicé el bóxer y liberé mi erección, sus ojos se abrieron un poco más, las pupilas devorándome.

Milena me envolvió con su mano, curiosa.

Siseé cuando pasó el pulgar por la punta.

Era la primera vez para mí. La primera vez que una mujer lo sostenía entre sus manos. Pero que fuese Milena convertía ese instante en algo jodidamente perfecto.

—Me gusta lo que veo… mucho —susurró.

Alzó la mirada lentamente hacia mí, y su sonrisa descarada me dejó sin aire. Volvió a pasar el pulgar sobre el pequeño aro metálico.

—¿Por qué te hiciste este *piercing*, Adrien?

—Para ti. Escuché que se siente bien… muy bien.

Milena se relamió los labios.

—¿Cuántos años tienes imaginándome en tu cama, pequeño francés?

—Siete años —gruñí.

—Creo que te mereces un premio. Qué chico tan bueno…

Su voz caprichosa estaba por matarme. Su agarre alrededor de mi erección se apretó y lubricó su mano con mi propio líquido antes de empezar a subir y bajar lentamente. Mi respiración se volvió un desastre; mis manos se cerraron en puños mientras intentaba no

venirme demasiado rápido.

Estaba literalmente al borde.

Y ella… ella era demasiado para mí.

Entonces se dejó caer de espaldas sobre la cama, soltándome, y extendió la mano para que me subiera encima de ella.

—Ven. Súbete sobre mí. Fóllame las tetas. Sé cuánto te gustan.

Dudé un segundo… pero no había fuerza en el mundo capaz de resistirse a esa imagen: su cabello desordenado, los labios rojos, el rubor cálido sobre su piel desnuda y la forma en que juntó sus pechos con ambas manos, ofreciéndomelos.

La mirada que me dio terminó de drenarme por completo.

Me coloqué sobre su cuerpo y, tras darle un suave tirón a mi polla para prepararme, la dejé caer entre sus pechos, brillosa. Apoyé las manos en la cama como palanca y empecé a deslizarme entre sus senos, apretando los labios para no gemir como un condenado.

Ver mi pene desaparecer y volver a asomar por el valle de sus tetas… ver la forma obscena en que abrió la boca intentando rozarme con la lengua…

Joder.

—Deja de mirarme así, Milena, o me vendré en un segundo.

—Encuentra el ritmo que te haga sentir bien. No me importa.

Empujé y retiré mis caderas, subiendo el ritmo sin poder contenerme. Estaba enloquecido con el hueco perfecto que me brindaba su cuerpo, con la imagen de ella bajo mí, feliz de estar a mi merced. Había tanta adoración en sus ojos que dolía.

Era la cosa más bella del mundo.

Y joder… me negaba a vivir una vida donde esta mujer no fuese mi mujer, como dictaba la ley.

Jadeé con violencia cuando su lengua presionó mi punta. Me sentí a un segundo de desmoronarme y quise retirarme.

—¿A dónde vas? Lo quiero sobre mí —gruñó.

—Un día vas a matarme, Milena —murmuré, ronco.

Un empuje más y me corrí sobre su pecho, pintando su piel con líneas blancas que no parecieron incomodarla en lo más mínimo. Me sostenía con las manos temblorosas, intentando no desplomarme encima de ella.

Con un dedo tomó parte del desastre y lo llevó a su boca.

Sonrió abiertamente.

—Siempre fuiste el amor de mi vida, ¿verdad?

—No había nadie más para ti —respondí, tendiéndole la mano—. Vamos, necesitas un baño, *ma chérie*.

Cuando la ayudé a incorporarse y quedó pegada a mi pecho, me rodeó con los brazos y se puso de puntillas para besarme.

—Eres muy bonito. Te amo.

—No sé si me gusta que me digas *bonito*.

Rio.

—Oh, pero sí lo eres. Eres un romántico sucio y precioso. Me encanta esa combinación. Fuiste hecho para mí.

—¿Sí? —cuestioné, atrapando su mentón.

Asintió.

Tomé su mano para guiarnos al baño, pero a los dos pasos se detuvo. Me giró hacia ella con los ojos completamente abiertos, muchísimo más que cuando follaba mis tetas.

Respiré hondo, sonriendo.

—¿Qué es eso, Adrien?

Señaló mi lumbar, justo a la izquierda de mi cadera.

—¿Esto? —toqué el lugar—. Ah. Es un tatuaje.

—¿Un tatuaje? ¿Un *piercing*? ¿Desde cuándo te convertiste en un

vándalo? ¡Tú dijiste que no te gustaban los tatuajes! ¡Que eran marcas permanentes sobre la piel y que todo lo demás era pasajero!

La tomé del cuello con suavidad, obligándola a mirarme.

—Sé lo que dije. ¿Quieres verlo?

Asintió de inmediato.

Me giré un poco para que pudiera verlo completo.

Eran las iniciales de su nombre y la fecha exacta en que la conocí: 14.2.2015. A su lado, un pequeño ramo de flores y una frase en cursiva:

Mi Valentín.

Estúpido, quizá.

Pero nada que tuviera que ver con ella lo era.

Un jadeo escapó de sus labios.

—Adrien… —estaba conmocionada—. Esto es permanente.

—Lo sé. Por eso me lo hice.

—¿Por qué? —preguntó con los ojos brillosos. ¿Iba a llorar?

Sonreí.

—Porque decidí que serías mi primera… y mi última. Si eso no te hace permanente, no sé qué lo hace, amor.

Capítulo 13

Ariana Grande, We can't be friends

9 de febrero de 2025

MILENA

El sonido del secador llenaba el baño mientras nuestros ojos se encontraban a través del espejo. La armonía entre nosotros era una de las cosas más preciosas que tenía en la vida.

Coincidir con alguien no siempre era fácil, y en la simplicidad de momentos como este me daba cuenta de que Adrien y yo éramos mucho juntos, como piezas de un rompecabezas destinadas a encajar. Era hermoso. La paz en el corazón no tenía precio.

Adrien, detrás de mí, tenía en los labios una sonrisa suave. Sostenía el secador con una mano mientras, con la otra, pasaba sus dedos con delicadeza entre mis mechones húmedos. Después de toda una tarde en la piscina había mencionado que necesitaba secarme el pelo y, como siempre, ahí estaba él, ayudándome, creando una atmósfera íntima y cálida.

La luz tenue del atardecer se filtraba por la ventana, bañando la habitación en tonos dorados que acentuaban la serenidad del momento. Observándolo a través del espejo me embargaba una mezcla de asombro y ternura. Tras una década de amistad, nuestras recientes confesiones habían transformado nuestra relación en algo más profundo, más significativo, y después de lo que habíamos compartido la noche anterior sentía que todo había cambiado para siempre.

Era como si una nueva dimensión se hubiese abierto entre nosotros, una que siempre había estado latente, pero que ahora florecía con fuerza.

Cada gesto suyo —desde la manera en que apartaba suavemente

un mechón de mi rostro hasta la concentración en sus ojos mientras manejaba el secador— hablaba de una intimidad construida a lo largo de los años. Me recordaba nuestras innumerables conversaciones, las risas compartidas, los silencios cómodos que solo existen entre almas verdaderamente conectadas.

—¿Está bien así? —preguntó, su voz vibrando con esa familiaridad que siempre me reconfortaba.

—Sí, gracias —respondí, sintiendo una calidez que no provenía solo del secador.

Le pasé el frasco del aceite que usaba para el cabello y suspiré cuando sus dedos descendieron hasta mi cuero cabelludo, masajeándolo con suavidad. Mis pensamientos vagaron hacia todos nuestros recuerdos: noches estudiando juntos, aventuras espontáneas por la ciudad... cada uno impregnado de una complicidad que ahora reconocía como amor.

La revelación de nuestros sentimientos había añadido una nueva capa a nuestra conexión. Sentía emoción, vulnerabilidad... y también un leve vértigo. Éramos nosotros, siempre habíamos sido nosotros, pero ahora todo brillaba distinto. La familiaridad de nuestra amistad nos sostenía, y lo nuevo del amor me hacía sentir viva.

No sabía si merecía tanto.

A veces me aterraba.

Sus dedos descendieron por mi cabello ya seco y suave. Nuestros ojos se encontraron de nuevo en el espejo, y en ese intercambio silencioso sentí un futuro posible, lleno de puertas abiertas. Pero también sabía que no sería tan sencillo.

Me giré entre sus brazos y me alcé para besar su mejilla en agradecimiento. Su mano descansó sobre mis hombros, sellando el instante con una naturalidad que solo diez años de confianza podían ofrecer.

Adrien tenía mi nombre tatuado en su lumbar, junto con la fecha en la que nos conocimos... y creía que era el amor de su vida.

No sabía cómo manejar tanto, pero estaba disfrutando el

momento. Saboreándolo todo. Nunca me había sentido tan viva, tan feliz... tan plena.

Sus manos ascendieron desde mis hombros hasta rodear mi cuello y llegar a mis mejillas, sosteniéndome frente a él. Una sonrisa lenta se dibujó en mis labios al verlo; se había quedado serio, como intentando descifrar algo. Sus pupilas brillaban con la misma intensidad que las mías.

Suspiré.

El calor de sus manos, la ternura en su mirada... aquel era un momento tan cálido que me hacía querer más. No más de él de forma sexual, sino más de nosotros: abrazarlo, permanecer pegada a su pecho, dejar que su amor me envolviera.

Nos quedamos lo que pareció una eternidad mirándonos, sonriendo como dos tontos.

Amaba a este hombre. Muchísimo.

Y él me amaba a mí.

Había muchas formas de saberlo, pero una de ellas era indudable: Adrien siempre cocinaba para mí. Yo lo llamaba su lenguaje de amor. Por eso reí un poquito al leer su nota esa mañana; sabía que, por encima de todos los galardones del mundo, a él lo hacía feliz que a mí me gustara lo que fuera que él preparara.

—Luces como un tonto enamorado —susurré, burlándome.

—Entonces somos dos tontos, *ma chérie*.

Lo éramos.

Este hombre me tenía soñando despierta con un futuro a su lado, algo que nunca antes me había sucedido; deseando todas esas cosas que había relegado a lo más profundo de mi mente, porque me había convencido de que mi carrera era lo más importante y de que nadie podría comprenderme o complementarme.

Mentiras.

Esa persona siempre había existido, y había estado frente a mí desde hacía mucho tiempo.

—¿Te ves teniendo hijos? —pregunté de pronto.

—Sí. Me veo siendo padre. Me veo con tres preciosas niñas que se parezcan a ti, en realidad.

—Oh, quieres ser papi de niñas. Me gusta eso —sonreí.

—¿Y tú? ¿Quieres tener hijos?

—No estoy segura… o bueno, no lo estaba. Me gustan los niños, pero requieren responsabilidad y mi vida ahora mismo es caótica. Pero quiero todo lo que el mundo tenga para ofrecer, porque es contigo, Adrien —aseguré.

—Te lo daré todo, Milena.

El suave beso que dejó sobre mis labios fue la confirmación. Me tomó de la mano y, ya secos, pasamos la tarde armando el gran rompecabezas que había traído antes de volver a la cocina, yo convertida otra vez en su ayudante. En este viaje parecía que lo exterior no nos importaba demasiado; buscábamos los momentos íntimos entre nosotros, ese refugio que siempre había sido capaz de contener todo lo que sentíamos.

Esos instantes eran mis favoritos: solo él y yo, siendo nosotros, como siempre.

Sin juicios.

Sin interrupciones.

Sin máscaras.

Mágico. Tan mágico como se sentía estar en la cocina con él. No importaba cuántas veces cruzara esa puerta; siempre me recibía con su calidez, su aroma a vainilla y canela, y la promesa de algo delicioso en el horno. Daba igual dónde estuviéramos en el mundo: Adrien siempre lograba hacerme sentir en casa.

Y nunca hablábamos de espacios físicos.

—No soy la mejor ayudante si quieres hacer un postre perfecto —murmuré mientras él me ataba el delantal por detrás.

—No se trata de hacerlo perfecto. Se trata de hacerlo juntos —

respondió en un murmullo tranquilo.

Suspiré cuando salió de detrás de mí. Me gustaba demasiado verlo así: descalzo, con la camisa remangada hasta los codos y el cabello castaño despeinado.

Más aún cuando tenía harina salpicando sus mejillas.

—¿Qué haremos? —pregunté, arremangándome también, lista para lo que viniera.

—Tarta de fresas con crema —sus ojos brillaron mientras colocaba los ingredientes ordenados sobre la mesa—. Pero distinta. Ya verás.

—Te encanta burlarte de los clásicos.

—Cualquier cosa que haga me queda mejor —replicó, guiñándome un ojo.

Su necesidad de reinventar todas las recetas que sabía que me gustaban era real. Una pequeña competencia personal. Negué divertida mientras observaba cada uno de sus movimientos, esperando instrucciones para empezar.

Comenzamos con la masa. Adrien me mostró cómo tamizar la harina con movimientos pacientes, su mano guiando la mía en la técnica correcta. No debería haber sido tan significativo… pero lo fue. Cada vez que su piel rozaba la mía era como si mi pulso aprendiera un ritmo nuevo.

—Muy bien —susurró junto a mi oído cuando terminé de verter la harina en el bol—. Ahora mezclamos con mantequilla y azúcar —añadió, apartándose lo justo para alcanzar un recipiente de cristal.

Adrien actuaba como si separarse de mí le doliera, y yo empezaba a sentir la misma necesidad.

Lo observé verter los ingredientes con precisión. Era tan natural en él que resultaba hipnótico. Me pregunté cuántas veces habría hecho esa receta intentando mejorarla, si la había aprendido solo o si alguien se la había enseñado.

—Siempre odiaste la repostería —susurré—. Me juzgabas por comer tantas cosas dulces. ¿Por qué ahora te resulta tan fácil?

Guardó silencio un momento mientras amasaba la mezcla con las manos.

—Cuando nos separamos para ir a universidades distintas, encontré compañía en los postres. Me recordaban a ti. Era la forma en la que combatía extrañarte. Siempre te sentiste como mi casa, amor.

No me sorprendió del todo, pero sí me desarmó. Adrien tenía esa extraña capacidad de convertir lo simple en algo cálido e íntimo.

—También me siento en casa cuando cocinas para mí —confesé.

—Entonces somos el equipo perfecto.

Mi pecho se apretó con una emoción inexplicable. Antes de que pudiera decir algo más, tomó un poco de harina de la encimera y la pasó por la punta de mi nariz.

—¡Adrien! —exclamé, llevándome una mano a la cara y fingiendo indignación.

Rio con satisfacción… hasta que tomé un poco de harina y le manché la mejilla en venganza.

—No seas vengativa —susurró—. Sabes que juego mejor.

—Ni en tus sueños.

No tuve tiempo de moverme antes de que atrapara mis muñecas con facilidad, acercándome a su cuerpo en el proceso. De pronto ya no estábamos jugando. Su mirada descendió de mis ojos a mis labios y el aire pareció espesarse.

Podía sentir su respiración rozando mi piel, la calidez de sus manos sosteniendo las mías.

—¿Alguna vez dejarás de deslumbrarme, Milena?

Yo me hacía la misma pregunta. Siempre me encontraba igual de afectada por su presencia, como si no llevara una década conociéndolo.

Jadeé apenas.

—Estás lleno de harina —señalé.

—Tú también.

No supe quién se inclinó primero, si él o yo, pero cuando sus labios tocaron los míos ya no importó. No fue un beso desesperado ni apresurado; fue lento, dulce, como si quisiera saborear el momento tanto como el postre que preparábamos.

Cuando nos separamos, sonrió contra mi boca.

—Definitivamente, cocinar contigo es mi nueva actividad favorita. ¿Cómo se supone que vuelva a la realidad ahora?

Reí, sintiéndome ligera. Feliz.

—Podrías contratarme como ayudante. No parezco ser tan mala después de todo.

—¿Dejarás tu trabajo como modelo para seguirme por el mundo? No me importaría darte todo mi dinero.

Era solo un comentario chistoso, pero sabía que él era capaz de eso… y más.

—Lo pensaré.

Volvimos a nuestro trabajo.

La noche terminó convertida en un maratón de películas, rodeados de postres y snacks, viendo comedias románticas mientras Adrien se burlaba de cada escena cursi. Entre risas que nos dolieron en la barriga y bromas que se alargaron hasta tarde, comimos más de lo necesario. Y, por alguna extraña razón, acabé sobre su cuerpo, con una de sus manos acariciándome la espalda, y así… me quedé dormida sin darme cuenta.

En algún punto de la madrugada supe que estaba en mi habitación, con su brazo rodeando mi cintura. Comprendí, medio adormilada, que nuestro amor sería fácil. Sencillo. Que podríamos superar lo que fuera. Que quizá las voces que me susurraban miedo habían estado equivocadas.

Pero al final… quizá lo pensé demasiado rápido.

Capítulo 14

Die on This Hill — Sienna Spiro

9 de febrero de 2025

ADRIEN

Había algo profundamente adictivo en dormir con Milena.

Lo descubrí la primera noche y desde entonces se volvió imposible ignorarlo. Su cuerpo siempre terminaba encontrando el mío en mitad de la noche, como si me buscara incluso dormida. A veces era una mano sobre mi pecho; otras, su pierna enredándose con la mía. Aquella madrugada fue su espalda pegándose a mi torso mientras se removía suavemente entre las sábanas hasta acomodarse mejor.

Sonreí en la oscuridad.

Milena se acurrucó contra mi pecho con un pequeño suspiro satisfecho y yo respondí instintivamente rodeándola con el brazo, apretándola contra mí.

—¿Estás despierto? —murmuró con voz espesa de sueño.

Reí por lo bajo.

—No —respondí—. Y tú tampoco deberías.

Se revolvió un poco más hasta girarse entre mis brazos. La luz de la calle entraba por la ventana en franjas suaves, lo suficiente para distinguirnos en la penumbra. Sus ojos medio abiertos me miraron durante un momento silencioso.

La observé sin prisa.

Su rostro era ridículamente bonito incluso así, despeinado y somnoliento. Mi mirada descendió sin querer hasta la curva de sus pechos bajo la sábana y no pude evitar sonreír antes de inclinarme para dejar un beso en su clavícula.

Luego otro en su cuello.

Milena suspiró.

—Si vuelves a dormir —murmuré cerca de su piel— mañana te despertaré con una sorpresa.

Ella ronroneó como un gato satisfecho y trató de alargar las manos hacia mí. Las atrapé antes de que lo lograra y las mantuve prisioneras contra el colchón.

Chasqueé la lengua.

—A dormir.

—Si no me despiertas mañana comiéndome el coño vamos a tener un problema, Moreau —masculló medio dormida.

Solté una risa.

—También podría despertarte poniéndote un anillo en el dedo…

Milena suspiró mientras se daba la vuelta otra vez. Aparté el cabello que le cubría el cuello y besé la curva de su piel mientras acomodaba la cabeza sobre mi bíceps.

—Eso significa despertarme con orgasmos cada mañana de mi vida —murmuró—, así que tampoco suena tan mal.

—Ya te pertenecen —susurré—. Duérmete. Estás hablando sucio y me estás poniendo duro.

Soltó una risa juguetona y, antes de que pudiera detenerla, encajó sus nalgas contra mi creciente erección.

Gemí y la sujeté de las caderas con fuerza.

—Perversa…

—Buenas noches, pequeño francés.

—Pequeños mis—

Cerré los ojos, exhalando.

El olor de su cabello llenó mis pulmones, dulce y cálido, y la abracé con más fuerza mientras su respiración comenzaba a volverse lenta y

profunda.

Milena se quedó dormida en mis brazos. Solo entonces, con su peso tranquilo contra mi pecho, logré volver a conciliar el sueño.

En mis sueños cumplía su petición. La tenía frente a mí, riendo con esos ojos grises brillando como siempre, y todo estaba preparado exactamente como sabía que le gustaría: luces, flores, música suave. Me veía arrodillado frente a ella, sosteniendo su mano mientras deslizaba el anillo por su dedo después de una propuesta a su altura. Milena se reía, sorprendida, hermosa…

Y justo cuando iba a besarla, el teléfono vibró con insistencia sobre la mesita.

Gruñí, medio dormido, y lo apagué de un manotazo. Hundí la cara otra vez en la almohada, dispuesto a seguir durmiendo, pero el teléfono volvió a sonar apenas unos segundos después. Fruncí el ceño. Solo entonces entendí que no era la alarma.

Contesté con la voz pastosa, en un susurro, mientras intentaba zafarme con cuidado del abrazo de Milena para no despertarla.

—¿Sí…?

—¡Por fin! ¿Qué demonios estabas haciendo?

Entrecerré los ojos.

—Dormir.

—Precioso. Todo viniéndose abajo en este puto punto del planeta y tú durmiendo a pierna suelta.

Solté un gruñido irritado, me levanté con cuidado de la cama y bajé las escaleras en silencio hasta la cocina. Abrí el grifo y me lavé la cara con agua fría, esperando que eso espantara el sueño que todavía me pesaba en la cabeza. Luego me apoyé contra la encimera con el teléfono en la oreja, todavía desorientado.

—No es mi jodida culpa que no tuvieras en cuenta la diferencia horaria —murmuré—. En Tailandia no son ni las seis de la mañana.

Mis reproches se quedaron a mitad de camino cuando las palabras de mi agente empezaron a abrirse paso en mi cabeza. Durante unos

segundos mi cerebro tardó en procesarlas, como si estuviera intentando despertar de golpe.

—Espera… —fruncí el ceño—. ¿Qué? ¿Cómo que todo…?

La respuesta llegó como una explosión.

—¡El imbécil de tu mano derecha se equivocó en los menús! ¡Para colmo solo enviaron la mitad de las invitaciones y de esa mitad apenas una cuarta parte ha confirmado, pero en el sistema aparece que todos tienen reserva! ¡El servicio está hecho un desastre y cuatro personas acaban de dimitir porque no pueden con la jodida presión!

Mi respiración empezó a acelerarse sin que pudiera evitarlo.

—Está bien —murmuré, intentando ordenar mis pensamientos—. Lo arreglaré. Desde que llegue hasta ese día hay dos semanas; podemos reorganizar el servicio, revisar las reservas, llamar a—

—Te he reservado un vuelo a las nueve de la mañana.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Mueve tu culo y vuelve aquí.

La somnolencia desapareció de golpe.

—¡No! Trabajo trescientos cincuenta putos días al año. Solo me tomo estos quince días de vacaciones.

La voz de mi agente bajó de tono, pero se volvió mucho más peligrosa.

—¿Tiene pinta de que me importa esa mierda?

Apreté la mandíbula.

—Escúchame bien, Moreau. Tu nombre es el que está en juego. O te subes a ese puto avión o ve preparando un bonito funeral para tu carrera. El presidente de la república es de los pocos que han confirmado su asistencia. Allá tú si quieres quedarte a las puertas del éxito.

La línea se cortó.

Me quedé quieto con el teléfono todavía pegado a la oreja. El silencio de la casa cayó de golpe, pesado, mientras el pulso martilleaba en mis sienes.

Apoyé la espalda contra la encimera, pero las piernas ya no me sostenían. Me dejé resbalar lentamente hasta quedar sentado en el suelo frío de la cocina, con la cabeza apoyada contra el mueble y el corazón latiendo demasiado rápido.

Cuando por fin logré ordenar un poco mis ideas entendí que, en realidad, solo tenía dos opciones.

La primera era volver arriba, despertar a Milena y contarle todo lo que acababa de ocurrir. Explicarle el desastre del restaurante, el vuelo, la presión que se estaba formando alrededor del lanzamiento del menú. Podíamos pensarlo juntos y buscar una solución entre los dos.

La segunda era hacer la maleta, subirme a ese avión y arreglar el problema yo solo.

Cerré los ojos.

Desde el principio había tenido claro algo: quería que las cosas con Milena fueran fáciles. Después de tantos años de amistad y de lo que acabábamos de descubrir entre nosotros, lo único que deseaba era darle felicidad.

Su trabajo ya era lo bastante exigente. Vivía sometida a presión constante, viajes y expectativas imposibles. Lo sabía mejor que nadie después de una década viéndolo desde cerca. Si nosotros íbamos a funcionar, mi vida no podía convertirse en otra carga más para ella.

Por eso supe, incluso antes de levantarme del suelo, qué decisión iba a tomar.

Me puse en pie y subí las escaleras en silencio, entrando en mi baño para no despertarla. Abrí el agua y me metí bajo una ducha fría que terminó de despejar mi cabeza.

Cuando salí me vestí rápido y preparé la maleta, pero dejé la mitad de mis cosas en el armario a propósito. No quería que, al despertar, pensara que me había marchado de verdad. No era una despedida,

solo un paréntesis obligado.

Unos días.

Nada más.

No íbamos a suspender el viaje ni a romper lo que estábamos viviendo. Esto era solo una pausa mientras yo arreglaba el desastre que me esperaba al otro lado del mundo.

Después volvería.

Mi trabajo ya me había quitado demasiadas cosas bonitas en la vida.

No iba a permitir que también me quitara a Milena.

Entré en la habitación en silencio.

La penumbra todavía dominaba el cuarto; solo la luz pálida de la calle se filtraba por la ventana. Durante un segundo me quedé mirándola dormir, intentando reunir el valor que no terminaba de encontrar.

Luego me acerqué a la cama y la moví con suavidad por el hombro.

—*Ma chérie…*

Parpadeó varias veces, todavía atrapada en el sueño, y se giró hacia mí con una sonrisa automática que me golpeó directo en el pecho. Extendió los brazos hacia mi cuello para atraerme con ella, como hacía siempre.

La rigidez en mis músculos no lo permitió.

Quería llorar.

Milena se quedó quieta un segundo, confundida, y entonces miró a su alrededor.

—Adrien… ¿qué pasa?

Se restregó los ojos y se incorporó un poco. Su mirada descendió hacia mi ropa y se abrió al darse cuenta de que estaba completamente vestido. Luego volvió a mí lentamente.

Mi expresión debía de haberme delatado. Normalmente era fácil para mí sonreírle, bromear, acercarme a ella como si todo en el mundo fuera ligero; pero ahora mis labios formaban una línea tensa.

—Milena…

Negó antes de que pudiera continuar.

—Adrien, no…

Reuní el valor para mirarla a los ojos.

—Lo siento, *ma chérie*… tengo que irme antes.

Sus ojos se cristalizaron de inmediato. Algo en mi pecho se apretó con fuerza y tuve que apartar la mirada.

—Hay un problema con el evento de la presentación del nuevo menú —me pasé una mano por el cabello, frustrado—. Es un completo caos. No puedo quedarme aquí sin hacer nada.

Milena me miró sin parpadear.

—¿Cuándo?

Tragué saliva.

—Ahora.

Dio un respingo y soltó la sábana.

—¿Ya? Bien… —buscó a tientas su teléfono—. Dame una hora. Voy contigo…

Cerré los ojos un segundo y tomé sus manos entre las mías.

—Mi vuelo sale en cuarenta minutos.

Se quedó inmóvil.

—Vas a dejarme aquí… —su voz tembló—. Pudiste… pudiste despertarme antes. Pudiste pensar en mí.

—*Ma chérie*, no quería arruinarte el viaje ni preocuparte con—

—¡A mí qué me importa este viaje si no estás tú, Adrien! —su grito salió roto por el llanto—. Debiste pensar en mí. Debiste preguntarme.

¡No dejarme aquí!

Fue en ese momento cuando comprendí de golpe la magnitud de mi error.

Había creído que la estaba protegiendo. Pensé que resolver el problema solo era la forma más sencilla de mantener su mundo intacto, de evitarle otra preocupación más. Pero mientras la miraba llorar frente a mí entendí que, en lugar de cuidarla, la había dejado fuera de la decisión. Había decidido por los dos.

Y ya era tarde.

Sus lágrimas cambiaron de dolor a algo más duro, más frío. Me empujó con fuerza.

—Lo siento, amor…

—¡No me llames amor! —me señaló con una mano temblorosa, llevándosela luego al pecho como si le faltara el aire—. ¡Mira lo que me hiciste! A la mínima adversidad me dejas de lado. No quiero este estúpido amor si vas a dejarme cada vez que tu trabajo lo requiera. ¡No debiste hacer que te amara si no pensabas estar conmigo en cada puta montaña!

La miré sin entender.

Intenté tomar sus manos otra vez, pero me empujó de nuevo y terminé retrocediendo hasta el borde de la cama mientras ella se envolvía en las sábanas como si fueran una armadura.

—De verdad lo siento.

—No te creo, Adrien.

—Milena…

—Que tengas buen vuelo, chef Moreau.

Se acurrucó dentro de las sábanas mientras un sollozo le sacudía el cuerpo. Me acerqué intentando apartar la tela para verla, pero ella se aferró con más fuerza.

—¡Déjame en paz! ¡Vete de una jodida vez!

Me quedé allí unos segundos más, incapaz de moverme.

—Júrame que esto no cambia nada —murmuré—. Te amo, Milena. Regresaré. Terminaremos este viaje.

No respondió.

Solo escuché su respiración quebrada al otro lado de las sábanas, como si la distancia entre nosotros hubiera crecido de golpe más de lo que cualquiera de los dos podía cruzar.

Capítulo 15

Jade Lemac, Constellations

10 de febrero de 2025

ADRIEN

Me apreté el puente de la nariz con fuerza, intentando contener el ardor que me quemaba los ojos.

Fui un completo idiota.

Me odiaba por haber destruido todos mis avances en cuestión de minutos, pero nada me jodía más que la imagen de Milena llorando frente a mí. En diez años de amistad jamás había sido la causa de una sola de sus lágrimas… y ahora no podía sacar esa escena de mi cabeza.

Su voz quebrándose.

Sus manos empujándome.

El dolor en sus ojos.

La imagen me perseguía como un monstruo oscuro, una sombra pegada a mis talones que amenazaba con devorar todo lo que creía ser. No era así como quería demostrarle mi amor, ni cómo imaginé que comenzaría esta nueva etapa entre nosotros.

Sabía demasiado bien cómo funcionaba la mente humana. Las heridas siempre se quedaban más tiempo que las alegrías. Los momentos que dañaban dejaban una marca más profunda que los felices. Y nosotros estábamos caminando sobre un terreno delicado desde el primer instante.

Todo era reciente.

Todo era vulnerable.

Los miedos iban a aparecer tarde o temprano.

Pero quien lo había jodido todo había sido yo.

Un dolor aplastante se instaló en mi pecho mientras esperaba en la sala del gate para abordar. Mi pie golpeaba el suelo con un ritmo frenético y el aeropuerto a mi alrededor era un murmullo constante de voces, ruedas de maletas y anuncios metálicos que apenas lograba procesar.

Me escocían los ojos.

El corazón me pesaba.

Estaba deshecho.

No era así como imaginé que terminaría este viaje. No era lo que había planeado cuando decidí que era momento de llevar la lista a cabo, cuando pensé que por fin tendría el valor para convertir nuestra amistad en algo más.

Había dejado que el estrés me arrastrara y ahora sentía que me ahogaba en sus consecuencias.

En apenas nueve días habíamos desarrollado una necesidad mutua que me resultaba imposible de explicar. Nos habíamos expuesto por completo, mostrando sentimientos que durante años habían permanecido enterrados bajo capas de amistad y miedo.

Ahora que ambos sabíamos lo que sentíamos, todo era más frágil.

Y yo había sido un completo canalla al dejarla sola.

Lo había hecho sabiendo que Milena estaba poniendo su fe en mis manos, confiando en que yo podía demostrarle que sí podíamos ser algo más que amigos. Que sí podíamos enfrentar lo que viniera.

Pero mi decisión había demostrado lo contrario.

Y ahora ella me odiaba.

Una lágrima solitaria rodó por mi mejilla antes de que pudiera detenerla. Me llevé las manos al cabello y jalé las hebras con frustración mientras trataba de respirar con normalidad, pero el aire no parecía llenar del todo mis pulmones.

Gruñí al sentir el teléfono vibrar otra vez. Sin mirar quién era, contesté.

—Moreau.

—Uy, ¿aún eres Moreau? —Nathanael soltó una carcajada—. Yo pensaba que, para estas alturas, estaría hablando con el señor Mikhailov.

Se rio de su propio chiste hasta atragantarse.

—Nathanael.

—Admítelo. Si uno de los dos tuviera que cambiarse el apellido, serías tú.

Suspiré. Justo entonces una voz robótica anunció el inicio del abordaje y un miedo atroz me atravesó el pecho.

—Nathan…

—Tú tienes a tu hermana —continuó, imparable—, y con la mala actitud que tiene se encargará de poner su apellido primero. Así que la estirpe Moreau seguirá viva: egocéntricos y prepotentes.

Resoplé.

—¿Tengo que tomar un vuelo exprés para la boda? —añadió—. Mira que, como haya otro padrino que no sea yo, Milena se quedará viuda antes de dar el *«sí, quiero»*. He aguantado más de una década tu versión enamorado; me merezco ese premio.

—Me he ido. Dudo que, cuando regrese, quede algo de esperanza para ninguna boda.

El ruido de disparos de su consola se detuvo de golpe. Escuché la silla de su escritorio moverse y, cuando habló de nuevo, no quedaba ni rastro de broma.

—¿Qué has hecho… qué?

Solté un suspiro y se lo conté todo.

Cuando terminé, un silencio espeso se instaló al otro lado de la línea. Malo. Ese tipo de silencio que aparece cuando dos niños se

quedan solos y, de pronto, todo queda demasiado quieto.

Peligro.

—Es decir… —dijo finalmente— que te han ganado tus miedos.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Sí. Todo. Creo que hacía años que no escuchaba un discurso de diez minutos de un ser humano y no de un personaje de videojuegos.

Abrí los ojos como platos al levantar la vista: la puerta de embarque ya estaba abierta. Empecé a caminar sin haber sido consciente del tiempo.

—Tengo que irme. El restaurante…

—No —me cortó—. No tienes que irte. Estás *eligiendo* irte. O *crees* que lo estás haciendo.

—¿Has bebido?

—Tres bebidas energéticas. El campeonato empieza en una hora y se alargará hasta las tres de la tarde. Pero ese no es el tema —hizo una pausa—. Dime, hermano, ¿por qué no le dijiste antes a Milena lo que sentías por ella? Tuviste una década de oportunidades.

Resoplé con burla.

—Porque estaba cagado de miedo.

—¡Y ahora también, imbécil!

Me detuve en seco.

—Te has pasado los últimos años dudando si declararte o no porque esa mierda que tenían te parecía mejor que nada —continuó —. Te has conformado con migajas por creer que no la merecías, por pensar que es demasiado para ti. Porque debajo de esa puta careta de niño mimado y prepotente hay un tipo que se enamoró de la única mujer que se quedó para ver más allá.

Sentí el corazón galopar en mi garganta.

—Y ahora que por fin le has echado ganas —remató— te vas a echar atrás por un problemita que habrías solucionado en dos

minutos si el contexto fuera otro.

Tragué saliva.

—Dime, hermano… ¿Qué te da miedo? ¿Que no te ame, o que sí lo haga?

Un sudor frío me recorrió la espalda. La azafata que controlaba el embarque me miró, esperando, pero yo seguía rígido.

—Mierda…

Nathanael suspiró al otro lado de la línea.

—¿Qué hago? —murmuré.

—¡Corre a por la chica, joder!

Giré sobre mis talones y eché a correr.

No. No podía subirme a ese avión.

Desde el día en que me habló de sus padres me prometí a mí mismo que nunca sería como ellos. Yo jamás la abandonaría. Íbamos a ser nosotros dos contra el mundo.

Me negaba a que mi historia terminara así.

Me negaba a perder cualquier parte de Milena.

—¡Llama a Adriana! —grité al teléfono mientras corría hacia el aparcamiento—. ¡Dile que le doy cuatro millones por coger un vuelo a Londres!

—Vamos, no me jodas.

Solté una risa nerviosa mientras atravesaba las puertas automáticas del aeropuerto.

—¡Es la única que puede salvarme el puto culo! ¡Dile que le enviaré el verdadero menú y la lista de invitados!

—¿¡No puedo hacerlo yo!?

—¡No! —respondí mientras buscaba mi coche—. Tú estate pendiente, porque debes esperar mi llamada para activar el último día… si consigo que esa mujer me perdone.

—¿¡Y cuándo le digo que llamarás!? ¿¡Y cuándo activo el...!?

Abrí el coche de un tirón.

—Cuando me quede sin rodillas para suplicarle perdón.

Colgué y me abalancé al asiento del conductor.

Conduje de regreso a la casa tan rápido como pude. La ansiedad me devoraba por dentro, desesperado por verla, por disculparme, por implorar su perdón si era necesario. Pero el tráfico comenzó a volverse un maldito infierno.

Los coches avanzaban a paso de tortuga y el miedo empezó a crecer dentro de mi pecho, pesado y sofocante. Temí llegar tarde. Temí que ese momento siguiera creciendo hasta romper algo que ya era demasiado frágil.

Golpeé el claxon varias veces, queriendo que todos se apartaran de mi camino.

—¡Joder!

El teléfono volvió a sonar en el manos libres.

—¿Puede saberse por qué me aparece que el vuelo que te reservé ya salió... pero tu tarjeta de embarque sigue intacta?

Apreté la mandíbula mientras golpeaba el claxon de nuevo.

—No iré.

—¿Qué? ¿¡Te has vuelto loco!?

—Nunca he estado más cuerdo.

—¡Un escándalo así puede costarte millones, Moreau! —hizo una breve pausa y después, con el odio tiñendo cada sílaba, añadió:— ¿Es por esa chica?

Mis dedos se tensaron sobre el volante.

—No. No es por una chica. Es por mi mujer.

Mi agente soltó una risa amarga.

—¡Un estorbo es lo que es!

El semáforo cambió a rojo y frené de golpe. Miré el panel del manos libres como si pudiera ver su ridícula cara.

—Estás despedido.

Hubo un segundo de silencio antes de que soltara una risa incrédula.

—No estás hablando en serio.

—Sí, lo estoy haciendo. Este es mi puto sueño, pero mi mujer es mi vida. Y si este sueño no funciona con mi mujer, construiré uno donde ella sí tenga cabida.

—¡Moreau, no...!

—Recibirás una compensación por tus años de servicio. Mucha suerte en tu vida.

Corté la llamada y pisé el acelerador cuando el semáforo cambió. El resto del trayecto fue un borrón de luces rojas, bocinas y coches que parecían moverse demasiado lento para la urgencia que me estaba devorando por dentro.

Cuando por fin llegué, aparqué de forma brusca y corrí hacia la puerta. Al desbloquearla, el silencio que me recibió lo tragaba todo.

Enloquecí.

Comencé a buscarla por cada rincón de la casa sin encontrarla.

—¡Milena! —llamé una y otra vez mientras revisaba cada espacio, cada habitación.

Hasta que lo entendí.

Ella ya no estaba ahí.

Me dejé caer en el último escalón de la escalera y las lágrimas comenzaron a rodar en silencio mientras una desesperación que jamás había experimentado me aplastaba el pecho. La casa, por grande que fuera, empezó a sentirse asfixiante, como si las paredes se acercaran poco a poco con cada respiración.

Apoyé la cabeza entre mis manos y me encogí sobre mí mismo.

Yo la había empujado a esto.

Había dañado todo en un arranque de pánico, sabiendo perfectamente que nada era más importante que ella. Nada se comparaba con hacerla feliz.

Pero hice lo contrario.

Y ahora ella se había ido.

Había corrido lejos, intentando escapar del caos que yo mismo había sembrado dentro de su corazón.

El sonido de la cerradura al girar me hizo levantar la cabeza.

La silueta de Milena apareció en la entrada, cerrando la puerta detrás de sí. Cuando se dio la vuelta y me encontró sentado a los pies de las escaleras, ambos nos quedamos inmóviles. Y, por alguna razón, las lágrimas brotaron al mismo tiempo en nuestros ojos.

Sus pasos fueron lentos.

Yo me puse de pie, pero no pude esperar. Caminé hacia ella con urgencia y la envolví entre mis brazos, escondiendo el rostro contra su cabeza mientras lloraba en silencio.

No merecía cómo me recibió.

Sus brazos rodeándome, apretándome con fuerza. Su cuerpo temblando contra el mío. Sus sollozos nada silenciosos.

Me partió en dos.

—Fui a buscarte —hipó—. Me negaba a dejarte ir porque, antes de todo esto, eras mi mejor amigo y sé cuánto amas tu trabajo. Pero tu vuelo había despegado y creí que moriría, Adrien…

—Shh… —murmuré, respirando por primera vez desde que la había perdido de vista—. Era incapaz de irme y dejarte así. Perdóname, por favor. Sé que no lo hice bien. Entré en pánico, me dejé llevar… pero tú siempre serás lo más importante. Siempre. ¿Entiendes?

Milena siguió llorando.

La alcé en mis brazos y la llevé hasta el sofá. Me senté con ella acurrucada contra mi pecho, abrazándola mientras su respiración seguía quebrándose. Me sentía el más grande hijo de puta del mundo por ser responsable de esas lágrimas… y aun así ella seguía ahí, sin apartarse de mí.

—Pensé que tendría más días para asimilar el final de este viaje —dijo entre sollozos—, pero este golpe me llenó de ansiedad.

—*Ma chérie*…

—No, cállate —quiso sonar dura, pero sonó a súplica—. Me he dado cuenta de que me he vuelto demasiado débil contigo. Sentía que me estaba muriendo… que me habías soltado al vacío sin paracaídas.

Junté mi frente con la suya, negando mientras las lágrimas seguían escapándose.

—Siento haberte herido —continuó—. Pero quería que sintieras, aunque fuera un fragmento, de lo que yo estaba sintiendo. ¿Qué narices me has hecho?

Tragué saliva.

—Amor… lo siento. Lo siento tanto. Me asusté, yo… —la apreté contra mí, respirando hondo—. ¿Te has visto, *ma chérie*? ¿Cómo voy a merecer yo, que grito a cualquiera que me mire, tanta dulzura? ¿Tanta bondad? ¿Cómo voy a merecer que la mujer más increíble de la tierra sea para mí?

Milena resopló entre lágrimas.

—Tú eres idiota.

Se zafó de mi abrazo solo para sujetarme las mejillas con ambas manos y obligarme a mirarla.

—Me he enamorado de ti, Adrien Moreau —confesó entre sollozos —, y me aterra un mundo en el que esto no funcione. Ahora soy un desastre… no me alejes de nuevo.

—Nunca más —susurré—. Perdóname. Solo… perdóname.

—No estoy preparada para que este viaje acabe —lloriqueó—.

¿Cómo voy a sobrevivir a eso?

Acaricié su cabello y su espalda, intentando calmarla mientras murmuraba contra su piel que todo estaría bien, que lo lograríamos. Me aseguraría de ello.

—Lo haremos —le prometí—. Porque lo hemos estado logrando desde hace mucho tiempo.

Milena levantó la cabeza de mi cuello y, cuando la miré, algo dentro de mí se encogió. Sus ojos estaban enrojecidos, llenos de dolor. Llevé mis manos a sus mejillas y limpié las lágrimas con los pulgares.

—No llores nunca por un hombre, Milena. Ni siquiera por mí. No lo merezco.

—Es diferente ahora —negó—. Puedo soportar la distancia con mi mejor amigo… pero estar lejos del hombre que amo es distinto.

No pude evitar que una sonrisa débil escapara.

—¿Soy el hombre que amas?

—Lo eres —susurró—. Solo dime cómo lo haremos. Otro escenario como este, Adrien, y voy a ahorcarte.

—Pediré que alineen mi agenda con la tuya.

—Seguro que tienes muchos contratos… —murmuró, todavía asustada.

Me encogí de hombros.

—No me importa. No me importa el dinero que pierda, Milena. Nada volverá a poner lágrimas en tu rostro. Nunca más… a menos que sean de felicidad.

—Adrien…

—Dame un año —añadí— y te prometo que la distancia no será un problema para nuestro próximo viaje. Te seguiré hasta el fin del mundo.

—Te creo —susurró.

Se acomodó contra mi pecho.

—Ahora, ¿puedes abrazarme?

Ya lo estaba haciendo, pero la estreché con más fuerza, dejándome calmar por su olor, por su suavidad, por su simple existencia.

—¿Qué harás con lo que pasó en Londres? —preguntó en voz baja.

—Nathanael se encargará de llamar a Adriana —respondí—. Solo tengo que hacer un par de videollamadas con ella y…

Milena se apartó lo justo para mirarme, horrorizada.

—¿¡Estás loco!? ¿Vas a juntarlos en el mismo espacio? ¿Qué quieres, que le prendan fuego a tu restaurante? ¡Podemos ir juntos! Yo… cambiaré mi vuelo y—

La silencié apoyando un dedo sobre sus labios.

—Adriana es buena en lo que hace —dije con calma—. Incluido saber llevar a Nathanael.

Sus ojos seguían abiertos como platos.

—Lo que tú y yo haremos es terminar nuestro viaje. Como planeamos, amor. Aún tenemos una lista que cumplir.

—¿Qué dice nuestro reto de hoy?

Sonreí. Me los sabía todos de memoria.

—Que dormiré contigo… pero no como normalmente lo hacíamos. Dormiré contigo sabiendo que, al despertar, todo ha cambiado. Que al abrir los ojos serás mía y yo tuyo.

Acaricié su mejilla.

—Para siempre.

—Quiero eso —susurró—. No deseo nada más.

Su voz fue tan pequeña, tan vulnerable, que me atravesó el pecho. No la merecía.

—Pero mi perdón te va a costar —añadió, frunciendo la nariz—. Me asustaste muchísimo, idiota.

Sonreí contra su cabello.

—Pide por tu boca y te lo daré.

Besé su cabeza.

—Lo que sea. Todo lo que quieras.

Ese día me arrastré detrás de ella como un tonto enamorado, haciendo exactamente lo que quisiera, rogando por su perdón sin decirlo en voz alta. No me importaba lo que tuviera que hacer mientras su sonrisa siguiera en sus labios.

Caminamos durante horas por el centro comercial, la llevé a una galería de arte y terminamos en un spa. A cada paso le recordé lo preciosa que era, lo importante que era, lo profundamente amada que era.

Buscaba cualquier forma de borrar lo ocurrido, porque en el fondo no quería que esa mancha existiera entre nosotros. Y cuando ella me lo permitió, la besé una y otra vez esa noche, sin llevar las cosas más lejos, asegurándole con cada gesto que lo único que me importaba era su felicidad.

Me dormí enredado en su cuerpo, aferrado a sus curvas, sintiéndome el bastardo más afortunado del mundo. No solo tenía a una amiga extraordinaria, sino también a una mujer que me amaba. La misma que, a pesar del dolor que le había causado, había tenido la fortaleza de levantarse e ir a buscarme; la misma que era incapaz de no pelear por lo nuestro.

Milena era ese tipo de persona: la que merecía todos los sacrificios, todas las demostraciones de amor, todos los grandes gestos.

Amaba a Milena.

La amaba tanto que dolía.

Y no iba a permitir que mi estupidez volviera a herirla jamás. Una relación necesitaba comunicación. Una relación no sobrevivía sin eso.

Ese día, justo ese día, todo cambió para siempre.

Y ni un solo día después pensé en dar marcha atrás.

Capítulo 16

Amber Run — I Found

11 de febrero de 2025

MILENA

—Di que eres mío.

Adrien me observó desde debajo de mí, atento, con las manos firmes en mis caderas como si yo fuera el ancla que evitaba que naufragara. Enarcó una ceja y una sonrisa lenta curvó sus labios. Joder, era precioso.

No entendía en qué momento la línea entre nosotros se había desdibujado tanto, pero ahora ya no me importaba.

Había encontrado el amor donde juré que tal vez nunca lo hallaría: justo enfrente de mí. En este hombre que me miraba como si yo fuera la gema más valiosa del mundo, un tesoro hecho exclusivamente para él. La intensidad con la que me hacía sentir era casi absurda; todo dentro de mí parecía hervir a fuego lento.

El amor se sentía como caer al vacío… y que unas manos suaves te atraparan al final de la caída.

—Soy tuyo, Milena.

—¿Lo eres? —pregunté, arrastrando mis uñas por su pecho.

Su piel se erizó bajo mis dedos. Era tan sensible a mis caricias que me costaba no jugar con su autocontrol hasta hacerlo suplicar bajo mí.

—Completamente —murmuró.

Su respiración se volvió irregular cuando tracé un camino lento por su abdomen duro, subiendo y bajando con deliberada paciencia.

—Solamente mío —susurré, más para mí que para él.

Sus ojos brillaron.

Algo caliente se asentó en mi pecho… y entre mis piernas.

Deseo puro y amor sincero, mezclados en un perfume que me debilitaba.

Nunca había sentido tanto miedo como el día anterior, cuando pensé que nuestro viaje había terminado de forma abrupta. Nunca había llorado tanto como cuando el pánico me poseyó y entendí que quizá no todo era tan perfecto como creía.

Pero este hombre no era cualquier hombre.

Era mi mejor amigo desde hacía diez años. El que cuidó mis sueños, espantó mis pesadillas, vendó mis rodillas y puso sonrisas en mi boca cuando más las necesitaba.

Conocía a Adrien casi tanto como me conocía a mí misma.

Por eso corrí tras él cuando creí que se marchaba: porque sabía que, cuando se sentía acorralado, no pensaba con claridad. Y no lo culpaba. Todos teníamos defectos, pequeñas fisuras que intentábamos corregir para no herir a quienes amábamos.

Creí que todo había terminado cuando vi que su vuelo había despegado.

Regresé a casa con los hombros hundidos y lágrimas frescas en mis mejillas. Mi sorpresa —y mi alivio— fue encontrarlo sentado en los escalones.

Entonces supe que todo estaría bien.

Porque éramos *nosotros*.

Aunque lo hice trabajar arduamente por un perdón que, en realidad, ya tenía. Lo había perdonado desde el instante en que lo vi.

—Estás un poco territorial hoy. ¿Todo bien con tus hormonas? —se burló.

Rodé los ojos.

Estaba perfectamente cómoda sobre su pecho y no pensaba dejar que sus bromas me movieran de allí.

Adrien había cocinado algo increíble para ambos, me preparó un postre que me hizo chuparme los dedos… y, un poco celoso, me obligó a probarlo de su boca. Después terminamos nuestro rompecabezas, nadamos un rato en la playa y volvimos para darnos una ducha juntos.

Lo castigué obligándolo a verme desnuda sin tocarme.

Luego, ya en pijama y con la intención de ver una película, no tardé en subirme sobre él.

Me encantaba estar sobre su cuerpo. Sentirlo.

Sin duda mi lenguaje del amor era el contacto físico, y Adrien lo sabía, porque siempre encontraba alguna excusa para tocarme: mi cabello, mis mejillas, mi espalda… cualquier punto de mi piel.

Amaba cómo sus manos se movían sobre mí, cómo solo él sabía encenderme.

Había estado con otros hombres, pero ninguno le llegaba a los talones. Solo Adrien era capaz de unir un amor tan tierno con un deseo tan sucio.

Me derretía su lengua descarada en la intimidad y su acento francés al hablarme. Su inglés siempre me había parecido romántico, profundo, bajo… perfecto para encender mi piel.

Mi pequeño francés.

Mío.

El amor siempre había carecido de nombre para mí.

Era un desconocido.

Pero ahora tenía uno.

Adrien Moreau.

—Ellas están bien, un poco alborotadas por ti —sonreí—. Ya que no planeas follarme hoy tampoco, estaba pensando qué hacer

contigo.

—No vas a arruinar mi lista, Milena.

Levanté la mirada lentamente y me relamí los labios mientras mis manos descendían hasta el cordón de su pantalón de dormir.

—¿Pusiste en tu lista follarme?

—Sí. Reto número trece.

—Suena a que te los sabes de memoria —ronroneé mientras desataba el cordón de su pantalón y colaba una mano dentro, mis uñas rozando su pelvis—. Me gusta eso… suena a que cuentas los días para poder tenerme.

—No he pensado en nada más desde que estamos bajo este techo.

Siseó cuando deslicé mis dedos sobre su polla, ya endureciéndose bajo mi palma. Sonreí con malicia antes de retirar la mano y volver a su pecho.

—Hay que felicitarte, pequeño francés. Ese autocontrol es digno de admiración.

—¿Me gané un regalo por eso?

—¿Regalo? —me reí, dejando líneas finas y rojizas sobre su piel con mis uñas—. Estás pagando un perdón, querido.

—¿Qué más necesita la reina que haga para que me perdone?

La pregunta me revolvió el estómago de una forma deliciosa.

—¿Puedo pedir lo que sea?

Asintió sin dudar. Sus manos se movían entre mi cintura y los laterales de mis muslos, acariciando toda la piel que mi pijama diminuto dejaba expuesta.

La nota que me había dejado esa mañana no solo me había hecho sonreír; también me había hecho apretar las piernas. Gritar su nombre estaba bien para mí… pero él no parecía tener intención de tomar el asunto en sus propias manos. Aún no.

—Sí. ¿Qué quieres? ¿Un bolso, un vestido?

—Ya compramos demasiados ayer.

—Pide —se encogió de hombros—. No hay nada en este mundo que no conseguiría para ti.

—Te quiero *a ti*.

Adrien sonrió con descaro.

—A mí ya me tienes, amor.

—Te quiero *a ti*, dentro *de mí* —especifiqué.

—¿Eso es lo que necesito para que me perdones? —preguntó distraído, jugando con el borde de mis shorts.

Asentí.

—Bueno… supongo que tardarás en perdonarme, entonces —lamentó con un chasquido suave—. Pero todavía necesito que grites mi nombre, Milena. Así que quítate ese pantalón y pon tu coño sobre mi cara, por favor.

Solté una carcajada.

—Me gusta cuando das órdenes calientes como si fueras presentador de noticias.

Me levanté de la cama para quitarme el short, torturándolo al deslizarlo lentamente por mis piernas. Luego me quité la blusa con la misma calma, quedando completamente desnuda frente a él.

Sus ojos ardieron.

Regresé a subirme sobre su cuerpo. Estar sobre su abdomen se había convertido en mi sitio favorito, y él lo sabía. Su mirada recorrió cada centímetro de mi piel, un fuego líquido brillando en sus pupilas.

Yo estaba excitada. Muchísimo.

Todo en Adrien tenía la capacidad de ponerme al borde.

Sus manos se movían cálidas sobre mi piel, recorriéndome con una devoción que me hacía temblar.

—Ven aquí, Milena. Sobre mí.

Suspiré con una sonrisa inevitable y me incorporé sobre su torso, pero me detuve justo antes de sentarme en su rostro. Un miedo irracional me tensó. Sus manos se cerraron con firmeza en mis muslos.

—Cuando te diga que te sientes en mi cara, Milena, te sientas sin miedo —gruñó.

Me jaló hacia abajo. Su lengua recorrió toda mi entrepierna y, *oh, joder*.

—Fóllame con tu lengua —supliqué.

Me miró desde abajo con una sonrisa pecadora. Esa imagen por sí sola era suficiente para romperme en mil pedazos.

Separó mis labios con los dedos y su aliento golpeó mi piel húmeda. Tuve que aferrarme al cabecero para no desplomarme sobre él.

—Este precioso coño es mío. Y solo mío —murmuró.

Cada palabra entre mis piernas enviaba descargas eléctricas por mi columna.

Luego enterró la lengua dentro de mí y mis ojos se pusieron en blanco.

—Sí… sí, sí —gemí.

Adrien me devoró como si yo fuera agua y él muriera de sed. Aprendía deprisa. Demasiado. Su lengua caliente entrando y saliendo, recorriendo mis paredes, luego chupando mi clítoris con fuerza hasta arrancarme un grito que no pude contener.

—¡Adrien!

—Eso es. Grita mi nombre, amor. Que todo el jodido mundo se entere de a quién perteneces.

Volvió a atacarme sin piedad. Mis piernas empezaron a temblar y, cuando la sensación se volvió insoportable, cuando sentí que podía morir de placer, intenté apartarme… pero él no me lo permitió.

Me convertí en un manojo de nervios incapaz de salvarme.

—Ah… Adrien… Adrien…

Su lengua era… *joder*. Que alguien me dejara a este hombre para siempre.

Me corrí con violencia cuando volvió a hundir la lengua en mi interior. Llevé las manos a su cabello y tiré de él con fuerza, obligándolo a seguir dentro de mí mientras los espasmos sacudían todo mi cuerpo.

Temblé durante largos segundos.

Mis extremidades no respondían.

Adrien me sostuvo con firmeza y me bajó por su torso. Lo vi lamerse los labios con ese brillo hambriento en los ojos que, sin duda, sería mi perdición.

Era vertiginosa la facilidad con la que podía excitarme.

—Eres demasiado bueno en esto —admití, intentando recuperar el aliento.

Sus brazos me envolvieron mientras dejaba besos húmedos y suaves sobre mi piel.

—Tengo más para ti —sonrió, satisfecho—. Todavía no gritas mi nombre lo suficiente.



Cenamos a las afueras de Phuket, en un restaurante frente al mar, decorado con madera clara y cortinas blancas que se mecían con la brisa fresca de la noche. Adrien lucía precioso con su camisa abierta y pantalones cortos negros. Yo, a su lado, llevaba un vestido playero del mismo color que no hacía demasiado por protegerme del frío.

Bebimos vino y nos reímos de chistes estúpidos e internos. Mis mejillas estaban encendidas, tanto por el alcohol como por la presencia intensa de Adrien, que podía convertirse en un hombre imponente cuando quería. Tenía una mueca divertida en los labios y me miró toda la noche con esa sonrisa de tonto enamorado, los ojos brillantes incluidos.

—¿Puedo pedir el postre ya? —pregunté.

—Adelante.

La noche se sentía ligera, como si el incidente de horas antes no hubiese ocurrido. Bajo la luna solo existíamos nosotros y este torbellino de sentimientos nuevos.

Pedí una tarta de limón y sonreí como una niña al probarla, saboreando la cucharada con gusto. Aunque, después de descubrir lo que Adrien era capaz de hacer, no todos los postres del mundo sabían igual.

—¿Por qué no pediste el tuyo?

—Comeré mi postre más tarde —declaró.

La insinuación bastó para que rodara los ojos.

—Le has tomado cariño a eso, ¿no?

—¿A qué? ¿A comerte el coño? Me encanta.

Miré alrededor, horrorizada.

—¡Adrien! —susurré, sintiendo el calor subir por mi piel—. Ni que fuera un bizcocho de dulce de leche.

—¿Quién lo dice?

—¡Adrien! Dios mío… —protesté en voz baja.

Él negó divertido y bebió de su copa, incapaz de ocultar la sonrisa maliciosa.

—Quítate las bragas y dámelas.

Mi cuchara se congeló a mitad de camino.

—Estamos en un restaurante. Y hay niños.

—Pues intenta que no se den cuenta —sonrió—. Quítatelas.

Terminé mi bocado y suspiré. Agradecí el mantel largo y, sin dejar de mirarlo, retiré la prenda por mis piernas, deslizándola lentamente. Cuando la tuve fuera, la hice un puño y se la pasé por encima de la mesa.

Las tomó sin disimulo y se las guardó en el bolsillo. Apreté las piernas. La necesidad creció de inmediato.

Apuré mi postre, deseando salir de allí cuanto antes.

—No te apresures —se burló—. Tenemos toda la noche.

—¿No te frustra?

—Nunca.

—¿Ni siquiera después de vivir una vida en celibato mientras me esperabas?

Adrien se relamió los labios y soltó una risa grave.

—Tenía mi puño, ¿no?

—Ah.

La imagen de él masturbándose, sosteniéndose con fuerza, hizo cosas indecibles dentro de mí.

—¿No era la respuesta que esperabas? —provocó.

—En realidad sí… solo que ahora tengo esa imagen en la cabeza y creo que podría desmayarme.

—Lo pondré en tu boca mañana.

Sonreí.

—Te arrepentirás de eso —susurré.

—¿Por qué? ¿Vas a morder?

Negué, inclinándome un poco sobre la mesa.

—No. Te llevaré tan profundo que te arruinaré para todas las demás.

—Oh, *eso* está bien para mí.

Gemí.

—Me vengaré de esto, Moreau.

—No, no lo harás —apostó—. ¿Quieres otro postre?

—Quiero ir a casa.

—La noche es joven; no iremos aún. ¿Terminaste?

Asentí.

Adrien se levantó y me tendió la mano.

—Demos un paseo por la orilla del mar.

—¿Será romántico y vas a besarme? —pregunté.

—Sí.

Tomé su mano con una emoción tibia en el pecho y dejé que me guiara más allá del restaurante, hasta la orilla donde las olas rompían con suavidad.

Sus dedos entrelazados con los míos, la brisa nocturna, el resplandor tenue de la luna sobre el agua… todo se sentía *mágico*.

Caminamos en silencio, uno cómodo, íntimo.

De pronto Adrien me detuvo. Extendió nuestros brazos y empezó a bailar conmigo al ritmo de las olas. Me reí una y otra vez mientras giraba entre sus manos, dejándolo guiarme como si aquel instante nos perteneciera solo a nosotros.

Al terminar, me atrajo contra su pecho y sus brazos rodearon mi cintura, levantándome ligeramente.

—Te amo, Milena Mikhailova. Te he amado por mucho tiempo. Quiero amarte por mucho más.

Su beso fue dulce, pausado. Algo cálido y acogedor se asentó en mi pecho.

Esto era lo que describían los cuentos de hadas.

Así se sentía el amor real.

Cuando revisó su reloj y vio que eran las doce, sacó la nota número doce y me la entregó.

Capítulo 17

James Arthur —Car´s Outside

12 de febrero de 2025

ADRIEN

Siempre escuché decir que el deseo era cuerpo y el amor, alma. Pero ¿y si no fueran opuestos? ¿Y si fueran la misma herida, palpitando a distinta profundidad?

Con Milena… todo se mezclaba.

La deseaba de una forma que me abrasaba por dentro, que me arrastraba al borde de perderme y encontrarme al mismo tiempo. Desearla era sencillo: cada mirada suya me robaba el aliento, cada palabra quedaba tatuada en mi memoria. Pero amarla… amarla era lo que me desarmaba.

Porque el amor con ella no era solo ternura.

Era risa. Era lucha. Era una punzada pequeña de dolor que, aun así, me hacía sentir vivo.

Tan jodidamente vivo.

Podía perderme en su cuerpo, pero era su alma la que me tenía atrapado. Eso fue lo que me asustó al principio, cuando empecé a mirar el mundo a través de sus ojos y cada gesto suyo empezó a afectarme.

El deseo podía saciarse. El amor no.

El amor que sentía por Milena era insaciable.

Era hambre y hogar.

Era vértigo y refugio.

Era ella.

Siempre ella.

Hubiese podido destruir todas las barreras entre nosotros desde el primer día, ignorar la prudencia y lanzarme a lo inevitable. Pero necesitaba demostrarle algo: que más allá de querer poseerla, su corazón era lo más valioso para mí.

La amaba con cada célula de mi cuerpo.

Su risa era divina. Sus mejillas sonrojadas por el vino. La soltura con la que se movía entre mis brazos mientras la hacía bailar al ritmo de las olas. La noche fría. La sal pegada a mis labios.

Nada importaba excepto ella y cada recuerdo que construíamos juntos.

Saltaba como una niña sobre la arena, obligándome a seguirle el juego. Se había quitado las sandalias minutos antes y corría descalza, con el vestido moviéndose alrededor de sus piernas.

Parecía una pequeña diosa.

Hecha para atormentarme y salvarme al mismo tiempo.

La sonrisa no abandonó mi rostro en toda la noche.

Cuando jadeó por aire, se lanzó a mis brazos y rodeó mi cuello con ambas manos.

—¿Qué pensaste el día que me conociste? —preguntó en un murmullo soñador.

Sonreí.

—No fue tan romántico —admití—. Estaba perdido ese día. Odiaba natación y me habían explicado las reglas tantas veces que solo consiguieron abrumarme. Recuerdo que me defendiste del maestro con una firmeza increíble y luego me explicaste todo mucho mejor.

Milena escuchaba en silencio mientras sus dedos se entrelazaban detrás de mi cabeza, acariciando mi cabello con suavidad.

—Mi inglés era terrible —continué—. Me sentía fuera de lugar. Pero el tuyo… el tuyo lo entendí sin esfuerzo. Y cuando terminaste de explicarme todo, me sonreíste. Pasé días pensando en esa sonrisa.

Así que decidí hacerme tu amigo.

Besé su sien.

—Fue la mejor elección de mi vida.

Ella sonrió.

—Yo pensé que eras lindo —confesó con ternura—. Tu acento me daba cosquillas y te veías tan tierno y perdido… Nunca tuve amigos hombres, y tú fuiste un buen comienzo. Me enseñaste lo que significa una amistad de verdad, y siempre estaré agradecida por eso.

—¿Mi acento te daba cosquillas? —sonreí—. Mmm… creo que ma chérie estaba enamorada de mí desde el primer día.

Milena soltó una pequeña risa.

—Puede ser. Todas las chicas decían que te miraba distinto, pero yo respondía que era porque eras mi amigo. Ahora entiendo lo que significaba.

—¿Qué cosa? —insistí.

Sus ojos se suavizaron.

—Que siempre fuiste tú, Adrien Moreau.

Mi pecho se apretó.

—Eso me convierte en un bastardo muy afortunado, entonces.

Tenerla entre mis brazos era lo mejor del mundo. Ver su risa fácil, su espontaneidad, la forma en que llenaba cada espacio… me hacía querer congelar el tiempo.

Aferrarme a cada segundo.

Porque el final del viaje se acercaba inevitablemente.

—¿Crees en el amor a distancia? —preguntó de pronto.

Deslicé mis manos por su cintura hasta tomarla por el culo y levantarla para que rodeara mi torso con las piernas.

—Creo que el amor puede triunfar en todas sus formas, Milena —respondí—. Especialmente si es contigo.

—¿Estás seguro?

Asentí mientras caminaba hacia la orilla. Ella aún no parecía notarlo.

—Sí, y tú también. Vas a llamarme como siempre haces, vas a enviarme miles de fotos, datos inútiles y emojis hasta que te responda. Haremos videollamada antes de dormir, sin importar la diferencia horaria, y siempre me contarás todo lo que pase en tu vida. Estaré a un avión de distancia, y puedes tener por seguro que apareceré en tu puerta cada vez que me necesites.

Milena me apretó con más fuerza. El agua ya me rozaba los tobillos.

—Suena a que has pensado en todos los escenarios.

—Necesitaba tener respuestas para todas esas preguntas —admití —. Te conozco.

—¿Me enviarás fotos calientes?

—Si quieres, sí.

—¿Y vas a tocarte para que yo te vea?

Sonreí.

—Por supuesto. ¿Vas a tocarte tú para mí?

Asintió sin el menor pudor.

—Compraremos uno de esos vibradores a distancia —murmuró, pensativa.

El agua ya me llegaba a las rodillas. Aspiré el olor salado del mar y me reí ante el hilo interminable de sus ocurrencias.

—¿Algo más?

—Sí. ¿Me enviarás mensajes de amor?

—Siempre fui un romántico.

—Quiero regalos por cada día que no estés —continuó— y quiero que lleves una cadena con mi nombre, para que todas esas chefs se

alejen de ti. Eres mío.

—Haré todo eso, amor. Todo eso y más.

Milena se estremeció.

—Tengo frío, Adrien.

—¿Sí? —pregunté, fingiendo sorpresa—. Y yo que pensaba que podíamos darnos un baño.

—¿Qué?

No le di tiempo a procesarlo. Corrí mar adentro y me dejé caer con ella entre las olas sin soltarla.

Milena gritó y se aferró a mí con desesperación. Solté una carcajada mientras nadaba con ella pegada a mi cuerpo.

—¡Adrien! ¿Te volviste loco?

Mi risa fue lo único que rompió la calma de la noche.

—No está tan fría. ¿Ves?

Después de unos minutos el agua empezó a sentirse templada. Sonreí al verla relajarse, aunque seguía abrazada a mí como si su vida dependiera de ello. Giré lentamente mientras trazaba círculos suaves sobre la piel de sus nalgas; su vestido flotaba alrededor de nosotros como un pétalo oscuro.

Milena levantó la vista hacia el cielo y yo la imité. Las estrellas brillaban sobre nuestras cabezas, la luna iluminaba la superficie del agua y, por un momento, el mundo se redujo a ese pequeño espacio que parecía pertenecer solo a nosotros.

A lo lejos seguían oyéndose la música y las voces de los restaurantes, pero ya no existía nada que pudiera distraernos.

Llevé una mano a su mejilla y guié su rostro hacia el mío antes de besarla, saboreando el toque salado del mar mezclado con el dulzor a fresa de su brillo labial.

Nunca tenía suficiente de ella.

Milena me hacía girar a su antojo.

Pasó un largo rato antes de sacarla del agua. Cargué su peso contra mí y la llevé hasta el coche. Allí la acorralé entre mi cuerpo y la puerta para volver a besarla, arrancándole un jadeo suave que me encendió por dentro.

Era adicto a todos sus sonidos.

Esa noche, cuando regresamos a casa y nos enredamos en la cama, noté que Milena estaba más sensible de lo habitual. Lo percibí en la manera en que me besaba, en la fuerza con la que sus brazos me rodearon al acostarnos.

No sabía que las despedidas podían afectarle tanto… hasta que la nuestra se volvió inminente.

Pasé mucho tiempo despierto, esperando a que conciliara el sueño. La calmé con besos y palabras suaves, recordándole que, sin importar la distancia, seguiríamos siendo *nosotros*.

Pero en el fondo también era un recordatorio para mí.

Un recordatorio de que sí íbamos a lograrlo.

Milena terminó quedándose dormida sobre mi pecho, que subía y bajaba bajo el ritmo de mi respiración. Sus puños apretados en mi camisa, como si así pudiera evitar que desapareciera, me provocaron una punzada profunda.

Y dolió.

Dolió más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Aun así, mientras la contemplaba dormir, me hice una promesa: todavía nos quedaban **dos días**.

Dos días en los que le demostraría —una y otra vez, en cada beso y en cada caricia— que nuestro amor sería para siempre.

Capítulo 18

Justin Bierber —One Life

13 de febrero de 2025

MILENA

Aparté hacia la zona más profunda de mi mente el hecho de que solo nos quedaban dos días antes de separarnos e intenté exprimir cada minuto junto a Adrien. Sabía que él se había dado cuenta. Había desarrollado una versión nueva de mí misma, pegada a su cuerpo como un chicle, necesitada de su atención y de sus caricias.

No me importaba.

Había amado a este hombre durante muchísimo tiempo y, ahora que las líneas que habíamos impuesto entre nosotros casi habían desaparecido por completo, no pensaba restringirme.

Adrien era mío.

Completamente mío.

Y se lo recordaría una y otra vez.

Lo noté algo nervioso, lo cual me hizo reír por dentro. Era adorable. Este hombre dominaba un mundo de negocios extraño, había sobrevivido años en una industria feroz sin que nadie lograra derribarlo. Siempre fue sereno, con una fuerza que dejaba a cualquiera boquiabierto.

Y, aun así, hoy me miraba como si creyera que saltaría sobre él en cualquier momento después de haber leído su nota.

Estaba emocionada, esa era la verdad.

Haría que fuera la mejor noche de todas. Haría que me follara en cada superficie posible y que recordara exactamente cuánto me amaba. Me pondría de rodillas para él, disfrutaría cada segundo…

incluso si al día siguiente lloraba por su ausencia.

No me importaba.

Adrien, con su mano enlazada a la mía, me condujo por otro pasillo dentro de la galería de arte donde estábamos. Caminábamos en un silencio cómodo mientras contemplábamos los cuadros.

Amaba las galerías.

La paz de sus pasillos blancos.

La luz perfecta.

Mi vestido floreado se movía al ritmo de mis pasos y mi hermoso chico, vestido completamente de blanco, nos daba un aire de pareja antigua.

—¿Puedo subir una foto nuestra a redes sociales? —pregunté cuando nos detuvimos frente a un cuadro enorme: la mitad de un rostro femenino envuelto en sombras y flores que parecían brotar de la oscuridad.

—Tienes muchas fotos de nosotros en tus redes —respondió con curiosidad mientras avanzábamos hacia el siguiente cuadro, un prado lleno de rosas que parecía sacado de un lugar mágico—. ¿Por qué pedir permiso ahora?

—Porque esta foto es diferente.

La había tomado esa mañana dentro de su auto. Yo mirándolo como si fuera un rico bizcocho de Nutella; él distraído haciendo un lacito con las tiras delanteras de mi vestido.

—¿Por qué es diferente?

—Porque parecemos una pareja.

Adrien sonrió sin apartar la vista del siguiente cuadro mientras me guiaba hacia el pasillo contiguo.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y eso es un problema?

—No.

—¿Entonces?

—Cuando los medios empiecen a preguntar… ¿qué diremos?

Adrien se giró hacia mí. Mi respiración se detuvo cuando su mano ahuecó mi mejilla y presionó un beso suave sobre mi frente.

—La verdad. Que tú y yo estamos juntos, amor.

—No tengo un anillo y no te has puesto de rodillas —repliqué, fingiendo capricho.

Se rio.

—No seas una desesperada, *ma chérie*.

Negué divertida.

Caminamos un rato más entre las obras y luego Adrien le pidió a uno de los chicos que nos tomara unas fotos. Cuando me devolvió el teléfono murmuró:

—Para que tengas muchas que subir cuando no estemos juntos.

Almorzamos en un restaurante hermoso en la zona urbana de Phuket, compartimos una botella de vino y regresamos a casa.

Esa noche teníamos una cita especial.

Sabía que me llevaría a un hotel de lujo, pero Adrien nunca se quedaba solo con eso. Saber que lo tendría para mí esa noche me aceleró el corazón más de lo que quería mostrar; la expectativa me mantuvo en vilo durante todo el día.

Quería que perdiera el control.

Quería que rompiera cada barrera y me hiciera suya.

Pero el muy descarado evitó besarme durante horas.

Me distrajo toda la tarde en la cocina, preparando postres que yo me encargaba de robarle cada vez que podía. Iba picando aquí y allá mientras él fingía molestarse, aunque ambos sabíamos que le divertía verme hacerlo.

Extrañaría esa casa.

Los recuerdos escritos en cada rincón.

Estos días junto a Adrien.

Jamás imaginé cuánto cambiaría mi vida este viaje. Lo profundo que transformaría mi amistad con él… mis sentimientos hacia él.

Tomando nuevas formas.

Nuevos colores.

Cuando cayó la noche comenzamos a preparar nuestras maletas. Yo había llegado con una… y me iría con tres.

Mi corazón se encogía cada vez que doblaba una prenda y la acomodaba dentro.

Sentados en el suelo, Adrien me ayudaba en silencio, atento a cada una de mis expresiones. Ambos sabíamos que era cuestión de minutos antes de que la melancolía me alcanzara.

—No quiero despedirme —susurré cuando cerramos la última maleta, empujando ambos sobre ella para que cediera bajo el peso de todo lo que habíamos comprado.

Adrien tomó mi mano y me estrechó contra su pecho, rodeándome con fuerza. Respiramos hondo al mismo tiempo. Intenté absorber su olor, grabarlo en mi memoria.

Y entonces las lágrimas —tan esperadas como inevitables— empezaron a deslizarse por mis mejillas.

Nuestra despedida dolía.

Mucho.

Adrien no intentó detener el desborde de mis emociones. Se quedó ahí, paciente, susurrándome que todo estaría bien.

—Eres la mujer más preciosa del mundo, Milena —repetía—. Será un honor ir detrás de ti a donde estés. Siempre me tendrás.

Y él siempre me tendría.

Pero sabía que la forma en que iba a extrañarlo sería enorme… sofocante.

Cuando nos separamos, Adrien limpió mis lágrimas con los pulgares y me sonrió abiertamente, aunque sus ojos estaban igual de cristalinos que los míos.

—Te prepararé un baño.

Asentí y lo dejé alejarse mientras intentaba calmarme.

Cuando regresó por mí, me condujo al baño. Había llenado la bañera con agua tibia y mi jabón favorito. Sobre la superficie flotaban algunas flores y una vela encendida iluminaba el cuarto con una luz suave.

Sin decir nada, comenzó a desnudarme con calma. Había una calidez en su mirada que me derritió por dentro.

Me ayudó a entrar al agua y se quedó sentado en el suelo, apoyando los antebrazos en el borde de la bañera.

El agua me envolvió hasta los hombros. El aroma de las sales me relajó y, con Adrien frente a mí, sentí que tenía exactamente lo que quería.

—Ven conmigo.

—Milena…

—Por favor. Me portaré bien —murmuré.

Soltó una risita.

—No seas mentirosa, *ma chérie*.

Le saqué la lengua como respuesta.

Lo observé mientras se desnudaba sin apartar la vista ni un segundo. Me relamí los labios cuando su cuerpo quedó al descubierto. Ya estaba reaccionando a mi presencia, y me fascinaba lo rápido que eso ocurría.

Extendí una mano fuera del agua para ofrecérsela.

Me deslicé hacia adelante para que pudiera acomodarse detrás de

mí. El agua se agitó cuando tomó mi mano y entró en la bañera, quedando con las piernas a cada lado de mi cuerpo. Su mano fue directo a mi cintura, pegándome a su pecho.

Respiré hondo al sentir su cuerpo presionarse contra el mío. El deseo empezó a burbujear lentamente, caliente.

Me apoyé contra su torso y cerré los ojos mientras sus manos, bajo el agua, trazaban círculos lentos sobre mi piel.

Me quedé quieta para preservar su salud mental y, después de un rato, lo dejé enjabonarme el cuerpo y lavarme el cabello. Hice lo mismo por él, manteniendo nuestros ojos conectados.

Era la primera vez que compartíamos un momento tan íntimo.

Y supe, con absoluta claridad, que podría volverme adicta a algo así.

Cuando terminamos, me ayudó a salir del agua y envolvió mi cuerpo en una toalla. Luego cubrió su cintura con otra.

Pero mi necesidad era demasiado grande. Tenía que mostrarle cuánto lo amaba. Tenía que dárselo todo.

Así que, al llegar a la habitación, lo detuve.

—Milena… —gruñó.

Vio el caos en mis ojos, pero no intentó detenerme. Llevé mis manos al nudo de su toalla y lo solté, dejándolo desnudo frente a mí. Admiré la tensión de sus músculos, la geometría marcada de su abdomen, y deslicé las manos desde sus hombros hasta su estómago con una sonrisa hambrienta.

—Necesito probarte, Adrien, y no vas a detenerme.

Alzó una ceja.

—¿No?

Negué lentamente.

—No más. Eres mío… y yo hago lo que quiera con lo que es mío.

Sus ojos se oscurecieron.

—Entonces arrodíllate, Milena.

Me relamí los labios antes de obedecer. Me arrodillé frente a él sin apartar la mirada y vi cómo sus pupilas se dilataban, cómo la lujuria le endurecía el gesto. Apoyé las manos en sus muslos.

—¿Te vas a quedar ahí mirando?

—Estoy disfrutando la vista —murmuré.

Extendí la mano y lo rodeé con mis dedos, apretando con suavidad. El siseo que escapó de su boca me hizo juntar las piernas. Era grueso, venoso… perfecto. El *piercing* en la punta me hizo agua la boca.

—Llévalo a tu boca, Milena —ordenó.

Lo masturbé despacio, recogiendo con el pulgar la humedad de la punta para esparcirla por toda su extensión.

—Me gusta cuando me das órdenes.

Adrien gruñó cuando apreté un poco más fuerte y aceleré el movimiento. Incliné la cabeza y rodeé la punta con mi lengua, sintiendo cómo se tensaba bajo mis manos. Alcé la mirada hacia él antes de deslizarlo lentamente entre mis labios.

Ahuequé las mejillas y comencé a chuparlo. Una maldición escapó de su garganta y una de sus manos se enredó en mi cabello, sujetándome con firmeza.

—Qué bonita te ves follándome con tu boca, *ma chérie*.

Lo saqué con un sonido húmedo y lamí toda su base. Estaba decidida a volver loco a este hombre hasta que lo único que pudiera recordar fuera mi nombre.

—Fóllame —supliqué—. Con fuerza.

—¿Eso quieres?

—Sí. Quiero que me hagas llorar.

Adrien respiró hondo y sus dedos se cerraron con más fuerza en mi cabello. Ya no sonreía. Me miraba como un depredador a punto de devorar a su presa. Abrí la boca y gemí cuando se deslizó dentro

sin prisa, sintiendo el metal del *piercing* rozarme mientras avanzaba cada vez más profundo hasta pegar mi nariz a su pelvis.

Las lágrimas ardieron en mis ojos ante la falta de aire mientras él entraba y salía de mi boca con un ritmo despiadado.

Mi entrepierna era un desastre. Toda mi piel ardía, porque observar su rostro —la forma en que apretaba los dientes, la manera en que me devoraba con la mirada— era suficiente para hacerme temblar.

Me dejó respirar unos segundos antes de volver a la carga, enterrándose tan profundo que terminó corriéndose dentro de mi boca. Lo tragué sin pensarlo.

Sacó su polla con lentitud y pasó un dedo por debajo de mis ojos, recogiendo mis lágrimas.

—Tan preciosa, mi amor.

Me relamí los labios. No sentía las piernas, pero una sonrisa satisfecha apareció en mi rostro. Saqué la lengua para mostrarle que me lo había tragado todo.

—Buena chica… ven aquí.

Me tendió la mano para ayudarme a levantarme y, antes de que pudiera reaccionar, me dio la vuelta y me empujó suavemente sobre la cama.

—Manos en el colchón.

Obedecí. Se colocó detrás de mí, acariciando mis nalgas con lentitud. Lo escuché jadear antes de acomodarse entre mis muslos y deslizar su erección entre mis labios sin penetrarme, empujando contra mi clítoris.

Se movía una y otra vez, sin entrar, arrancándome gemidos y convirtiéndome en un desastre tembloroso.

—Adrien —sollocé—. Solo penétrame.

—Todavía no —respondió con tono burlón—. ¿Lo quieres así o quieres que pare?

Gemí, con lágrimas ardiendo en los ojos.

—Más rápido…

Entonces aceleró. Su piel chocó con la mía llenando la habitación con un sonido húmedo mientras se deslizaba entre mis labios una y otra vez, rozando mi clítoris con una precisión que me hacía perder la cabeza.

—Sí… sí…

Con mis piernas juntas y sus manos firmes obligándome a quedarme en un solo lugar, la presión en mi vientre creció hasta estallar. El orgasmo me recorrió como un rayo y caí desplomada sobre la cama, temblando, mientras él se dejaba caer suavemente encima de mí.

—Eso… eso fue grandioso —susurré sin aliento.

Adrien rio por lo bajo.

—De verdad lo fue.



Ser modelo se había vuelto parte de mí: siempre impecable, siempre perfecta. Pero esa noche era distinta. Todo el tiempo que pasé arreglándome lo hice con un único propósito: volver loco a Adrien y hacer que me apreciara como solo él sabía hacerlo.

Llegamos al hotel donde nos hospedaríamos esa noche tomados de la mano. Mi vestido negro era largo, pero casi transparente, dejando ver la lencería debajo. Había sentido la sangre correrme enloquecida cuando Adrien me vio bajar las escaleras una hora antes. Él iba vestido completamente de negro, perfumado de una manera que me arruinaba, y aunque se había esforzado en preparar un ambiente perfecto, yo solo quería una cosa.

Que me follara.

Abrió la puerta del ático para mí y reveló un espacio iluminado por velas, música suave flotando en el aire y pétalos de rosa formando un camino hasta la cama. Sobre el colchón, varios corazones rojos

completaban la escena.

Acepté la copa de champán que me ofreció y entrelacé mis dedos con los suyos, balanceándonos suavemente al ritmo de la música.

Adrien Moreau era la expectativa.

Y yo era una loca enamorada.

Muy enamorada.

Me condujo hasta la mesa romántica preparada para nosotros, con una cena exquisita servida con elegancia. Comimos en un silencio tenso, casi sofocante; incluso cuando intercambiábamos algunas palabras, la expectativa hacía difícil tragar.

No fue hasta que me vio terminar el postre que Adrien me permitió levantarme. Entonces me tomó de la mano y me guió hacia la habitación. Si estaba nervioso, no lo parecía, pero podía notar el esfuerzo que ponía en que todo fuera perfecto, en convertir aquella noche en un recuerdo inolvidable para los dos.

Me desnudó en completo silencio, concentrado, liberando mi cuerpo del vestido y sonriendo al ver lo que llevaba debajo. De cerca, aquella lencería era una pequeña obra de arte: hilos diminutos, delicados, y un lacito de regalo al frente.

Soltó una carcajada cuando vio su nombre formado con piedras doradas en la parte superior de la tanga.

—Es tu regalo —susurré.

No intentó ocultar su diversión y yo misma terminé riendo.

—Es precioso. Me gusta mucho esa mente malvada tuya.

—No soy malvada —chasqueé la lengua.

Abrí uno a uno los botones de su camisa, deslizándola por sus brazos. Después de que él se quitara los zapatos, fui a por su pantalón.

Adrien era una obra de arte desnudo. Me encantaba mirarlo. *Muchísimo*.

—Eres una pequeña cosa sexy y codiciosa —susurró contra mi

cuello—. Y hoy serás mía para siempre.

—No he deseado nada más —admití antes de buscar su boca.

El beso no fue dulce ni lento. Sus labios atacaron los míos como si lleváramos semanas sin tocarnos. Mis labios delinearon los suyos, su lengua se enredó con la mía, y pronto fuimos un desastre de dientes, lengua y deseo, cada uno intentando dominar al otro.

Sus manos fueron exigentes, reclamando cada centímetro de mi piel. Pellizcó mis pezones, abandonó mi boca para bajar a mi cuello y luego a mis pechos, mordiéndome y chupándome.

Tantos días de espera.

Tanta tensión acumulada.

Actuábamos desesperados, hambrientos el uno del otro.

Adrien me tomó de la cintura y me llevó hasta la cama, acostándome sobre los pétalos. Cubrió mi cuerpo de besos, marcándome, escribiendo su nombre en mí de todas las formas posibles, haciéndome jadear y gemir su nombre sin ningún pudor.

—Eres un mejor amigo cruel —susurré cuando sus labios llegaron a mi coño, chupando con fuerza—. Me traes a este hotel con intenciones de follarme como si fuera una aventura.

—Te traje a este hotel para recordarte que eres mi mujer, Milena.

La tanga tenía una abertura que le permitió torturarme con su lengua sin estorbo alguno. No descansó hasta que me corrí con violencia. Después, quitándose el bóxer de un tirón, me dio la vuelta, se acostó y me colocó encima de él.

—Te dije que nuestra primera vez sería contigo encima de mí, reina. Ahora tómame y llévame dentro de ti.

Sonreí, dejando marcas de uñas en su pecho. Se veía precioso, afectado por mí. Me incorporé ligeramente y tomé su erección, posicionándola en mi entrada mientras me tomaba un segundo para observarlo.

—¿No vas a querer un condón? Nunca lo he hecho sin uno. Estoy limpia, siempre me hago exámenes… pero si tú—

—¿Estás tomando la píldora?

—Sí.

—Pues no me pondré un puto condón a menos que tú quieras. Fóllame, Milena.

Adrien me sujetó de las caderas y me empujó hacia abajo de un solo movimiento, enterrándose hasta la base.

Solté un grito que resonó por toda la habitación.

Nunca me había sentido tan llena. Toda mi piel hormigueó, el aire quedó atrapado en mis pulmones y mis labios se abrieron en una perfecta O. La sensación piel con piel, el metal del piercing recorriéndome por dentro, golpeando ese punto delicioso…

Era demasiado.

Gemí con fuerza mientras me incorporaba apenas, empezando a montarlo.

—Estoy tan llena… —susurré.

Mis manos se aferraban a su pecho para sostenerme. Adrien tenía los ojos en blanco y la frente perlada de sudor. Parecía estar luchando consigo mismo.

—No quiero decir esto, pero creo que estoy a nada de venirme —admitió entre dientes.

Sonreí con descaro.

—¿No eras tú quien me quería encima?

—Sí… pero me estás matando. Esa imagen tuya, tragándome tan bien, Milena…

—Será mejor que aguantes o me voy a enojar, Moreau —advertí.

Empecé a montarlo con lentitud, despacio al principio, pero con firmeza. Ambos jadeamos al mismo tiempo.

Seguí el ritmo de su mirada, observando cómo su miembro desaparecía dentro de mí una y otra vez, cómo mi excitación nos volvía un desastre. Me ayudaba con las manos para subir y bajar,

rodando los ojos cada vez que el piercing me rozaba por dentro, cada vez que él llegaba al fondo.

—Milena… —gimió.

—¿Sí, mi amor?

Adrien respiró con fuerza y, de pronto, nos dio la vuelta con mis piernas rodeando su cintura. Cerró los ojos un segundo, pegó su frente a la mía y luchó por recuperar el control.

No lo consiguió.

Empezó a penetrarme con fuerza y velocidad, arrancándome gritos y sollozos que llenaron toda la habitación.

Era demasiado.

—Necesito que te vengas.

—No me des órdenes —gruñí, agarrándole el culo y obligándolo a ir más rápido.

Llegó un momento en que nuestros movimientos se volvieron torpes, desordenados, completamente frenéticos. Adrien no aguantó más y se corrió dentro de mí, casi convulsionando.

Yo lo seguí apenas segundos después.

Cayó desplomado sobre mí y ambos temblamos por la intensidad del momento. Me dio un beso suave en los labios antes de rodar sobre el colchón, arrastrándome con él y acunándome entre sus brazos.

Y así borramos la última línea que nos hacía *solo amigos*.

—¿Podemos hacerlo otra vez?

Adrien soltó un gemido agotado.

—Dame diez minutos, por amor al cielo.

Entonces me reí.

Capítulo 19

Arctic Monkeys — I wanna be yours

14 de febrero de 2025

MILENA

—Más duro —supliqué.

A cada embestida de Adrien mi rostro resbalaba sobre las sábanas, la mejilla apoyada en la cama, a cuatro patas, mientras él me penetraba por detrás con una fuerza deliciosa. Era la mejor mañana de mi vida. Había comenzado con su boca entre mis piernas y ahora terminaba conmigo arqueada, él detrás, reclamándome como si tuviera derecho sobre cada parte de mí.

Estaba sudada, extasiada, enamorada de este hombre y con un hambre que no disminuía. Parecíamos dos desesperados que habían cruzado un desierto sin tocarse durante años.

Una de sus manos aferraba mi cintura; la otra me sujetaba del cabello. Mi pequeño francés era un hombre sucio, y me encantaba. Su polla chocaba dentro de mí sin compasión, y ese *piercing* que se hizo pensando en mí me hacía ver estrellas. A pesar de su supuesta inexperiencia —que más bien parecía inexistente— aprendía absurdamente rápido y, joder…

—¡Sí, Adrien! —grité cuando una embestida más fuerte me estrelló contra la cama y mis extremidades se volvieron gelatina.

Su mano descendió sobre mi nalga en una bofetada ardiente que me arrancó un gemido y, sin poder contenerme, me corrí de forma desastrosa justo cuando él se vació dentro de mí.

Respiré entrecortada, con lágrimas empañando mi vista y una sonrisa boba expandiéndose en mis labios.

Adrien se dejó caer sobre la cama y me atrajo hacia su pecho, que

subía y bajaba con violencia.

Todo desde la noche anterior había sido perfecto. Intenso. Despertar con sus labios dejando besos sobre mi espalda fue algo tan precioso que todavía no entendía cómo nos había tomado tanto tiempo llegar hasta aquí. Después de tantos años repitiéndonos que éramos *solo amigos*, ahora no podíamos quitarnos las manos de encima.

Me tomó el rostro con una mano y me besó despacio, buscando mi mirada, sonriendo al ver la felicidad evidente en mis facciones.

—Un día serás mi muerte, *ma chérie* —susurró en tono quejumbroso—. Pero soy un hombre afortunado y feliz.

—¿Qué otra fantasía tienes? —quise saber.

Adrien gimió y escondió el rostro en mi cuello. No tardé en reírme.

Le había pedido que me contara sus sueños calientes; cuando me confesó que fantaseaba conmigo en cuatro, simplemente le susurré que ya no tenía por qué imaginarlo y me acomodé en la cama para él. No es como si no ganáramos los dos.

—¿De verdad quieres saber?

—Sí.

—Es una fantasía tan, pero tan loca…

—No me vas a asustar, pequeño francés. ¿Yo atada? ¿Esposas? ¿Anal?

Adrien soltó una carcajada suave.

—Tú siendo mi esposa —susurró finalmente—. Esa es mi fantasía más loca, amor.

Mi corazón golpeó con fuerza. No por miedo… y ese era el problema.

La idea me gustó.

Me calentó por dentro como algo dulce, cálido, algo que encajaba de forma natural. Adrien había sido mi mejor amigo durante tanto tiempo que nada entre nosotros se sentía precipitado; nos

conocíamos de memoria.

Él me observó expectante.

Y yo lo miré, confirmando que hablaba en serio.

—No es tan loca —respondí—. Siempre podemos hacerla realidad. Feliz aniversario número once, Adrien Moreau.

—Feliz aniversario número once, Milena Mikhailova.

Nos quedamos así, quietos, sonriendo. Aunque el viaje tenía un tono inevitablemente melancólico —porque era nuestro último día— seguíamos siendo nosotros: felices de encontrarnos, felices de seguir juntos, felices de elegirnos.

Adrien y yo siempre fuimos esos amigos cliché: inseparables, capaces de terminar las frases del otro, el contacto de emergencia, el refugio seguro.

Era cuestión de tiempo que nos enamoráramos.

Y al fin lo entendí.

—Es nuestro último día —susurré—. ¿Harás que cuente?

—Será nuestro último día como amigos, amor… pero el inicio de muchos más. Haré que cuente el doble.

Y le creí.



Aunque lo único que queríamos era quedarnos en la cama, Adrien y yo terminamos tomando un baño juntos antes de bajar a desayunar. Entre besos y caricias devoramos un menú entero como dos leones hambrientos; parecíamos recién casados en plena luna de miel. Bastaba mirarnos a los ojos para saber que habíamos pasado la noche follando como si no hubiera un mañana.

Pero había que hacer una pausa.

Adrien quería que aprovecháramos el día al máximo antes de que nuestros vuelos salieran de madrugada.

Después de desayunar fuimos a la playa, tomamos un paseo en yate —donde no dejamos de besarnos— y almorzamos en un restaurante precioso reservado solo para nosotros en lo alto de una torre de la ciudad. Para Adrien este día siempre había sido importante —para mí también— y lo aprovechaba para hacerme sentir especial, llenándome de detalles.

Yo también tenía mis regalos escondidos en la casa que compartíamos.

Y aunque intentaba no pensar en la despedida, a medida que el día avanzaba y el sol comenzaba a esconderse tras las nubes, una opresión se instaló en mi pecho. La ansiedad empezó a treparme por dentro. Nunca una despedida me había afectado tanto.

Mientras contemplábamos el atardecer, Adrien tomó mi mentón y levantó apenas mi rostro para atraparme con esos ojos llenos de amor que siempre tenía para mí.

—No es un hasta nunca, Milena. Es temporal. Estaré a tu lado antes de que acabe el mes, ¿bien? Iré a verte. No dejaré que me extrañes por mucho tiempo.

—¿Lo prometes?

Besó mis labios.

—Lo prometo, amor.

Caminamos un rato más. Yo lo abrazaba cada vez que tenía oportunidad, aferrándome a su pecho como si eso pudiera detener el paso del tiempo. Cuando llegó la hora de volver a casa, Adrien me dijo que tenía una sorpresa para mí.

El catorce de febrero siempre había sido nuestro día. No el del amor romántico como lo celebraba el resto del mundo, sino nuestro aniversario de amistad. Y siempre había sido suficiente. Once años juntos, compartiendo risas, secretos y aventuras que solo nosotros entendíamos.

Cada año nos regalábamos algo simbólico: una carta escrita a mano, una pulsera sencilla o alguna locura espontánea que terminaba convertida en una anécdota más de nuestro historial

infinito.

Ese año mi regalo había sido un reloj con nuestras iniciales.

Pero nada de aquello se parecía a los años anteriores.

Porque ahora éramos algo más.

Media hora después de salir de la playa, el auto se detuvo frente a la mansión que compartíamos. El corazón me dio un vuelco cuando Adrien abrió mi puerta y me ofreció su mano. Las luces exteriores estaban encendidas y, aunque todo parecía normal, había algo distinto en el aire… y en él.

Una brisa fría acarició mi rostro justo antes de que me robara un beso y me instara a entrar.

Apenas crucé la puerta doble tuve que contener el aliento.

En el suelo, una hilera de pétalos de rosas blancas formaba un camino hacia el interior. Mis pasos se volvieron torpes mientras avanzaba, incapaz de procesar lo que veía. Un jadeo quedó atrapado en mi garganta.

La mansión entera había sido transformada.

La sala estaba cubierta por un mar de flores: lirios, orquídeas, tulipanes y cientos —tal vez miles— de rosas en todas las tonalidades imaginables. Adrien era la única persona en el mundo que conocía mi mayor debilidad: era incapaz de elegir una flor favorita porque amaba todas.

Las paredes estaban adornadas con luces cálidas que imitaban un cielo estrellado y, en el centro, una mesa pequeña para dos estaba rodeada por velas que titilaban como luciérnagas. Sobre ella, dos copas de vino esperaban junto a un ramo de tulipanes amarillos.

Adrien siempre decía que, si yo fuese una flor, sería un tulipán amarillo.

Ese detalle me arrancó una sonrisa.

—¿Te gusta?

Su voz me apretó la garganta. Me giré hacia él con lágrimas

picando en mis ojos y un temblor recorriéndome las manos.

Era demasiado.

Todo lo que él hacía por mí.

—Es… demasiado, Adrien. Esto…

Negó lentamente, haciéndome sonreír sin remedio.

—*Tú* eres demasiado, amor. Y aun así te compartes conmigo. Es nuestro día, y merecías algo especial.

Lo abracé con fuerza y sentí que estaba dentro de un sueño dulce del que no quería despertar.

—Te amo tanto, Adrien.

Su sonrisa se amplió mientras me guiaba hacia la mesa.

—Te amo, *ma chérie*.

La cena fue perfecta: mi plato favorito, un vino suave que él sabía que adoraba y una conversación llena de risas y recuerdos de nuestros once años juntos. Pero su mirada —siempre atenta, siempre estudiándome— me decía que la noche aún no había terminado.

Después del postre, Adrien se levantó y extendió su mano hacia mí.

—Ven. Todavía tengo algo más.

Me llevó hasta las escaleras y subimos juntos. En la terraza, el aire nocturno nos envolvió y una nueva sorpresa me robó el aliento: el cielo estaba iluminado por fuegos artificiales que estallaban en colores que parecían danzar al ritmo de nuestros latidos.

Nos apoyamos en la barandilla y me quedé embelesada ante la vista. Esta vez fui incapaz de contener mi emoción. Lloraba sin poder detenerme, abrumada por lo inmenso de lo que él me hacía sentir, por la forma en que nadie antes había pensado un amor tan detallista, tan hecho a mi medida.

—Adrien… —sollocé, mirándolo de reojo.

Él parecía disfrutar del momento, seguro de cada una de sus

acciones, y yo lo amaba por todas ellas. Pero en pocas horas estaríamos subidos en aviones distintos, y ese pensamiento me desgarró el pecho.

—Necesitábamos celebrar nuestra última noche siendo solo amigos a lo grande —dijo, girándose hacia mí con una sonrisa suave —. He logrado sorprenderte, ¿no?

—Es demasiado para una sola noche.

—Gastaría toda mi fortuna para hacerte feliz, eso lo sabes — susurró.

Tomó mi rostro entre sus manos y me giró para tenerme completamente frente a él.

—He dicho dos veces que es nuestra última noche siendo solo amigos y todavía no me preguntas qué seremos a partir de ahora.

—¿Qué seremos, Adrien… aparte de *todo*?

Mi corazón dejó de latir cuando lo vi arrodillarse frente a mí.

Me llevé una mano a los labios, atónita, mientras nuevas lágrimas empañaban mi visión.

—Te amo, Milena —dijo con la voz baja y firme—. Desde hace mucho tiempo has sido más que una amiga para mí, tanto que prefiero no admitir cuántas noches fui un miserable imaginando que terminabas casada con alguien más por mi cobardía. Cada año, el catorce de febrero, me repetía que nuestra amistad era perfecta y que no debía arruinarla. Pero eso empezó a cambiar… y luego, cada año, me juraba que sería el último en el que no fueses mía.

Sus ojos brillaban húmedos bajo el cielo encendido por los fuegos artificiales.

—Ya no quiero ser solo tu amigo. Quiero ser el hombre que te cuente chistes, que seque tus lágrimas y te acompañe en todo… pero también quiero ser quien te bese, quien te folle, quien te llame amor y quien lo dé todo por ti. Por eso me niego a que este año te vayas sin ser mía. Y no quiero despedirnos sin preguntarte…

Mis labios temblaron.

Adrien sacó una pequeña caja de terciopelo del bolsillo y la abrió. Dentro, un anillo de plata brillaba con una piedra azul que atrapaba la luz de los fuegos artificiales.

—Sin preguntarte… ¿puedo ser tu mejor amigo, tu compañero de vida… tu novio?

No lo pensé.

Me arrodillé junto a él y besé sus labios, asintiendo una y otra vez mientras las lágrimas me nublaban la vista.

—Sí —respondí entre sollozos—. Sí, quiero.

Adrien deslizó el anillo en mi dedo y me envolvió entre sus brazos. Cuando sus labios encontraron los míos, el mundo dejó de existir.

Y aunque el dolor de la separación que se acercaba seguía ahí, latente en mi pecho, me repetí que no era una despedida.

Era el inicio de nuestra historia más importante.

Siempre pensé que la amistad era el refugio más seguro. El vínculo indestructible que jamás se ve amenazado por las tormentas del amor. Adrien había sido mi mejor amigo, mi compañero de aventuras, el guardián de mis secretos más absurdos, la única persona capaz de leerme con una sola mirada.

Y, sin embargo, aquella noche entendí que el amor no destruye una amistad verdadera; la transforma, la eleva. Nos pertenecían once años de complicidad, las risas de cada catorce de febrero y ahora también el vértigo de algo más profundo, algo más inmenso.

Siempre temí perderlo si cruzábamos esa línea invisible, pero esa noche comprendí que no había nada que temer cuando el amor crecía desde las raíces de una amistad inquebrantable. Adrien era mi lugar seguro, mi mejor amigo y el hombre al que amaba. Nos iríamos, sí, cada uno en un rumbo distinto, pero con la certeza de que lo nuestro no entendía de distancias ni de despedidas definitivas.

Porque cuando un alma reconoce a su otra mitad, el tiempo y el espacio dejan de importar.

Y nosotros…

Nosotros nos pertenecíamos en cada recuerdo, en cada sueño compartido, en cada promesa susurrada bajo un cielo estrellado de febrero.

Esa noche lloré mucho al despedirnos en el aeropuerto. No podía soltarlo. Lo besaba a cada segundo, aferrada a su pecho como si así pudiera detener el momento. La despedida fue dura para ambos, desgarradora.

Pero la viviría mil veces más si al final de cada viaje quien me esperaba del otro lado era Adrien Moreau.

Fui la primera en abordar. Nos miramos por última vez con un amor tan intenso que dolía en los huesos y tomé el papel que me dio con una sonrisa nerviosa.

No dejé de verlo mientras caminaba por el pasillo, viendo cómo la distancia se extendía entre nosotros.

Cuando finalmente tomé asiento en mi avión, abrí su nota. Una sonrisa enorme me brotó en los labios y, sin poder evitarlo, volví a llorar.

Era su letra.

Su perfecta letra.

«14 cosas que haré contigo para llamarte mi esposa».

14 cosas que haré contigo para llamarte mi esposa

1. **Te enviaré una carta cada mes**. No por mensajes, ni por correo electrónico. Cartas escritas a mano.

2. **Te sorprenderé con un detalle inesperado**. Cada día, sin excepción, sin importar dónde estés. Puede ser un ramo de flores, un libro, o cualquier cosa que me recuerde a ti. Hay tantas opciones… me jugaré todas por ti, mi amor.

3. **Volaré a donde estés**. Cada que pueda, cada que lo necesite, porque eres y siempre serás mi prioridad, Milena. Y no queremos que me extrañes demasiado, ¿verdad?

4. **No te dejaré salir de la cama hasta que pidamos comida a domicilio.** Mínimo dos veces, cada que vaya a verte. Es que desarrollé gusto a follarte.

5. **Aprenderé a decir *te amo* en ruso**. Y te lo repetiré todos los días desde hoy hasta que me toque decírtelo en el altar. Solo estaré ensayando, lo prometo.

6. **Te agendaré en todos lados con mi apellido al final**. Solo para que veas cómo se vería *Milena Moreau*… y te acostumbres a la idea.

7.

Escribiré una lista de cosas que quiero hacerte. Una por cada día que no pueda verte. Y te las haré todas cuando nos reencontremos.

8.

Crearé una *playlist* de canciones para nuestra vida juntos. Una para discutir, una para follar, una para reconciliarnos, otra para follar de nuevo y otra para los domingos de pijama. Te encantará.

9.

Planearemos nuestra luna de miel. Te dejaré elegir destinos, comidas, actividades… siempre que pueda verte desnuda.

10.

Te mostraré el lugar donde imaginé nuestra vida juntos por primera vez. Porque en ese rincón está grabado nuestro destino.

11.

Compraremos nuestra casa. Porque planear una vida contigo, Milena, ha sido lo que más feliz me ha hecho en este mundo.

12.

Escribiremos nuestros votos uno frente al otro. Quiero ver tus expresiones e imaginar todo lo que tienes para decirme… y todo lo que yo tengo para decirte. Empezando con lo hermosa que eres y terminando en: *Señora Moreau*.

13.

Te pediré ser mi esposa. Pondré un anillo enorme en tu dedo y te llamaré *mía* para siempre. Nunca he deseado algo con tanta fuerza, m*a chérie*. Y al día siguiente…

14.

Nos casaremos. El mismo día que todo comenzó. Y

seremos felices para siempre.

Con amor,

Tu futuro esposo,

ADRIEN MOREAU.

Capítulo Extra

Dave & Tems —Raindance

30 de enero de 2026

MILENA

El sonido del *backstage* antes de cada pasarela era un caos perfectamente orquestado al que había terminado acostumbrándome. El zumbido de los productos para el cabello, el frenético golpeteo de las brochas de maquillaje y las órdenes gritadas en una mezcla de italiano e inglés formaban la banda sonora de mi noche.

Sin embargo, yo estaba en silencio. Siempre lo estaba antes de salir.

No iba a mentir: los minutos previos a enfrentar al público me estresaban muchísimo. Todo el equipo que había trabajado conmigo durante años lo sabía; por esa razón, ante mi primer suspiro, la chica que sostenía una brocha de *blush* sobre mi mejilla abandonó su trabajo y buscó otra víctima a la que torturar.

Cerré los ojos mientras dos asistentes más llegaban para ajustar los últimos cristales de mi vestido de alta costura. Pesaba casi diez kilos: una armadura de seda y pedrería que me convertía en la fantasía de cualquier diseñador. Pero mi mente estaba a kilómetros de distancia, repasando una caligrafía elegante sobre un papel color crema que había recibido en mi habitación de hotel esa mañana.

—*Tre minuti, Milena* —exclamó el coordinador de pista, dándome un leve toque en el hombro.

Me puse de pie, ganando esos centímetros de altura que mis tacones de aguja me otorgaban. Me miré al espejo una última vez.

No veía a la modelo rusa que las revistas llamaban la reina de la indiferencia por la mirada dura que caracterizaba mis fotografías.

Veía a la mujer que, hacía apenas una semana, había recibido una caja de bombones artesanos en su hotel de París con una nota que decía: *Dulces para mi dulce futura esposa. Faltan 23 días.*

Caminé hacia la salida.

La música empezó a sonar: un ritmo pesado que hacía vibrar el suelo.

Tomé una gran bocanada de aire y salí a la luz.

Los flashes de las cámaras eran como ráfagas de ametralladora. El público se convirtió en una mancha borrosa de rostros famosos y editores de moda, pero yo no buscaba a nadie. Mi mirada permanecía fija al frente, manteniendo ese paso rítmico, esa cadencia de hombros que me había hecho famosa.

Sin embargo, justo cuando llegaba al final de la pasarela para hacer la pose reglamentaria, mi corazón dio un vuelco que nada tenía que ver con el espectáculo.

En la tercera fila, medio oculto por la sombra de una columna, vi el destello de unos ojos que conocía mejor que los míos.

Era él.

Adrien no debería estar ahí. Tenía la apertura de un nuevo concepto en Tokio en menos de cuarenta y ocho horas. Pero allí estaba, con la mandíbula tensa y los brazos cruzados, mirándome no como un espectador más, sino como un hombre que veía su tesoro más preciado expuesto ante el mundo.

Nuestras miradas se cruzaron por una fracción de segundo. Un roce invisible. Una descarga eléctrica que me recorrió la columna y me dejó sin aire.

Adrien nunca perdería ese efecto sobre mí: esa forma suya de sorprenderme siempre y arrancarme una sonrisa incluso cuando no lo esperaba.

En ese instante, la pasarela de Milán desapareció.

Ya no era Milena Mikhailova.

Era la chica del internado que solía robar galletas de la cocina

donde Adrien hacía voluntariado.

Hice el giro de regreso, mi capa de seda ondeando con una arrogancia que era pura fachada. Cada paso de vuelta al backstage fue una cuenta regresiva.

Siempre encontraba la forma de cumplir el punto número tres de su lista: *volaré a donde estés*. No le importaba si era por cinco minutos, sesenta segundos o tres días. Corría hacia mí siempre que podía, y eso era jodidamente grandioso para mí… y para el baile desbocado de mi corazón.

Al cruzar la cortina, no me detuve a recibir los elogios del diseñador ni a dejar que las cámaras me rodearan. Ignoré los gritos de felicitación y me dirigí directamente a mi camerino privado.

Necesitaba aire.

Pero lo que más necesitaba era sentir las manos de Adrien sobre mi piel para convencerme de que no era una alucinación producto del agotamiento.

Apenas cerré la puerta tras de mí, el silencio me golpeó. Me apoyé contra la madera, intentando regular mi respiración, cuando mi teléfono vibró sobre el tocador.

Un mensaje nuevo de un contacto guardado como Futuro Esposo.

Futuro Esposo:

Estás tan jodidamente hermosa que me ha costado respirar. Estaré en el camerino en cinco minutos. No te quites el vestido todavía. Quiero ver cómo se siente la seda contra mi mano antes de que el mundo te recupere.

Sonreí como una tonta.

Adrien siempre encontraba la forma de recordarme que, aunque yo fuera la modelo más reconocida del momento, para él seguía siendo el destino final de cada uno de sus viajes.

Aspiré el olor a flores frescas y laca cara, sintiendo cómo la expectativa y un aguijonazo de excitación me atravesaban el estómago.

Me separé de la puerta justo cuando esta se abría.

El hombre de mi vida entró.

Sus ojos me encontraron al instante y la intensidad de su mirada me secó la boca. Cerró la puerta con un clic seco que pareció resonar en mis huesos.

Durante un latido, solo nos miramos.

—Ven aquí, *ma chérie* —murmuró con esa voz que siempre sonaba a confesión pecaminosa.

Di varios pasos apresurados hacia él.

Adrien me atrapó por la cintura y me pegó a su cuerpo con una urgencia que me robó el aliento. Sus manos, cálidas y firmes, se hundieron en la seda del vestido, justo como había prometido en su mensaje.

Gemí contra su boca cuando me besó.

Era un beso que sabía a hambre acumulada, a meses de aeropuertos y despedidas, a la desesperación de dos personas que contaban los segundos no para dejar de correr por el mundo, sino para tener un lugar compartido al que regresar después de cada viaje.

—Estás temblando —susurró contra mis labios.

Sus pulgares acariciaban mis pómulos, borrando con delicadeza cualquier rastro de la reina indiferente que el mundo acababa de ver.

—¿Es por el frío o por mí?

—Sabes la respuesta, Moreau —respondí, rodeando su cuello con mis brazos y hundiendo los dedos en su cabello perfectamente peinado hasta desordenarlo—. Has cruzado continentes por sesenta segundos de pasarela. Estás loco.

Adrien se rio suavemente.

—¿Qué no haría yo por ti, Milena? —dijo, mientras su mirada descendía hacia mi escote, donde el cristal del vestido brillaba—. He escrito tantas cosas que quiero hacerte que el papel no sería

suficiente. Pero hoy solo necesitaba recordarte quién te espera al final de cada pasarela.

Me guió hasta el espejo del tocador y me obligó a mirar nuestro reflejo.

Éramos una imagen de contraste absoluto: yo envuelta en el exceso de la alta costura; él, la personificación de una elegancia masculina sobria y serena. Pero lo que realmente destacaba era la forma en que su mano grande descansaba sobre mi cadera, reclamando cada centímetro.

—Tenía cinco horas de escala en Malpensa y no iba a pasarlas en una sala VIP cuando mi futura esposa estaba a punto de conquistar Milán. Mírate —dijo, con la voz vibrando contra mi espalda—. En menos de un mes, cuando camines hacia mí, no habrá cámaras, ni diseñadores, ni una audiencia que te juzgue. Solo estaremos nosotros.

Su mano descendió por la cremallera de mi vestido, bajándola apenas unos centímetros. Lo suficiente para que el aire frío del camerino rozara mi piel y me hiciera arquear la espalda hacia él.

—Debo salir al aeropuerto en quince minutos —gruñó, enterrando su rostro en el hueco de mi cuello e inhalando mi perfume como si fuera oxígeno—. He empezado a odiar los aviones… porque me alejan de ti.

—Es el último esfuerzo, Adrien —le recordé, aunque me dolía el pecho solo de pensarlo—. Estados Unidos es mi última parada. Después de eso, mi agenda estará vacía. Solo tendrá una cita marcada… y eres tú esperándome en el altar.

—Allí estaré esperándote, *ma chérie* —susurró—. ¿Revisaste los últimos avances de nuestra casa?

—Sí —respondí, emocionada—. Los colores fueron una elección excelente.

—¿Qué hay que no se te dé bien, amor? —preguntó, pensativo.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña caja. Dentro había una cadena fina con un diamante precioso.

—He grabado tu nuevo apellido en él.

—Moreau —murmuré, saboreando el sonido—. Me gusta cómo suena.

—Te queda mejor que cualquier diamante. Aunque también tendrás uno de esos —prometió, dándome la vuelta para capturar mis labios una última vez—. Nos vemos en unos días, ma chérie.

El encuentro fue breve: un estallido de fuego en medio de un invierno gris. Pero fue suficiente para mantenerme en pie durante las semanas siguientes.

Cuando finalmente se separó de mí para irse, el camerino se sintió vacío.

Pero mi corazón estaba lleno de una certeza absoluta.

Adrien Moreau era el hombre de mi vida.



El inicio de febrero dio paso al inicio de un para siempre, uno que Adrien y yo habíamos tardado años en construir, pero que ahora estábamos decididos a no postergar ni un segundo más.

Nuestro destino para el viaje número doce fue Florencia.

Los primeros nueve días los disfrutamos solo para nosotros. Tomamos clases privadas, visitamos exposiciones, hicimos catas de vino, recorrimos caminos en bicicleta y vimos el amanecer desde las colinas. Aprovechamos cada minuto, intentando recuperar todo el tiempo que habíamos pasado separados.

Después empezaron a llegar nuestros amigos y familiares, y la realidad comenzó a asentarse sobre mí.

Me iba a casar.

Con mi mejor amigo. Con el hombre al que amaba.

Y la felicidad por ello me recorría entera.

Para cuando llegó el trece de febrero, la emoción burbujeaba bajo

mi piel. El día anterior habíamos celebrado una fiesta íntima entre nuestras familias, y cada recuerdo me repetía lo mismo: las horas corrían y, dentro de muy poco, mi vida quedaría unida a la de ese hombre para siempre.

Esa tarde me puse mi mejor vestido y me maquillé con más cuidado del habitual para mi última cita como novia de Adrien Moreau.

El frío de Florencia me acariciaba la piel como seda. En el aire flotaba ese aroma a lavanda y a tierra húmeda, mezclado con el perfume de los viñedos dormidos que aún esperaban la primavera.

Adrien me había pedido que llegara a una dirección concreta, así que tomé uno de los autos del hotel y conduje hasta el lugar que me había indicado en su mensaje.

No estaba en la entrada para recibirme.

En su lugar, sobre un pequeño pedestal de mármol, había un sobre color crema.

Te mostraré el lugar donde imaginé nuestra vida juntos por primera vez.

Caminé por el sendero flanqueado por cipreses, siguiendo los pétalos de rosa blanca que contrastaban con el verde oscuro de la hierba.

No era una mansión moderna; era una casa de piedra antigua, con ventanas de madera y una terraza que miraba directamente hacia el valle, ahora bañado por el oro líquido del atardecer.

Cuando llegué a la parte trasera, me detuve en seco.

El corazón me dio un vuelco tan violento que tuve que apoyarme en una columna.

No había fotógrafos, ni familiares gritando sorpresa, ni música estridente. Solo el sonido lejano de un violonchelo y el susurro del viento entre los olivos. En medio de la terraza, bajo una pérgola cubierta de flores trepadoras de un lila precioso, había una mesa pequeña dispuesta con la precisión de un chef de cuatro estrellas, pero con la calidez de un hogar.

Y allí estaba él.

Adrien vestía una camisa blanca de lino con las mangas dobladas y unos pantalones oscuros. Se veía real, auténtico; más mío que nunca. Al verme, dejó la copa de vino sobre la mesa y caminó hacia mí.

No hubo palabras al principio.

Solo nos envolvimos el uno en el otro.

Su olor me devolvió la paz de golpe, borrando todo el peso del pasado y escribiendo algo nuevo sobre la mesa.

—Bienvenida a casa, Milena —susurró contra mi sien.

—Es el lugar más hermoso que he visto en mi vida —dije, mirando el horizonte donde el sol empezaba a esconderse tras las colinas.

—Aquí es donde te vi por primera vez, hace doce años, en el primer viaje que hicimos como amigos —confesó, apartándome un mechón de cabello del rostro—. Estábamos sentados en ese muro, bebiendo vino barato, y te reíste de algo que dije. En ese segundo, bajo esta misma luz, supe que no quería pasar el resto de mis atardeceres con nadie más. Supe que este rincón de Italia tenía grabado nuestro destino.

Me tomó de la mano y me llevó hasta el borde de la terraza.

El silencio que nos envolvió fue casi absoluto, una intimidad tan densa que parecía palpable. Adrien sacó del bolsillo de su pantalón un papel doblado y gastado.

Era la lista original.

La misma que me había dado el año anterior cuando nos despedimos en el frío aeropuerto de Tailandia.

—He cumplido doce puntos, Milena. He escrito las cartas, he volado hasta donde estabas, he aprendido a amarte en tu lengua materna y he grabado tu nombre en cada rincón de mi existencia —su voz flaqueó por primera vez, cargada de una emoción cruda—. Pero hoy es trece de febrero, el día en que todo comenzó para mí. Y solo me faltan dos cosas para que mi vida esté completa.

Entonces se arrodilló.

En ese instante, el hombre más poderoso de la cocina internacional —el tipo que jamás perdía los nervios— tenía las manos temblorosas mientras abría una pequeña caja de terciopelo azul.

Dentro, el diamante más puro que había visto jamás brillaba bajo el sol poniente.

Pero lo que me hizo sollozar no fue la joya.

Fue la mirada de Adrien.

—Punto número trece, ma chérie —murmuró, con los ojos clavados en los míos con una devoción casi aterradora—. Milena Mikhailova, mi mejor amiga, mi novia, mi ancla, mi luz, mi todo… ¿me harías el honor de convertirte en la señora Moreau? ¿Quieres casarte conmigo y dejar que este sea el primer día del resto de la eternidad que nos queda juntos?

El mundo pareció contener el aliento.

Las colinas de Florencia, el cielo anaranjado, el sonido del violonchelo… todo quedó suspendido.

—Sí —dije, con la voz rota pero firme—. Sí, Adrien. Un millón de veces sí.

Él deslizó el anillo en mi dedo y, antes de que pudiera decir nada más, me levantó en vilo y me hizo girar mientras nuestras risas se mezclaban con las lágrimas.

Luego me bajó lentamente y me besó.

Un beso que sabía a victoria y a promesa.

—Mañana nos casamos en esa pequeña capilla que ves en la colina —dijo, señalando una construcción románica a lo lejos—. Pero esta noche… esta noche solo existe este momento. Solo somos tú y yo celebrando que el siempre finalmente ha llegado.

Esa noche, bajo el manto de estrellas de Italia, comprendí que la lista de Adrien no era solo un plan.

Era la prueba de que el amor más grande no nace del flechazo.

Nace de la paciencia de un mejor amigo que supo esperar hasta

que el mundo entero se apartara para dejarnos ser.

Epílogo

Kodaline — The one

14 de febrero de 2029

MILENA

Muchas veces pensé que el amor no había sido creado para mí.

No tuve el mejor ejemplo en casa. Mis padres estaban demasiado ocupados fabricando imperios y acumulando riquezas como para preocuparse por los sentimientos de una niña que, según ellos, no necesitaba nada si ya lo tenía todo.

Crecí en una casa gigantesca y vacía, desplazada por llamadas a todas horas y vuelos cada semana, hasta que decidieron enviarme a un internado, cambiando mi cárcel de oro por otra mucho más brillante.

A veces creemos que lo material es suficiente. Luchamos toda la vida por conseguir cosas y más cosas, intentando llenar un espacio que solo puede colmarse con amor verdadero.

Sabía que tenía que romper ese círculo o terminaría repitiendo la historia de mis padres. Pero era sencillo decirlo; lograrlo, no tanto. Durante muchos años fue una batalla silenciosa contra mis propios fantasmas.

Reconocía el amor de Adrien, su amistad… Todo eso era mi lugar seguro, mi ancla. Y fue fácil.

Pero cuando su intención de no ser solo mi amigo se reveló a través de aquella lista, llegó la verdadera confrontación.

No era solo elegirlo a él; era elegir creer que yo era merecedora de ese amor.

Para recibirlo primero debía aprender a aceptarlo… y a darlo sin

miedo a quedarme vacía.

Hoy, quince años después de aquella primera vez en el internado donde nos conocimos, puedo dar testimonio de que la verdadera riqueza no son los ceros en una cuenta bancaria ni los logros materiales que Adrien o yo hemos podido alcanzar.

La verdadera riqueza son los sellos en un pasaporte, las risas de la mañana y la tranquilidad de tenernos el uno al otro.

Eso era, sin lugar a dudas, lo más importante: el amor presente entre ambos.

El sol de la Toscana se filtraba por los ventanales de la villa. Adrien y yo habíamos desarrollado cierta debilidad por realizar nuestros viajes anuales en Italia. La ciudad estaba teñida de un dorado que ninguna joya de mi infancia habría podido igualar.

Amaba la forma en que la luz se posaba sobre las colinas y hacía brillar todo.

Y me hacía sonreír, porque años atrás nunca imaginé que estaría celebrando quince años de vida junto a Adrien… ahora con un sabor distinto.

Ya no éramos adolescentes que huían de la realidad refugiándose el uno en el otro.

Éramos adultos que habían construido una vida propia.

Una en la que nos sentíamos plenos.

Observé a Adrien a través del cristal de la cocina y reconocí que su esencia seguía intacta. Seguía siendo ese chef de renombre que hacía temblar a toda su industria.

A mí también me hacía temblar.

Pero de una manera tan hermosa que había dado sus frutos.

Adrien se movía con esa precisión casi coreográfica, picando hierbas frescas mientras el aroma a ajo y aceite de oliva flotaba en el aire y me arrancaba un suspiro. Sus manos —las mismas que habían escrito una lista de deseos que alguna vez parecieron casi imposibles — seguían creando arte comestible.

Y todavía me observaba con la misma intensidad que el día de su declaración.

Como si el tiempo no hubiera pasado.

Como si yo siguiera siendo el ingrediente principal de su felicidad.

—¿Piensas seguir suspirando mientras me observas o vas a venir a probar la salsa? —preguntó—. ¿Crees que a Chloe le guste?

Su sonrisa me caló hasta los huesos.

Me acerqué y lo abracé por la espalda, hundiendo el rostro en su hombro. Había vivido una vida de flashes y pasarelas, pero nada se comparaba con una existencia junto a Adrien y la calidez de su piel.

Frente a sus ojos no soy la mujer de la portada de Vogue.

Soy simplemente yo.

El amor de su vida.

—¿Existe algo que prepares que a Chloe no le guste? —negué divertida.

A Chloe le gustaba tanto como a mí suspirar por las creaciones de Adrien Moreau.

Y ella, atenta a la mención de su nombre, no tardó en soltar un balbuceo alegre mientras aplaudía con sus pequeñas palmas. En la alfombra de la sala, nuestra pequeña de un año luchaba por ponerse de pie usando una silla como apoyo.

Era bellísima.

Una mezcla perfecta de la tenacidad de Adrien y mi mirada curiosa.

Chloe Moreau Mikhailova.

Mirarla todavía me hacía llorar de felicidad.

Me aparté de Adrien para tomarla entre mis brazos. Ella enterró su carita en mi cuello, como siempre que la cargaba, dejando un rastro de baba sobre mi blusa de diseñador que no me molestaba en lo absoluto.

Al contrario.

Me hacía sonreír.

Adrien se acercó con esa sonrisa enorme surcando sus labios —provocada por la pequeña entre mis brazos— y le dio a probar un poco de su salsa, expectante.

El chillido de la niña y la forma en que se relamió los labios casi lo hicieron saltar de alegría.

—Esa es mi hija —anunció, orgulloso.

No pude evitar soltar una carcajada.

Nos rodeó con sus brazos y me quedé allí, atrapada en el lugar que consideraba mi refugio verdadero. Verlo interactuar con Chloe era contemplar una versión de Adrien que siempre supe que existía, incluso cuando solo éramos amigos: el hombre protector, detallista y profundamente entregado.

Cuando nos separamos, colocamos la mesa juntos en la terraza. Las copas de vino brillaban bajo el sol italiano y la paz que emanaba de cada rincón de la casa parecía seguirnos a cada paso.

Observamos cómo el sol comenzaba a descender, pintando el cielo de violetas y naranjas.

Chloe, cansada de tanto balbuceo, se quedó dormida apoyada en el pecho de su padre, ajena a la fortuna que representaba su sola existencia.

En ese silencio perfecto comprendí que mi cárcel de oro había sido demolida hacía mucho tiempo.

En su lugar, Adrien había construido un castillo de cristal donde la luz siempre entraba y donde las paredes no encerraban, sino que protegían.

Tenía el sabor de la salsa de Adrien en los labios, el peso de mi hija entre nosotros y la certeza de que, aunque el mundo diera mil vueltas más, siempre tendríamos un lugar al que regresar.

Juntos.

—Mira, pequeña —dijo Adrien, besando con ternura la mejilla de nuestra hija dormida mientras apretaba mi mano—. Hace quince años, mamá y papá decidieron que el mundo era demasiado pequeño para ser solo amigos.

Porque, al final del día, el amor verdadero no es un destino al que llegas.

Es el compañero con el que decides caminar.

Y yo, al final, había aprendido no solo a caminar… sino también a volar de su mano.

AGRADECIMIENTOS

Llegar a este final me dejó un nudo en la garganta, pero también una sensación tan bonita que solo puedo sentir una inmensa gratitud por todas las personas que hicieron posible que esta historia naciera, creciera, saliera a la luz y terminara convertida en algo tan especial.

Por eso quiero empezar agradeciendo a mis amigas: ***Carlie, Jenni y Shelley***, por acompañarme en el proceso, por escuchar, por animarme y por estar siempre ahí cuando esta historia todavía era solo una idea.

Gracias también a ***cada lector*** que se tomó el tiempo de leer, comentar, votar o enviarme un mensaje. Cada palabra de apoyo significó mucho más de lo que imaginan. Y, por supuesto, a las creadoras de contenido que compartieron esta historia y la llenaron de amor. Una mención especial para ***andreabooks22***, por su apoyo y entusiasmo.

Y, finalmente, al equipo que ayudó a que este libro no solo fuera lindo, sino precioso.

A ***Lío***, mi editora, y a todo el equipo de ***BlueMoon Ediciones***. Y también a ***Clara***, la diseñadora de la portada, por su talento y por cuidar cada detalle.

Ha sido un camino increíble y este final se siente tan gratificante gracias a todos ustedes.

De todo corazón, gracias.